LA TORMENTA PERFECTA

THRILLER PSICOLÓGICO



FREIDA CHRISTIE

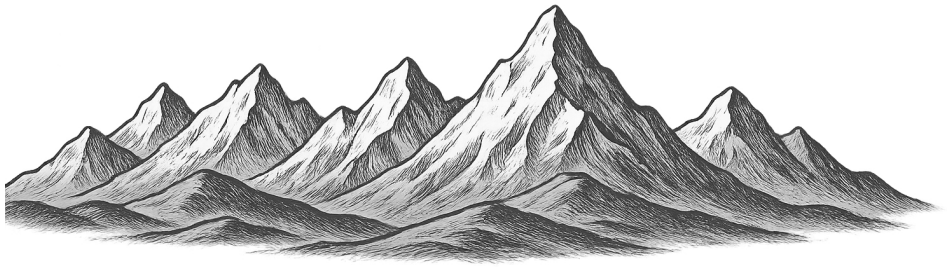
LA TORMENTA PERFECTA

FREIDA CHRISTIE

Copyright © 2025 Freida Christie
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798297784970

A quienes han descubierto que las tormentas más peligrosas no siempre vienen del cielo, y han aprendido a encontrar refugio en su propia fortaleza.



CAPÍTULO 1

El viento aulló contra los cristales de la cocina como una bestia herida, y Esther Mendoza alzó la vista de su taza de té hacia la oscuridad que se extendía más allá de su ventana. Las primeras horas de diciembre habían llegado con una crueldad que no recordaba desde niña, cuando el pueblo de Aguaverde quedaba sepultado bajo metros de nieve durante semanas enteras.

Como aquella Navidad, pensó, y de inmediato apartó el recuerdo. Los recuerdos de su infancia siempre la llevaban inevitablemente a Borja, y Borja la llevaba a lugares de su mente donde prefería no aventurarse después del anochecer.

Se levantó de la mesa de madera gastada y caminó hasta la ventana, presionando la palma contra el cristal helado. Su aliento empañó el vidrio mientras observaba cómo la nieve caía en cortinas

densas, borrando los límites entre el cielo y la tierra. Las farolas del sendero que llevaba a su casa —la última del valle antes de que el camino se perdiera en el bosque de pinos— apenas conseguían atravesar la tormenta con sus halos amarillentos.

Hacía cinco meses desde el funeral. Cinco meses desde que había vuelto a esta casa vacía donde cada crujido de las vigas, cada susurro del viento por la chimenea, cada sombra proyectada por las llamas le recordaba que ahora estaba completamente sola.

No completamente sola, se corrigió. Tenía a Lucía. Lucía, que había aparecido en su puerta con sopa caliente el día después del entierro, que la llamaba cada mañana para asegurarse de que había dormido, que conocía el sonido exacto de su soledad y sabía exactamente qué palabras usar para ahuyentarla, al menos temporalmente.

El teléfono sonó, sobresaltándola. Esther se apartó de la ventana y descolgó el auricular del teléfono fijo de la cocina —apenas usaba el móvil después de la muerte de Borja, una pequeña rebeldía contra un mundo que exigía estar siempre disponible para el dolor.

—¿Sí?

—Esther, cariño, ¿cómo estás? ¿Qué tal estás llevando la tormenta?

La voz cálida de Lucía atravesó la línea como miel disuelta en agua tibia. Esther sintió que sus hombros se relajaban automáticamente.

—Bien. Tengo leña suficiente para varios días y la despensa está llena. —Hizo una pausa, escuchando el rugido del viento—. Aunque no recuerdo haber visto nunca una nevada como esta.

—Los del tiempo dicen que puede durar una semana. Una semana completa, Esther. Las carreteras van a quedar cortadas.

Lucía hablaba con ese tono ligeramente preocupado que usaba cuando quería que Esther sintiera que alguien se ocupaba de ella. A

veces, Esther se preguntaba si Lucía había perfeccionado ese tono específicamente para ella, pero de inmediato se avergonzaba del pensamiento. Lucía era la única persona en todo Aguaverde que la había tratado como algo más que "la viuda de Borja" desde el accidente.

—Estaré bien —dijo Esther—. He pasado temporales antes.

—Lo sé, pero nunca sola. —Una pausa delicada, calculada—. ¿Quieres que trate de llegar hasta allí? Podríamos pasar la tormenta juntas, como cuando éramos niñas y hacíamos campamentos en tu habitación.

Esther sonrió a pesar de sí misma. Lucía siempre conseguía hacer eso: tomar los momentos más duros y encontrar una manera de conectarlos con recuerdos más dulces.

—No seas tonta. No vas a salir con este tiempo. Además, ya sabes que necesito mi soledad de vez en cuando.

—Demasiada soledad, si quieres mi opinión.

—No la quiero.

Se rieron las dos, pero Esther pudo oír algo más en la risa de Lucía. Algo que no conseguía identificar del todo.

—Está bien, está bien —dijo Lucía—. Pero prométeme que me llamarás si necesitas cualquier cosa. Aunque solo sea para charlar.

—Te lo prometo.

Después de colgar, Esther permaneció inmóvil junto al teléfono durante un largo momento. Había algo en la voz de Lucía esa noche, una insistencia que iba más allá de la preocupación normal de una amiga. Pero quizás era solo su imaginación. Estos meses de luto habían afinado su sensibilidad hasta convertirla en algo casi doloroso. Veía significados ocultos en todas partes, interpretaba cada gesto amable como lástima, cada silencio como juicio.

Regresó a la ventana de la cocina y observó cómo la tormenta

ganaba intensidad. Los árboles que rodeaban su propiedad se inclinaban peligrosamente bajo el peso del viento y la nieve. Si esto continuaba así, podrían quedar aislados durante días.

Fue entonces cuando vio las luces.

Al principio pensó que eran destellos de la tormenta, esas extrañas ilusiones ópticas que creaba la nieve al reflejar la luz de formas impredecibles. Pero las luces se movían de manera demasiado deliberada, demasiado constante para ser naturales.

Un coche.

Esther sintió que su pulso se aceleraba. Nadie subía por ese camino después del anochecer, no con una tormenta como esta. El sendero que llevaba a su casa era traicionero incluso en las mejores condiciones, un camino serpenteante de grava y tierra que Borja había elegido porque mantenía alejados a los visitantes no deseados.

Las luces se acercaron lentamente, luchando contra la ventisca. Esther pudo distinguir la silueta de un sedán oscuro que avanzaba con dificultad por el camino cubierto de nieve. De vez en cuando, el coche se detenía, y Esther podía imaginar al conductor evaluando si era seguro continuar.

Después de lo que pareció una eternidad, el vehículo se detuvo frente a su casa. Los faros iluminaron su porche cubierto de nieve durante unos segundos antes de apagarse, sumiendo todo en la oscuridad de nuevo.

Esther se apartó instintivamente de la ventana, aunque sabía que desde afuera era imposible verla con las luces de la cocina encendidas. Su corazón latía con fuerza. Habían pasado meses desde la última visita no anunciada —Miguel Estrada, del pueblo, que había aparecido con una botella de vino y excusas transparentes sobre "revisar cómo estaba"—, y esa experiencia había sido lo suficiente incómoda como para que hubiera empezado a cerrar las cortinas después del anochecer.

La puerta del coche se abrió y una figura se apeó con dificultad. Era un hombre, alto y de complexión atlética, pero más allá de eso era imposible distinguir detalles en la oscuridad y la nieve. Se quedó junto al coche durante unos momentos, mirando hacia la casa, y Esther tuvo la extraña sensación de que la estaba evaluando tanto como ella a él.

Por fin, el desconocido se dirigió hacia la puerta principal.

Esther se quedó paralizada en su cocina, debatiéndose entre el miedo y la cortesía básica. Era casi las diez de la noche y había una tormenta histórica azotando la región. Nadie estaría conduciendo por esos caminos a menos que fuera una emergencia real.

Los golpes en la puerta fueron firmes, pero no agresivos. Tres toques, una pausa, tres toques más.

—¿Disculpe? —La voz atravesó la tormenta, grave, pero sin amenaza—. ¿Hay alguien en casa? Necesito ayuda.

Esther se acercó con cautela a la puerta principal, manteniendo la cadena de seguridad puesta.

—¿Quién es? —preguntó, alzando la voz para hacerse oír por encima del viento.

—Me llamo Diego Herrera. Mi coche se ha quedado atascado en la nieve unos metros más arriba del camino. He intentado llamar a una grúa, pero no hay cobertura. —Una pausa—. Lamento molestarla tan tarde, pero no sabía qué más hacer.

Herrera. El apellido le sonaba familiar, aunque no conseguía ubicarlo. Esther entreabrió la puerta, manteniendo la cadena puesta, y pudo ver parte del rostro del hombre bajo la luz del porche. Tenía el cabello oscuro empapado por la nieve, ojos claros que la miraban con una mezcla de esperanza y disculpa, y ese tipo de cansancio profundo que solo viene de enfrentarse a una situación fuera de control.

No parecía peligroso. Pero Borja tampoco había parecido

peligroso durante los primeros meses de matrimonio.

—¿De dónde viene? —preguntó Esther.

—De Madrid. Estaba conduciendo hacia León cuando la tormenta se puso realmente fea. El GPS me dirigió por esta ruta como supuesto atajo. —Diego se estremeció—. Estaba claro que no fue la mejor decisión.

Esther observó su rostro con atención, buscando señales de engaño o peligro. Lo que vio la sorprendió: vergüenza genuina por molestarla, agotamiento real, y debajo de todo eso, una especie de tristeza que reconoció porque la había visto en su propio espejo durante meses.

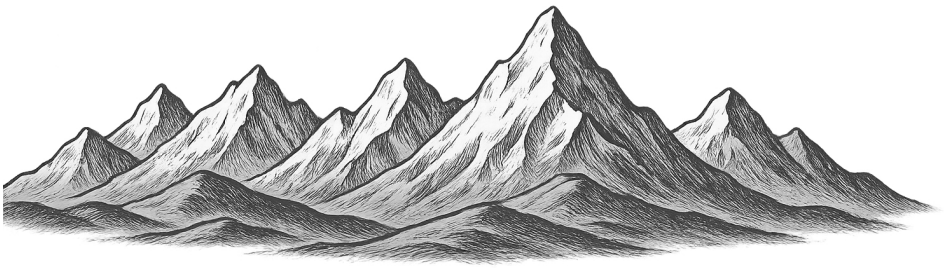
—Solo necesito usar un teléfono —continuó Diego—. Para llamar a alguien que pueda venir a buscarme cuando pase la tormenta. No pretendo imponerme más de lo necesario.

El viento eligió ese momento para intensificarse, y Esther pudo ver cómo Diego se tambaleaba ligeramente bajo su fuerza.

Cinco meses, pensó. Cinco meses desde que había tomado una decisión espontánea, desde que había actuado por instinto en lugar de por miedo.

Cerró la puerta, quitó la cadena, y la abrió por completo.

—Entre —dijo—. Antes de que se congele.



CAPÍTULO 2

Diego Herrera se quitó la chaqueta empapada en el recibidor, revelando un suéter gris que se pegaba a sus hombros por la humedad. Era más joven de lo que Esther había pensado inicialmente, quizás treinta y pocos, con esa clase de atractivo discreto que sugería que no estaba acostumbrado a llamar la atención sobre sí mismo.

—Gracias —dijo, mirándola a los ojos—. No sabe cuánto le agradezco esto.

Esther asintió con brevedad y señaló hacia la sala de estar, donde el fuego de la chimenea proyectaba sombras danzantes en las paredes de piedra.

—El teléfono está en la cocina, pero primero debería entrar en calor. Se ve congelado.

Diego siguió su indicación y se acercó a la chimenea, extendiendo las manos hacia las llamas. Esther se quedó en el umbral, observándolo. Había algo en sus movimientos que le resultaba familiar, una economía de gestos que sugería alguien acostumbrado

a evaluar espacios con rapidez, a adaptarse a situaciones nuevas sin perder la compostura.

Como Borja, pensó, y el pensamiento la inquietó.

—Bonita casa —comentó Diego, mirando a su alrededor—. ¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Unos años. —Esther se cruzó de brazos—. Mi... mi esposo la eligió. Le gustaba la privacidad.

La expresión de Diego cambió con sutileza cuando ella mencionó a su esposo, una sombra que atravesó su rostro demasiado rápido para interpretarla completamente.

—¿Está él...?

—Murió. Hace cinco meses.

—Lo siento mucho.

Esther había escuchado esas palabras cientos de veces desde el funeral, pero había algo en la forma en que Diego las pronunció que sonó sincero, no como el ritual social vacío al que se había acostumbrado.

—¿Quiere algo caliente? ¿Café, té?

—Té estaría perfecto.

Esther se dirigió a la cocina, agradecida por tener algo que hacer con las manos. Mientras preparaba el té, podía sentir la presencia de Diego en la sala contigua, el crujido ocasional de sus pasos sobre las tablas del suelo, el sonido de él removiendo las brasas de la chimenea.

Cuando regresó con dos tazas humeantes, lo encontró examinando las fotografías que decoraban la repisa de la chimenea. Se detuvo de forma abrupta cuando la oyó entrar, como si hubiera sido sorprendido haciendo algo indebido.

—Perdón —dijo—. No pretendía fisgonear.

—No pasa nada. —Esther le tendió una taza y se sentó en el sofá, manteniendo una distancia prudencial—. No hay nada muy interesante que ver.

Diego se sentó en el sillón opuesto con la taza entre sus manos como si fuera un tesoro preciado.

—¿Era fotógrafo su esposo? —preguntó, señalando hacia las imágenes con un gesto de la barbilla.

Esther siguió su mirada hacia las fotografías. La mayoría mostraban paisajes locales: el valle cubierto de nieve, el bosque de pinos en otoño, el pueblo de Aguaverde desde la distancia. Solo una mostraba personas: ella y Borja el día de su boda, ambos sonriendo con esa clase de felicidad forzada que caracteriza a las fotografías formales.

—No, esas las hice yo. Es un... era un pasatiempo.

—Son muy buenas. Tienen una calidad melancólica que es difícil de capturar.

Esther lo miró con sorpresa. La mayoría de la gente no veía más allá de la superficie técnica en sus fotografías.

—¿Usted se dedica a la fotografía?

—En cierto modo. Soy periodista. Bueno, era periodista. Ahora escribo libros. —Diego tomó un sorbo de té e hizo una mueca—. O al menos lo intento.

—¿Qué tipo de libros?

—No ficción. Historia, principalmente. Investigación sobre eventos que la gente prefiere olvidar.

Algo en su tono hizo que Esther prestara más atención. Había una amargura sutil en sus palabras, como si esos "eventos que la gente prefiere olvidar" fueran algo personal para él.

—¿Por eso viajaba a León?

Diego dudó un momento antes de responder.

—Estoy investigando una historia sobre corrupción policial en los años noventa. Hay alguien allí que estuvo dispuesto a hablar, pero solo en persona.

—Debe de ser una historia importante para arriesgarse a conducir con este tiempo.

—Las mejores historias siempre requieren cierto riesgo.

Esther observó su rostro mientras hablaba. Había algo en sus ojos, una determinación que iba más allá del simple interés profesional. Se preguntó qué historia lo había llevado tan lejos de Madrid en plena tormenta invernal.

El silencio se extendió entre ellos, interrumpido solo por el crepitar del fuego y el aullido constante del viento exterior. Esther se levantó y se acercó a la ventana, apartando con habilidad la cortina.

—Su coche no va a moverse esta noche —dijo—. La nieve ya le llega a las ventanillas.

Diego se acercó a mirar por encima de su hombro, y Esther se tensó cuando sintió su proximidad. No había estado tan cerca de un hombre desde la muerte de Borja.

—Maldición —murmuró Diego—. ¿Hay algún hotel en el pueblo?

—Hay una pensión, pero está a ocho kilómetros de aquí por un camino que es posible ya esté intransitable. —Esther se apartó de la ventana—. Y aunque pudiera llegar, dudo que Carmen —la dueña— abra la puerta a estas horas con esta tormenta.

Diego se pasó una mano por el cabello húmedo.

—¿Hay algún lugar donde pueda quedarme hasta mañana? No me importa dormir en el coche si es necesario.

—Se congelará.

—He dormido en lugares peores.

Esther estudió su rostro, buscando señales de engaño o manipulación. Borja había sido un maestro en ambas, y había aprendido a detectar las pequeñas inconsistencias que traicionaban las mentiras. Pero Diego parecía preocupado por imponerle, dispuesto a pasar la noche en un coche helado antes que pedirle más de lo que ya le había dado.

Cinco meses, se recordó a sí misma. Cinco meses desde que había hecho algo por pura bondad humana en lugar de por obligación o miedo.

—Hay un sofá cama en el estudio —dijo al fin—. No es el Ritz, pero es mejor que congelarse.

La expresión de alivio en el rostro de Diego fue tan intensa que Esther se sintió incómoda, como si hubiera presenciado algo demasiado íntimo.

—No sabe cuánto se lo agradezco —dijo—. Le prometo que me marcharé en cuanto sea posible.

—Los del tiempo dicen que la tormenta puede durar una semana.

Diego la miró con expresión de alarma.

—Una semana no puede quedarse aquí. Debe de tener familia, amigos que se preocupen...

—Mi familia está en Argentina —dijo Esther—. Y en cuanto a amigos... —Se encogió de hombros—. Solo tengo una, Lucía. Y ella sabe que puedo cuidarme sola.

La mayoría del tiempo, añadió mentalmente.

Diego asintió, como si estuviera procesando no solo sus palabras sino también lo que no había dicho.

—¿Y usted? —preguntó Esther—. ¿No hay nadie esperándole en Madrid?

—No. No hay nadie.

La forma en que lo dijo sugería una historia más compleja, pero Esther no presionó. Había aprendido que las preguntas directas pocas veces producían respuestas honestas, en especial de hombres que parecían guardar secretos.

Se dirigió hacia el estudio, una habitación pequeña al final del pasillo que había servido como oficina de Borja. Esther no había entrado allí desde el funeral, y cuando abrió la puerta, el olor familiar a cuero y colonia cara la golpeó como una bofetada física.

Se detuvo en el umbral, paralizada por la avalancha de recuerdos. Borja trabajando hasta altas horas, el sonido de sus dedos tecleando informes que nunca le permitía leer. Borja cerrando la puerta cuando recibía ciertas llamadas telefónicas. Borja explicando con paciencia, con esa sonrisa condescendiente que tanto había llegado a odiar, por qué ella "no entendería" los detalles de su trabajo.

—¿Está bien?

La voz de Diego la sacó de su ensoñación. Se dio cuenta de que había estado inmóvil en la puerta durante varios minutos.

—Sí, perdón. Es solo que... no he entrado aquí desde que murió mi esposo.

Diego la estudió con atención.

—No tengo que quedarme en esta habitación. El sofá de la sala estará bien.

—No, no. Es solo que necesito... —Esther respiró hondo y entró en el estudio, dirigiéndose al sofá cama sin mirar el escritorio de Borja—. Esta habitación tiene su propio baño, así que estará más cómodo.

Comenzó a desplegar el sofá cama con movimientos mecánicos, agradecida por tener una tarea específica en la que concentrarse. Diego la ayudó en silencio, y Esther notó que sus movimientos eran cuidadosos, deliberados, como si estuviera acostumbrado a trabajar en espacios que pertenecían a otras personas.

—¿En qué trabajaba su esposo? —preguntó Diego mientras extendían las sábanas.

—Era consultor. Empresas, principalmente. —Esther evitó su mirada—. Viajaba mucho.

—Debía de ser difícil para usted, estar sola tan a menudo.

Había algo en su tono que hizo que Esther lo mirara con más atención. No era la curiosidad casual de la conversación educada; había una calidad casi profesional en su pregunta, como si fuera un reportero siguiendo una pista.

—A veces —dijo con cuidado—. ¿Por qué lo pregunta?

Diego pareció darse cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Perdón. Es deformación profesional. Hago demasiadas preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Las equivocadas, generalmente.

Esther terminó de alisar las sábanas y se enderezó, estudiando el rostro de Diego. Había algo en él, una intensidad contenida que le recordaba a los hombres que habían frecuentado su casa durante el matrimonio con Borja. Hombres con agendas ocultas y sonrisas practicadas.

—Traeré algunas mantas extra —dijo, dirigiéndose hacia la puerta —. Y si necesita cualquier cosa durante la noche...

—Estaré bien. Gracias por todo, Esther.

Fue la primera vez que pronunció su nombre, y algo en la forma en que lo hizo la hizo detenerse. No como Borja, que siempre había dicho su nombre como si fuera una propiedad suya, sino con una familiaridad que no había ganado aún.

Paranoia, se dijo a sí misma. *Cinco meses de soledad te están volviendo paranoica*.

Pero mientras se dirigía hacia su dormitorio, no pudo deshacerse de la sensación de que la llegada de Diego Herrera no había sido tan accidental como aparentaba.

En su habitación, Esther se cambió por el camisón y se cepilló los dientes, pero su mente estaba ocupada analizando cada detalle de su conversación con Diego. Su historia tenía sentido, pero había lagunas. ¿Qué periodista en su sano juicio conduciría por caminos de montaña en plena tormenta invernal? ¿Y por qué había parecido tan familiar con su casa, moviéndose por los espacios como si ya los conociera?

Se acostó pero no pudo dormir. Cada crujido de la casa, cada silbido del viento, cada sonido indefinible la hacía preguntarse qué estaba haciendo Diego en el estudio. ¿En realidad estaba durmiendo, o estaba explorando los papeles de Borja? ¿Y por qué esa posibilidad la aterrorizaba tanto?

A las dos de la madrugada, se levantó para tomar un vaso de agua. Mientras recorría el pasillo hacia la cocina, notó que había luz bajo la puerta del estudio.

Se detuvo, conteniendo la respiración. Podía oír sonidos apagados desde el interior: el crujido de papeles, el arrastre suave de cajones abriéndose y cerrándose.

Diego estaba revisando las cosas de Borja.

Esther se quedó paralizada en el pasillo, debatiéndose entre confrontarlo o fingir que no había visto nada. Una parte de ella —la parte que había aprendido a sobrevivir cinco años de matrimonio con un hombre peligroso— le gritaba que fuera cautelosa, que esperara, que observara.

Los sonidos se detuvieron abruptamente, como si Diego hubiera percibido su presencia al otro lado de la puerta.

Esther contuvo la respiración y retrocedió hacia su habitación. Pero justo antes de llegar a su puerta, escuchó el sonido distintivo

del teléfono fijo siendo descolgado desde el estudio.

Diego estaba haciendo una llamada telefónica a las dos de la madrugada.

Esther se acercó con cautela a su puerta, tratando de escuchar fragmentos de conversación a través del grosor de las paredes. La voz de Diego era demasiado baja para distinguir palabras, pero el tono era urgente, casi conspiratorio.

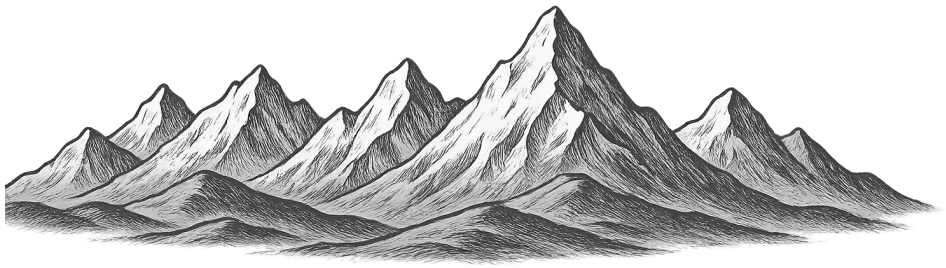
La llamada duró apenas unos minutos. Después, Esther oyó los sonidos de Diego preparándose para dormir: el crujido del sofá cama, el clic de la lámpara al apagarse.

Pero Esther permaneció despierta el resto de la noche, mirando el techo y preguntándose qué clase de hombre había dejado entrar en su casa, y qué había estado buscando entre las pertenencias de su esposo muerto.

Cuando por fin se quedó dormida, justo antes del amanecer, soñó con Borja. En el sueño, él estaba de pie junto a su cama, empapado y con esa sonrisa siniestra que solía usar cuando sabía algo que ella desconocía.

"Te dije que no podías confiar en nadie", le decía en el sueño. "Te lo dije, Esther. Y ahora mira lo que has hecho."

Se despertó con el corazón acelerado y la certeza de que, fuera quien fuese Diego Herrera, su llegada no había sido una coincidencia.



CAPÍTULO 3

Esther despertó al sonido de alguien cortando leña.

Se incorporó en la cama, desorientada por un momento. El reloj de su mesita de noche marcaba las siete y cuarto de la mañana, y la luz grisácea que se filtraba por sus cortinas sugería que la tormenta había aminorado durante la noche.

El sonido del hacha contra la madera continuaba con un ritmo constante y deliberado. Esther se acercó a la ventana de su dormitorio y apartó la cortina lo suficiente para mirar hacia el patio lateral de la casa.

Diego estaba allí, de espaldas a ella, partiendo leños junto al cobertizo donde Borja solía guardar las herramientas. Había encontrado la chaqueta de trabajo de su difunto esposo —una cazadora gruesa de lana que colgaba de un gancho dentro del cobertizo— y se había remangado a pesar del frío. Cada movimiento era económico y preciso, como si hubiera hecho este trabajo cientos de veces antes.

¿Cómo sabía dónde estaba el hacha?, se preguntó Esther. No

recordaba habérselo mencionado, y el cobertizo estaba cerrado con llave.

La había encontrado debajo del felpudo. Siempre guardaban la llave de reserva ahí, una costumbre que Borja había establecido "para emergencias". Pero ella nunca se lo había dicho a Diego.

Esther se vistió con vaqueros y un suéter grueso, y salió de la casa. El aire era cristalino y mordiente, pero el silencio después de la tormenta tenía una calidad casi mágica. La nieve se acumulaba hasta la mitad de las ventanas de la planta baja, y los árboles que rodeaban la propiedad parecían esculturas de cristal bajo el peso de la escarcha.

—Buenos días —dijo Diego, deteniéndose en medio del movimiento cuando la vio acercarse—. Espero que no le moleste. Pensé que podrían necesitar leña extra con este frío.

—¿Cómo encontró la llave del cobertizo?

La pregunta salió más brusca de lo que Esther había pretendido, pero Diego no pareció ofenderse. En todo caso, sonrió con esa expresión divertida que sugería que había esperado la pregunta.

—Deducción. La mayoría de la gente guarda las llaves de reserva en lugares obvios: debajo del felpudo, encima del marco de la puerta, dentro de macetas. —Clavó el hacha en el toco que usaba como base—. El felpudo pareció la opción más probable.

—¿Y si no hubiera estado ahí?

—Entonces habría probado los otros lugares obvios. —Diego la miró—. ¿Le molesta que haya tomado la iniciativa?

Esther estudió su expresión, buscando signos de duplicidad. Había algo en la forma en que Diego respondía a sus preguntas, una honestidad casi agresiva, como si estuviera desafiándola a que desconfiara de él.

—No —dijo—. Agradezco la ayuda.

—Bien. Porque hay suficiente trabajo aquí para mantenerme ocupado hasta que escampe.

Esther siguió su mirada hacia el patio. Además de la leña que ya había cortado, Diego había despejado la nieve del camino que llevaba desde la puerta principal hasta donde su coche estaba enterrado, y había creado una especie de sendero hacia el cobertizo.

—No tenía que hacer todo esto —dijo Esther.

—Me gusta mantenerme ocupado. Además, es lo mínimo que puedo hacer después de su hospitalidad.

Había algo en la forma en que pronunció la palabra "hospitalidad" que hizo que Esther se sintiera como si hubiera pasado una prueba sin darse cuenta de que estaba siendo evaluada.

El teléfono sonó desde el interior de la casa, y Esther sintió un alivio inesperado por la interrupción.

—Será mejor que conteste —dijo—. Es posible que sea Lucía, preocupándose.

Cuando Esther entró en la cocina y descolgó el teléfono, efectivamente era Lucía.

—¡Esther! Gracias a Dios. He estado preocupadísima toda la noche. ¿Cómo has pasado la tormenta?

—Bien. Mejor de lo que esperaba.

—¿Has perdido la electricidad? Aquí en el pueblo se cortó tres veces durante la noche.

—No, todo funciona normal. —Esther miró por la ventana hacia Diego, que había retomado su trabajo con el hacha—. Lucía, tengo que contarte algo extraño. Ayer por la noche apareció un hombre aquí. Su coche se quedó atascado en la nieve.

Hubo una pausa en el otro extremo de la línea, un poco más larga de lo que Esther habría esperado.

—¿Un hombre? ¿Qué clase de hombre?

—Dice que se llama Diego Herrera. Es periodista, o escritor, algo así. Iba de camino a León cuando lo pilló la tormenta.

—¿Y está ahí ahora? ¿En tu casa?

Había algo en el tono de Lucía que Esther no conseguía identificar. No era alarma, sino algo más complejo.

—Sí. Le dejé quedarse en el estudio. No podía echarlo con esa tormenta.

—Esther, cariño, ¿estás segura de que fue buena idea? No conoces a este hombre. Podría ser cualquiera.

—Lo sé, pero parecía inofensivo. Y ha estado ayudando con las tareas de la casa esta mañana.

—¿Qué clase de ayuda?

Esther frunció el ceño ante la insistencia de Lucía.

—Cortando leña, quitando nieve. ¿Por qué tantas preguntas?

—Es solo que me preocupo por ti, después de lo que pasó con Miguel el mes pasado.

Miguel Estrada. Esther había tratado de olvidar ese incidente desagradable. Miguel, que había aparecido en su puerta con excusas transparentes sobre "revisar cómo estaba", que había bebido demasiado vino y se había vuelto insistente cuando ella le pidió que se fuera.

—Diego no es como Miguel —dijo Esther—. Es más... reservado.

—Los peores siempre lo son.

Había una certeza en la voz de Lucía que sorprendió a Esther. Como si hablara por experiencia personal.

—¿Conoces a alguien llamado Diego Herrera? —preguntó Esther —. El apellido me suena familiar.

Otra pausa, esta vez deliberada.

—No que yo recuerde. ¿Qué aspecto tiene?

Esther describió a Diego mientras lo observaba trabajar en el patio. Lucía escuchó sin interrumpir, haciendo ocasionales sonidos de comprensión.

—No me suena —dijo Lucía al fin—. Pero Esther, prométeme que tendrás cuidado. Después de todo lo que has pasado, lo último que necesitas es complicarte la vida con un desconocido.

—No me estoy complicando la vida. Solo le estoy dando refugio hasta que pase la tormenta.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Esther se sorprendió por la implicación.

—Lucía, no es...

—Lo sé, lo sé. Pero eres una mujer sola, atractiva, vulnerable después de todo lo que pasó con Borja. Y los hombres tienen una forma de aprovecharse de esas situaciones.

Había algo en la forma en que Lucía dijo "todo lo que pasó con Borja" que hizo que Esther prestara más atención. Lucía siempre había sido crítica con respecto a su matrimonio, pero nunca de una forma tan directa.

—¿Qué quieres decir con 'todo lo que pasó'?

—Bueno, ya sabes. El accidente, las circunstancias extrañas, las preguntas que nunca se respondieron del todo...

Esther sintió que su pulso se aceleraba.

—¿Qué preguntas? La investigación concluyó que fue un accidente.

—Por supuesto, por supuesto. No quise sugerir otra cosa. Es solo que... bueno, tú mejor que nadie sabes que Borja no era un

conductor imprudente. Y esa curva, Esther, la había tomado cientos de veces.

Esther se quedó en silencio, procesando las implicaciones de lo que Lucía estaba diciendo. Era verdad que las circunstancias del accidente de Borja habían planteado algunas preguntas sin respuesta. El coche había salido de la carretera en una curva que Borja conocía perfectamente, en una noche cuando, según todos los informes, las condiciones no eran peligrosas.

—Lucía, ¿por qué me estás diciendo esto ahora?

—Porque me preocupo por ti. Y porque creo que cuando aparece un desconocido en tu puerta justo cuando estás empezando a recuperarte, es natural preguntarse si es una coincidencia.

—¿Estás sugiriendo que Diego tuvo algo que ver con la muerte de Borja?

—No, por supuesto que no. Es solo que... —Lucía suspiró—. Mira, tal vez estoy siendo paranoica. Pero prométeme que no bajarás la guardia. Que mantendrás los ojos abiertos.

—Los mantendré.

—Bien. Y Esther, si necesitas cualquier cosa, cualquier cosa en absoluto, llámame de inmediato. No me importa la tormenta o la hora que sea. Vendré.

Después de colgar, Esther se quedó junto al teléfono durante varios minutos, reflexionando sobre la conversación. Lucía tenía razón en una cosa: era extraño que un desconocido apareciera justo cuando Esther estaba empezando a sentirse como si pudiera seguir adelante con su vida.

Pero había algo más en el tono de Lucía, algo que no conseguía identificar. Una intensidad que iba más allá de la preocupación normal de una amiga.

Preparó café y salió al patio con dos tazas humeantes. Diego

había terminado de cortar leña y estaba apilándola con cuidado junto al cobertizo.

—Pensé que podría necesitar algo caliente —dijo, ofreciéndole una taza.

—Perfecto. Gracias. —Diego se quitó los guantes de trabajo y aceptó el café con evidente gratitud—. ¿Era su amiga Lucía?

Esther lo miró con sorpresa.

—¿Cómo sabe que se llama Lucía?

—La mencionó anoche. Dijo que era su única amiga realmente cercana.

Era verdad, pero algo en la forma en que Diego lo recordaba con tanta precisión la puso nerviosa.

—Sí, era ella. Estaba preocupada por la tormenta.

—Parece una buena amiga.

—La mejor. Me ha apoyado mucho desde... desde que enviudé.

Diego asintió, tomando un sorbo de café.

—Debe de ser difícil, perder a alguien tan joven. ¿Puedo preguntar qué pasó?

Esther dudó. Era la pregunta que todo el mundo hacía, pero que nunca se volvía más fácil de responder.

—Un accidente de coche. Una noche de tormenta, como esta. Perdió el control en una curva.

—¿Estaba usted con él?

—No. Yo estaba aquí. Borja volvía de un viaje de trabajo.

—¿De dónde?

La pregunta llegó de forma tan natural que Esther casi respondió antes de darse cuenta de lo específica que era.

—¿Por qué lo pregunta?

Diego pareció notar su cambio de tono.

—Perdón. Como le dije anoche, es deformación profesional. Hago demasiadas preguntas.

—¿Qué tipo de periodismo hacía con exactitud?

—Investigación. Corrupción, principalmente. Casos donde la versión oficial no coincidía necesariamente con la realidad.

Esther sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

—¿Y ahora qué tipo de libros escribe?

—El mismo tipo de historias. Solo que con más espacio para desarrollar los detalles que los periódicos no publican.

—¿Como qué?

Diego la estudió durante un momento, como si estuviera evaluando cuánto podía decirle.

—Como las conexiones entre empresarios respetables y actividades menos respetables. Como los accidentes que resultan demasiado convenientes para ciertas personas. Como las investigaciones que se cierran demasiado rápido cuando implican a las personas equivocadas.

Esther sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—¿Está investigando el accidente de mi esposo?

La pregunta salió más directa de lo que había pretendido, pero ya era demasiado tarde para retirarla.

Diego la miró durante varios segundos antes de responder.

—No —dijo al fin—. Pero tal vez debería.

El teléfono volvió a sonar desde la casa, interrumpiendo el momento de tensión. Esther se quedó inmóvil, mirando a Diego,

tratando de descifrar si acababa de recibir una amenaza o una oferta de ayuda.

—Será mejor que conteste —dijo Diego con suavidad—. Podrían ser noticias sobre el estado de las carreteras.

Esther asintió de forma mecánica y regresó a la casa. Esta vez, la persona al otro extremo de la línea no era Lucía.

—¿Señora Mendoza? —La voz era masculina, áspera, con acento local—. Soy Miguel Estrada.

Esther sintió que su estómago se contraía. Miguel era la última persona con la que quería hablar, en especial con Diego Herrera en su patio haciendo preguntas sobre Borja.

—Hola, Miguel.

—He oído que tiene un invitado. Un forastero.

¿Cómo podía haber oído eso? El pueblo estaba a ocho kilómetros de distancia, y con la tormenta, era improbable que alguien hubiera visto a Diego llegar.

—¿Quién le dijo eso?

—Las noticias viajan rápido en un pueblo pequeño, incluso durante una tormenta. Sobre todo, cuando se trata de la seguridad de nuestras mujeres.

La posesividad en su voz hizo que Esther se sintiera enferma.

—No necesito que nadie se preocupe por mi seguridad.

—Esther, después de lo que pasó entre nosotros el mes pasado, creo que tengo derecho a preocuparme. Dejé las cosas claras sobre mis sentimientos hacia usted.

Demasiado claras, pensó Esther, recordando sus manos groseras y su aliento a alcohol.

—Miguel, esto no es asunto suyo.

—Un desconocido aparece en su casa justo cuando las carreteras están cortadas, ¿y no es asunto de nadie? Esther, usted no piensa con claridad desde la muerte de Borja. Necesita que alguien la proteja.

—No necesito protección.

—Todos necesitamos protección. Sobre todo de gente que no es lo que aparenta ser.

Había algo en la forma en que Miguel pronunció esa última frase que hizo que Esther prestara atención.

—¿Qué sabe usted sobre Diego?

—Lo suficiente para saber que debería tener más cuidado con las preguntas que hace por el pueblo.

Esther sintió que su pulso se aceleraba.

—¿Qué clase de preguntas?

—Preguntas sobre Borja. Sobre su trabajo. Sobre la noche que murió.

El mundo pareció inclinarse alrededor de Esther.

—¿Cuándo estuvo haciendo esas preguntas?

—La semana pasada. Estuvo en el bar de Carmen, hablando con cualquiera que quisiera escuchar. Decía que era escritor, que estaba investigando casos sin resolver en la región.

Esther se aferró al auricular del teléfono.

—¿Está seguro de que era él?

—Bastante seguro. ¿Cuántos forasteros de Madrid vienen por aquí haciendo preguntas sobre maridos muertos?

Esther miró por la ventana hacia Diego, que había retomado su trabajo pero parecía estar prestando atención a la casa.

—Miguel, ¿qué le dijo con exactitud?

—Nada importante. Pero Esther, escúcheme: este hombre no está ahí por accidente. Ha estado planeando esto. Y si yo fuera usted, no lo dejaría solo en mi casa ni un minuto más.

—¿Qué sugiere que haga?

—Que me deje ir para allá. Ahora mismo. Puedo llegar con el todoterreno.

—No.

—Esther...

—He dicho que no, Miguel. Puedo manejar la situación.

—¿Puede? ¿Como manejó la situación con Borja?

El golpe fue tan inesperado que Esther casi dejó caer el teléfono.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Solo que tal vez es hora de que alguien más se haga cargo de las decisiones importantes en su vida.

Esther colgó el teléfono con tanta fuerza que el sonido resonó por toda la cocina.

Se quedó temblando junto al aparato, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. Diego había estado en el pueblo la semana anterior, haciendo preguntas sobre Borja. Su aparición en su puerta no había sido accidental.

Pero eso significaba que todo —su historia sobre ir a León, su coche atascado, incluso su comportamiento en apariencia gentil— había sido una mentira cuidadosamente construida.

¿Pero por qué? ¿Qué podía querer de ella? ¿Y cómo había sabido dónde encontrarla?

Esther se acercó con cautela a la ventana de la cocina. Diego había dejado de trabajar y estaba mirando hacia la casa, como si

hubiera estado esperando que apareciera.

Cuando sus ojos se encontraron, él sonrió y levantó la mano en un saludo amistoso.

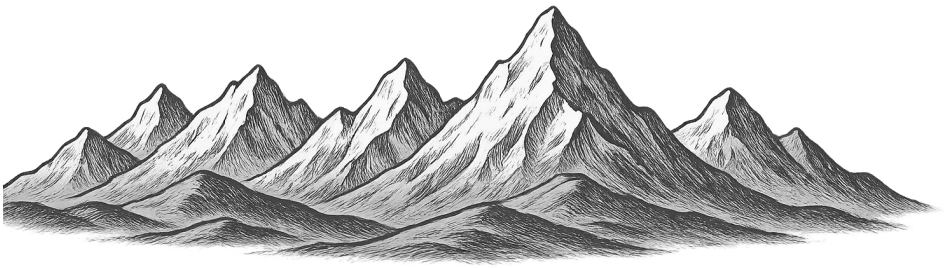
Pero ahora, esa sonrisa parecía diferente.

Esther retrocedió de la ventana, con el corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que Diego podría oírlo desde el patio.

Tenía que llamar a Lucía. Lucía sabría qué hacer.

Pero cuando marcó el número, no obtuvo respuesta.

Y cuando miró otra vez hacia el patio, Diego ya no estaba allí.



CAPÍTULO 4

Esther corrió hacia la puerta principal y giró el pestillo, asegurando también la cadena de seguridad. Sus manos temblaban mientras comprobaba que todas las ventanas de la planta baja estuvieran cerradas.

¿Dónde estaba Diego?

Regresó a la ventana de la cocina y escudriñó el patio. No había rastro de él, pero sus huellas en la nieve llevaban hacia la parte trasera de la casa, donde Esther no podía verlas desde esa ventana.

El teléfono volvió a sonar, sobresaltándola tanto que casi gritó.

—¿Diga? —Su voz salió temblorosa.

—Esther, soy Lucía. Intenté llamarte hace unos minutos pero la línea estaba ocupada. ¿Estás bien? Sonabas extraña.

Esther sintió una oleada de alivio tan intensa que tuvo que apoyarse contra el mostrador de la cocina.

—Lucía, gracias a Dios. Necesito decirte algo sobre Diego. Miguel llamó y me dijo que...

—Esther, cariño, respira. ¿Qué ha pasado?

—Diego ha estado mintiendo. Miguel dice que estuvo en el pueblo la semana pasada, haciendo preguntas sobre Borja. Su llegada no fue accidental.

Hubo una pausa al otro lado de la línea, y Esther pudo oír el sonido de Lucía moviéndose, tal vez poniéndose un abrigo.

—¿Dónde está ahora? ¿Diego?

—No lo sé. Estaba en el patio hace un momento, pero ha desaparecido. Lucía, estoy asustada.

—Por supuesto que lo estás. Escúchame, Esther. Voy para allá ahora mismo.

—¿Ahora? ¿Con esta nieve?

—Tengo cadenas para las ruedas y he conducido en condiciones peores. Estaré ahí en media hora, máximo cuarenta minutos. Mientras tanto, mantén las puertas cerradas y no le abras a nadie. ¿Me oyes? A nadie.

—Pero Lucía, si Diego está aquí porque está investigando a Borja, tal vez debería escuchar lo que tiene que decir. Tal vez sepa algo sobre el accidente...

—Esther. —La voz de Lucía se volvió más firme—. ¿Confías en mí?

—Por supuesto.

—Entonces escúchame cuando te digo que algunos secretos es mejor dejarlos enterrados. Borja está muerto. Hurgar en el pasado no lo va a traer de vuelta, pero sí puede lastimarte a ti.

—¿Qué sabes tú sobre los secretos de Borja?

Otra pausa, esta vez más larga.

—Sé que era mi mejor amiga la que tenía que vivir con él. Y sé que eres mucho más fuerte ahora de lo que eras entonces.

Esther frunció el ceño. Había algo en la forma en que Lucía evitaba responder a sus preguntas que empezaba a resultarle familiar. Borja había tenido la misma costumbre.

—Lucía, ¿hay algo que no me hayas contado sobre Borja?

—Ahora no, Esther. Primero necesito llegar hasta ahí y asegurarme de que estés a salvo. Hablaremos cuando llegue.

—Pero...

—Media hora, Esther. Resiste media hora.

La línea se cortó.

Esther se quedó sosteniendo el auricular, sintiendo que había más preguntas que respuestas. Pero Lucía tenía razón en una cosa: necesitaba mantenerse segura hasta que llegara.

Se dirigió hacia la ventana frontal y apartó la cortina para examinar el patio delantero. El coche de Diego seguía enterrado en la nieve, pero ahora había un sendero despejado que llevaba desde el vehículo hasta la casa. Un sendero que ella no recordaba que hubiera estado ahí antes.

¿Había estado Diego sacando cosas de su coche?

El sonido de pasos en el porche la hizo saltar hacia atrás. Alguien estaba subiendo las escaleras de madera que llevaban a la puerta principal.

—¿Esther? —La voz de Diego llegó a través de la puerta—. ¿Está todo bien? Vi que había cerrado el pestillo.

Esther se acercó a la puerta pero no quitó la cadena de seguridad.

—Estoy bien —dijo—. Solo... necesito un poco de espacio.

—¿Ha pasado algo? Recibió una llamada telefónica y después desaparecieron todas las luces de la planta baja.

¿Cómo podía saber que había apagado las luces si había estado trabajando en la parte trasera de la casa?

—Solo estoy cansada —mintió Esther—. Necesito descansar un poco.

—Por supuesto. Pero Esther, si ha oído algo sobre mí que la ha preocupado, me gustaría tener la oportunidad de explicárselo.

La directividad de su respuesta la sorprendió. Como si supiera qué tipo de información había podido recibir.

—¿Qué tendría que explicar?

—Puede abrir la puerta, Esther. No voy a lastimarla.

¿Por qué necesitaba decir eso si no había razón para pensar que podría hacerlo?

—Prefiero hablar así.

Un suspiro desde el otro lado de la puerta.

—Está bien. Mire, es verdad que estuve en Aguaverde la semana pasada. Debería habérselo dicho desde el principio.

—¿Por qué mintió?

—Porque sabía que si le decía que estaba investigando la muerte de su esposo, no me dejaría quedarme. Y necesitaba hablar con usted.

—¿Por qué? ¿Qué cree que sé?

—Creo que su esposo no murió en un accidente, Esther. Y creo que usted tiene sospechas sobre eso, aunque no se permita pensar en ellas conscientemente.

Esther sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Las palabras de Diego articulaban pensamientos que había estado empujando al fondo de su mente durante meses.

—La investigación concluyó...

—La investigación concluyó como ciertas personas necesitaban que concluyera.

—¿Qué personas?

—¿Puede abrir la puerta, Esther? Hay cosas que necesito mostrarle, y es difícil explicar todo esto a través de una pared.

Esther se debatió. Una parte de ella —la parte que había aprendido a desconfiar de los hombres que afirmaban querer "ayudarla"— le gritaba que mantuviera la puerta cerrada. Pero otra parte, la parte que había vivido con Borja durante cinco años, reconocía la sensación de estar siendo protegida de información que le correspondía por derecho.

—¿Qué clase de cosas?

—Documentos. Fotografías. Evidencia de que Borja estaba involucrado en actividades que podrían haber hecho que alguien quisiera silenciarlo para siempre

El corazón de Esther latía tan fuerte que estaba segura de que Diego podía oírlo desde el porche.

—¿Qué tipo de actividades?

—Lavado de dinero. Facilitación de contratos fraudulentos entre empresas de construcción y el gobierno regional. Chantaje, casi con exactitud.

Cada palabra resonaba con fragmentos de recuerdos que Esther había tratado de ignorar: las llamadas telefónicas susurradas de Borja, los viajes de trabajo que nunca parecían relacionarse con clientes específicos, las cantidades inexplicables de dinero que aparecían en ocasiones en sus cuentas bancarias.

—¿Tiene pruebas de eso?

—Algunas. Pero necesito su ayuda para completar el cuadro.

—¿Mi ayuda?

—Borja guardaba archivos en su casa, Esther. Documentos que podrían probar lo que estoy diciendo. Y creo que usted sabe dónde están.

Esther pensó en el estudio de Borja, en todos los cajones y archivadores que no había tocado desde su muerte. En los documentos que había evitado revisar porque Borja siempre había insistido en que eran "demasiado complicados" para que ella los entendiera.

—¿Por qué debería confiar en usted?

—Porque soy la única persona que está dispuesta a buscar la verdad sobre lo que le pasó a su esposo. Y porque creo que en el fondo, usted quiere conocer esa verdad.

¿Era así? Esther no estaba segura. Había habido tantas noches en las que se había quedado despierta preguntándose sobre las inconsistencias en la historia oficial del accidente. Pero también había habido alivio en la finalidad de la muerte de Borja, una libertad que no había experimentado en años.

¿De verdad quería arruinar esa paz con revelaciones sobre crímenes y conspiraciones?

El sonido de un motor acercándose interrumpió sus pensamientos. Esther se acercó a la ventana frontal y vio un todoterreno rojo luchando por subir el camino cubierto de nieve.

Lucía.

—Espere —le dijo a Diego—. Mi amiga Lucía viene en camino.

—Esther, antes de que llegue, necesito que sepa algo más.

—¿Qué?

—No confíe en nadie más hasta que hayamos tenido oportunidad de hablar de un modo más apropiado. Ni siquiera en Lucía.

—¿Por qué no debería confiar en Lucía?

—Porque las personas más cercanas a las víctimas de asesinato son estadísticamente las más propensas a estar involucradas en el crimen.

Esther sintió una oleada de indignación.

—Lucía es mi mejor amiga. Me ha apoyado...

—Lucía estuvo con usted la noche que murió Borja?

—¿Qué? No, yo estaba sola...

—¿Está segura?

Esther trató de recordar esa noche horrible con claridad. Había estado lloviendo, y Borja había salido después de una discusión particularmente fea sobre dinero. Ella se había quedado en casa, furiosa y dolida, viendo películas hasta tarde para distraerse.

¿Lucía había venido? Esther tenía un recuerdo vago de alguien tocando la puerta alrededor de las once, pero no había abierto porque asumió que era Borja regresando sin sus llaves.

—No estoy segura de nada —admitió.

—Entonces mantenga la mente abierta, ¿de acuerdo?

El todoterreno de Lucía se había detenido detrás del coche enterrado de Diego. Esther pudo ver la silueta de su amiga luchando para abrir la puerta del vehículo contra el viento.

—Lucía está aquí —dijo Esther.

—Tenga cuidado con lo que le dice hasta que hayamos hablado.

—¿Por qué me está advirtiendo esto?

—Porque creo que la persona que mató a su esposo está todavía cerca de usted, Esther. Y no quiero que se convierta en su próxima víctima.

Esther se alejó de la puerta, con la mente dando vueltas. ¿Era posible que Borja hubiera sido asesinado? ¿Y que su asesino fuera

alguien en quien ella confiaba?

La idea era absurda. Lucía había sido como una hermana para ella desde la infancia. La conocía mejor que a cualquier otra persona en el mundo.

Pero mientras observaba a Lucía acercarse a la casa, luchando contra la nieve profunda, algo en su postura le pareció diferente. Más determinada, más urgente de lo que la preocupación por una amiga justificaría.

Lucía subió las escaleras del porche y se encontró cara a cara con Diego, que todavía estaba de pie junto a la puerta principal.

—¿Usted debe ser Diego —dijo Lucía, sin el calor que Esther habría esperado.

—Y usted debe ser Lucía. Esther me ha hablado mucho de usted.

—¿De verdad? Qué interesante.

Había una tensión en sus voces que Esther pudo detectar incluso desde el interior de la casa.

—Esther —llamó Lucía—, soy yo. ¿Puedes abrir la puerta?

Esther se acercó a la puerta, pero vaciló antes de quitar la cadena. Las palabras de Diego resonaban en su mente: *No confíe en nadie más hasta que hayamos tenido oportunidad de hablar de un modo más apropiado.*

—Solo un momento —dijo Esther, tratando de ganar tiempo para pensar.

—Esther, hace mucho frío aquí afuera —dijo Lucía, con un dejo de impaciencia que Esther no había oído antes en su voz—. Y necesitamos hablar sobre la situación.

—¿Qué situación? —preguntó Diego.

—Su situación, señor Herrera. Esther está preocupada por sus verdaderos motivos para estar aquí.

—Mis motivos son encontrar la verdad sobre la muerte de Borja Mendoza.

—Una muerte que fue investigada con exhaustividad y declarada accidental.

—Una investigación que se cerró prematuramente y que ignoró evidencia significativa.

Esther escuchó este intercambio con creciente ansiedad. Era como si Diego y Lucía estuvieran teniendo una conversación en código, discutiendo cosas que ella debería entender pero no entendía.

—Esther —dijo Lucía—, ¿vas a abrirnos la puerta o vamos a tener esta conversación en tu porche?

¿Abrirnos? Esther notó el plural. Como si Lucía y Diego fueran un equipo, cuando acababan de conocerse.

Finalmente, Esther quitó la cadena y abrió la puerta.

Lucía entró primero, quitándose un abrigo grueso y botas de nieve. Se veía como siempre: cabello rubio recogido en una coleta práctica, rostro sonrojado por el frío, ojos azules llenos de preocupación.

Pero cuando abrazó a Esther, su abrazo se sintió diferente. Más posesivo, más prolongado de lo normal.

—¿Estás bien? —murmuró Lucía en su oído—. Estaba tan preocupada.

—Estoy bien. Solo confundida.

Diego entró después de Lucía, cerrando la puerta tras él. Esther notó que él y Lucía se observaban con la intensidad de dos depredadores evaluando territorio.

—Bueno —dijo Lucía, dirigiéndose a Diego—, supongo que es hora de que ponga todas las cartas sobre la mesa.

—Estoy de acuerdo —respondió Diego.

—Esther, tal vez deberías sentarte —dijo Lucía—. Lo que te voy a decir podría ser... perturbador.

Esther se sentó en el sofá, con una sensación creciente de terror sobre lo que estaba a punto de descubrir.

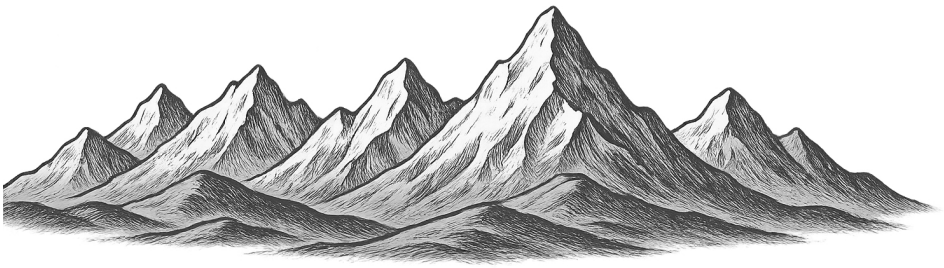
Lucía se sentó junto a ella, tomando sus manos entre las suyas.

—Cariño, hay cosas sobre Borja que nunca te dije. Cosas que sabía pero que pensé que era mejor que no supieras.

—¿Qué cosas?

Lucía miró hacia Diego, como si estuviera pidiendo permiso o confirmación.

—Borja no era la persona que tú creías que era.



CAPÍTULO 5

Esther sintió que el mundo se inclinaba a su alrededor. Las palabras de Lucía flotaban en el aire como humo, demasiado densas para procesarlas por completo.

—¿Qué quieres decir con que Borja no era quien yo creía?

Lucía apretó sus manos con más fuerza, y Esther notó que sus palmas estaban cálidas para alguien que acababa de conducir a través de una tormenta de nieve.

—Cariño, sabía que Borja tenía... actividades paralelas. Negocios que no eran legales.

Diego se había quedado de pie junto a la chimenea, observando la interacción entre las dos mujeres con una intensidad que ponía nerviosa a Esther.

—¿Qué tipo de actividades? —preguntó Esther.

Lucía miró de nuevo hacia Diego, como si necesitara su aprobación para continuar. El gesto irritó a Esther más de lo que habría esperado. ¿Desde cuándo Lucía necesitaba permiso de un

desconocido para hablar con su mejor amiga?

—Lavado de dinero, principalmente —dijo Lucía—. Borja facilitaba transacciones entre empresas de construcción y funcionarios del gobierno regional. Tomaba un porcentaje de cada contrato fraudulento.

—¿Cómo sabes eso?

Lucía vaciló, y en esa vacilación, Esther vio algo que no había visto nunca antes en su amiga: incertidumbre.

—Porque... porque me lo dijo.

—¿Borja te habló de actividades ilegales?

—No directamente. Pero yo... yo estaba preocupada por ti, Esther. Tu matrimonio se estaba deteriorando, y Borja se volvía cada vez más controlador y agresivo. Así que comencé a investigar por mi cuenta.

Diego se aclaró la garganta.

—¿Qué tipo de investigación?

Lucía se volvió hacia él con una expresión que Esther no conseguía descifrar por completo. No era hostilidad, sino algo más complejo.

—Siguiéndolo. Observando sus patrones. Tomando fotografías de sus reuniones.

Esther se quedó boquiabierta.

—¿Estuviste siguiendo a Borja?

—Solo porque me preocupaba por ti, cariño. Sabía que algo no estaba bien, y quería tener evidencia si alguna vez necesitabas divorciarte de él.

—¿Por qué nunca me dijiste nada de esto?

—Porque sabía que no me habrías creído. Estabas... bueno, ya

sabes cómo te había manipulado Borja. Te había convencido de que eras demasiado ingenua para entender su mundo.

Las palabras de Lucía resonaron incómodas con la verdad. Borja la había tratado como si fuera intelectualmente inferior, incapaz de comprender las complejidades de su trabajo o sus decisiones.

—¿Qué tipo de fotografías? —preguntó Diego.

Lucía lo miró con desconfianza evidente.

—¿Por qué le interesa tanto a usted, señor Herrera?

—Porque estoy tratando de completar un cuadro, y cualquier evidencia que usted tenga podría ser crucial.

—¿Un cuadro de qué, exactamente?

—De quién mató a Borja y por qué.

El silencio que siguió fue tan denso que Esther pudo oír su propio pulso en sus oídos.

—¿Tienen pruebas de que Borja fue asesinado? —preguntó.

Diego y Lucía se miraron, y Esther tuvo la extraña sensación de que estaba siendo excluida de una conversación silenciosa.

—Tengo razones para creer que su muerte no fue accidental —dijo Diego—. Pero necesito más información para probarlo.

—¿Y usted, Lucía? —preguntó Esther—. ¿También crees que Borja fue asesinado?

Lucía tardó demasiado tiempo en responder.

—Creo que Borja se había metido con gente peligrosa. Y creo que es posible que esa gente decidiera que sabía demasiado.

—¿Qué gente?

—Funcionarios corruptos. Empresarios sin escrúpulos. El tipo de personas que matan para proteger sus secretos.

Esther se levantó del sofá con rapidez, necesitando espacio para pensar. Se acercó a la ventana y miró hacia el paisaje nevado, pero su mente estaba demasiado agitada para procesar lo que veía.

—Si ambos creían que Borja estaba en peligro, ¿por qué nadie me advirtió?

—Porque no teníamos pruebas concretas —dijo Lucía rápidamente—. Y porque sabíamos que Borja nunca te habría escuchado si le hubieras pedido que parara.

—Podrían haberme dicho a mí.

—¿Y qué habrías hecho? —La voz de Lucía tenía un dejo de impaciencia que Esther nunca había oído antes—. ¿Confrontar a Borja? ¿Llamar a la policía sin evidencia? Solo habrías empeorado la situación.

Esther se volvió para mirar a su amiga. Había algo en la forma en que Lucía hablaba, una certeza sobre lo que Esther habría o no habría hecho, que la perturbó.

—No sabes lo que habría hecho.

—Esther, cariño, te conozco mejor que nadie. Siempre has evitado el conflicto, sobre todo con Borja.

Era verdad, pero la forma en que Lucía lo dijo —como si fuera una debilidad de carácter en lugar de una estrategia de supervivencia— hizo que Esther se sintiera pequeña y criticada.

—Tal vez si me hubieran dado la oportunidad de elegir...

—No habría cambiado nada —interrumpió Lucía—. Borja habría muerto de todas formas.

El comentario cayó en la habitación como una piedra en agua quieta. Esther miró a Lucía, tratando de procesar la frialdad con la que había pronunciado esas palabras.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso?

Lucía se sonrojó con ligereza, como si se diera cuenta de que había revelado demasiado.

—Porque la gente como Borja siempre encuentra la forma de autodestruirse. Era solo cuestión de tiempo.

Diego se acercó al grupo, y Esther notó que había estado observando el intercambio entre ella y Lucía con gran atención.

—Lucía, ¿dónde estaba usted la noche que murió Borja?

La pregunta llegó tan abruptamente que Lucía se sobresaltó.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Es una pregunta estándar en cualquier investigación.

—Yo no estoy siendo investigada.

—Todo el mundo que conocía a la víctima está siendo investigado.

Esther observó la cara de Lucía mientras procesaba la pregunta. Por primera vez desde que la conocía, Lucía parecía nerviosa.

—Estaba... estaba en casa. Viendo televisión.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Vivo sola.

—¿Hizo alguna llamada telefónica? ¿Algún vecino la vio?

Lucía se volvió hacia Esther con una expresión de incredulidad.

—Esther, ¿vas a permitir que este desconocido me interrogue como si fuera una criminal?

Esther se encontró en una posición imposible. Por un lado, Lucía tenía razón: Diego era un desconocido que había llegado a su casa con mentiras. Por otro lado, sus preguntas eran las mismas que Esther había tenido en su mente subconscientemente durante meses.

—Solo está tratando de entender lo que pasó —dijo Esther con

cuidado.

—¿Entender lo que pasó? Esther, sabemos lo que pasó. Borja perdió el control de su coche en una curva peligrosa durante una tormenta. Punto.

—Pero si estaba involucrado en actividades criminales como decís...

—Eso no significa que fuera asesinado. Significa que era un hombre estúpido que se metió en problemas y pagó las consecuencias.

Había una vehemencia en la voz de Lucía que sorprendió a Esther. Casi como si estuviera defendiendo la versión oficial de los eventos con demasiada fuerza.

Diego se acercó más al grupo.

—Lucía, usted mencionó que tenía fotografías de Borja. ¿Podríamos verlas?

—No las tengo conmigo.

—¿Dónde están?

—En mi casa. En un lugar seguro.

—¿Podría traerlas?

Lucía miró hacia la ventana, donde la nieve había comenzado a caer de nuevo con intensidad renovada.

—Con esta tormenta, no creo que pueda regresar al pueblo hasta mañana, como mínimo.

Diego asintió, pero Esther pudo ver que no estaba satisfecho con la respuesta.

—Mientras tanto —continuó Lucía—, creo que deberíamos buscar cualquier documento que Borja pudiera haber guardado aquí en la casa.

Esther sintió una punzada de incomodidad.

—¿Por qué quieres revisar sus cosas?

—Porque si estamos buscando la verdad sobre su muerte, necesitamos toda la evidencia disponible.

—Estoy de acuerdo —dijo Diego—. Esther, ¿estaría dispuesta a que revisáramos su estudio?

Esther miró alternativamente a Lucía y Diego. Ambos la miraban con expectación, esperando que les diera acceso a los papeles privados de Borja.

—No sé si me siento cómoda con eso.

—¿Por qué no? —preguntó Lucía, con ese tono impaciente que había estado usando toda la mañana.

—Porque son los documentos personales de Borja. Privados.

—Esther, Borja está muerto. Ya no tiene derecho a la privacidad.

La forma en que Lucía pronunció estas palabras, con una frialdad casi clínica, hizo que Esther la mirara con nueva atención.

—Pero yo sí tengo derecho a procesar su muerte a mi propio ritmo.

—Por supuesto —dijo Diego con suavidad—. No queremos presionarla.

Pero Lucía parecía menos dispuesta a aceptar la negativa.

—Esther, durante cinco años permitiste que Borja te mantuviera en la ignorancia sobre aspectos fundamentales de tu propia vida. ¿No crees que ya es hora de que conozcas la verdad?

—Tal vez la verdad no es algo que necesito conocer.

—Todos necesitan conocer la verdad.

—¿Por qué? —Esther se sorprendió por la fuerza de su propia

respuesta—. ¿Por qué necesito saber si Borja era un criminal? ¿Por qué necesito saber si fue asesinado? Está muerto. Yo estoy libre. ¿No es suficiente?

Lucía la miró como si acabara de decir algo incomprensible.

—¿Libre? Esther, no eres libre mientras sigas viviendo con mentiras.

—¿Qué mentiras?

—Las mentiras sobre quien era Borja. Las mentiras sobre tu matrimonio. Las mentiras sobre por qué te quedaste con él durante tanto tiempo cuando era obvio que eras miserable.

Cada palabra de Lucía se sentía como una bofetada. Esther se dio cuenta de que su amiga nunca había hablado tan directamente sobre su matrimonio, y que su franqueza repentina se sentía más como un ataque que como apoyo.

—Lucía, no sé por qué estás siendo tan...

—¿Tan qué? ¿Tan honesta? Alguien tenía que decírtelo, Esther. Alguien tenía que ayudarte a ver lo que todos los demás veíamos.

—¿Qué veían?

—Que eras una víctima. Que Borja te había manipulado hasta convertirte en una sombra de quien eras antes de casarte con él.

Esther sintió lágrimas picándole en los ojos. No porque las palabras de Lucía fueran falsas, sino porque eran demasiado ciertas y demasiado crueles.

—No necesitaba que me lo dijeras de esa manera.

—¿De qué manera necesitabas que te lo dijera? He estado tratando de ayudarte durante años, Esther. Te he dado apoyo, compañía, consejos cuidadosos. Y nunca has hecho nada para cambiar tu situación.

—Estaba asustada.

—Lo sé. Y por eso nunca te presioné. Pero Borja está muerto ahora. Ya no tienes que tener miedo.

Diego se aclaró la garganta.

—Tal vez esta no es la conversación que deberíamos estar teniendo en este momento.

Lucía se volvió hacia él con una expresión de irritación evidente.

—¿Perdón?

—Esther acaba de descubrir que su esposo podría haber sido asesinado. Tal vez criticar las decisiones que tomó durante su matrimonio no es la forma más productiva de ayudarla a procesar esa información.

Lucía miró a Diego con algo que se acercaba a la hostilidad abierta.

—No necesito que me diga cómo tratar a mi mejor amiga.

—Por supuesto que no. Solo sugiero que tal vez todos necesitamos tomar un respiro.

—¿Todos? —Lucía se levantó del sofá—. Usted no es parte de este "todos", señor Herrera. Usted es un intruso que se presentó aquí con mentiras y que ahora está tratando de manipular una situación delicada para sus propios propósitos.

—¿Cuáles cree que son mis propósitos?

—No lo sé. Pero sé que apareció en la puerta de Esther con una historia elaborada sobre cómo su coche se había quedado atascado, cuando en realidad había estado planeando este encuentro durante días.

Diego no negó la acusación.

—Tiene razón. Debería haber sido honesto desde el principio.

—¿Por qué no lo fue?

—Porque necesitaba ganarme la confianza de Esther antes de contarle cosas que podrían cambiar fundamentalmente cómo ve su vida pasada.

Lucía se cruzó de brazos.

—¿Y cómo decidió que tenía derecho a hacer eso?

—Porque creo que Esther merece conocer la verdad sobre la muerte de su esposo.

—¿Y quién le dio derecho a decidir lo que Esther merece?

Esther observó este intercambio con creciente incomodidad. Era como si Lucía y Diego estuvieran peleando por el derecho a definir lo que era mejor para ella, sin preguntarle qué quería.

—Paren —dijo al fin—. Los dos.

Lucía y Diego se volvieron hacia ella.

—Lucía, aprecio que te preocupes por mí, pero la forma en que me has estado hablando hoy es diferente. Más dura. No me gusta.

Lucía pareció sorprendida.

—Esther, solo estoy tratando de ayudarte a ver las cosas con claridad.

—Pero no me estás preguntando si quiero verlas con claridad. Estás asumiendo que sé lo que necesito.

—Porque te conozco mejor que...

—¿Mejor que yo misma? —Esther sintió una chispa de irritación genuina—. Eso es con exactitud lo que Borja solía decir.

El comentario golpeó a Lucía. Su expresión cambió, volviéndose más suave, más parecida a la amiga cariñosa que Esther conocía.

—Tienes razón. Perdón. Es solo que... me preocupo tanto por ti, Esther. Y cuando veo que podrías estar en peligro...

—¿En peligro de qué?

Lucía miró hacia Diego.

—En peligro de ser manipulada otra vez. Por alguien con una agenda oculta.

Diego se dirigió hacia la puerta.

—Tal vez debería darles espacio para hablar a solas.

—No —dijo Esther con rapidez—. Si van a hablar sobre mí y mi situación, prefiero estar presente.

—Esther —Lucía habló con suavidad—, ¿podemos sentarnos? Solo tú y yo. Como amigas.

Esther miró a Diego, que asintió y se dirigió hacia la cocina.

—Estaré preparando café —dijo—. Llámeme si me necesitan.

Cuando Diego salió de la habitación, Lucía volvió a sentarse junto a Esther en el sofá.

—Cariño, lamento haber sido tan directa. Es solo que... —Lucía tomó las manos de Esther entre las suyas—. Te amo mucho, ¿lo sabes?

La intensidad con la que Lucía pronunció estas palabras sorprendió a Esther. No era la forma casual en que las amigas expresan afecto mutuo, sino algo más profundo, más urgente.

—También te amo, Lucía. Eres mi mejor amiga.

—¿Tu mejor amiga?

Había algo en la forma en que Lucía repitió la frase que hizo que Esther prestara atención.

—Sí. Mi mejor amiga.

Lucía asintió, pero había una expresión extraña en su rostro, como si la respuesta de Esther hubiera sido de alguna manera

decepcionante.

—Esther, ¿alguna vez has pensado en nosotras como algo más que amigas?

La pregunta llegó tan inesperadamente que Esther tardó varios segundos en procesarla.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... —Lucía se acercó más en el sofá—. Siempre hemos tenido una conexión especial, ¿no te parece? Desde que éramos niñas.

Esther sintió una incomodidad creciente.

—Lucía, ¿de qué estás hablando?

—Estoy hablando de lo bien que nos conocemos. De cómo siempre he estado ahí para ti. De cómo nadie más entiende quién eres.

—Por supuesto. Eres una amiga maravillosa.

—¿Solo una amiga?

Esther se apartó.

—Lucía, ¿qué quieres que diga?

Lucía estudió el rostro de Esther durante un largo momento, como si estuviera buscando algo específico en su expresión.

—Nada —dijo al fin—. Olvida lo que dije. Es solo que... a veces siento que hay tanto que no nos decimos la una a la otra.

—Puedes decirme cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

—Por supuesto.

Lucía pareció considerar esto.

—¿Y si te dijera que he estado enamorada de ti desde que teníamos diecisiete años?

El silencio que siguió fue tan completo que Esther pudo oír el sonido de Diego moviendo cosas en la cocina.

—Lucía...

—¿Te shockea?

—Yo... no sé qué decir.

—Podrías empezar diciéndome si alguna vez has sentido algo similar.

Esther se levantó del sofá, necesitando distancia física para procesar lo que estaba escuchando.

—Lucía, nunca he... yo no... no soy...

—¿No eres qué? ¿Gay? ¿Bisexual? ¿O solo no estás interesada en mí?

—No sé. Nunca he pensado en ti de esa manera.

—¿Nunca?

Esther trató de recordar si había habido momentos en su amistad con Lucía que pudieran interpretarse como románticos o sexuales. Había habido abrazos, caricias ocasionales, intimidad emocional. Pero Esther siempre había interpretado todo eso como amistad femenina normal.

—No creo.

Lucía asintió, pero Esther pudo ver dolor en su expresión.

—¿Y ahora? ¿Ahora que lo sabes?

—Lucía, acabamos de descubrir que mi esposo podría haber sido asesinado. No es el momento para procesar... esto.

—¿Cuándo sería el momento?

—No lo sé.

—Porque podría argumentar que ahora es el momento perfecto. Borja ya no está entre nosotras. Ya no tienes que pretender ser la esposa perfecta de un hombre que no te valoraba. Puedes ser tú misma por primera vez en años.

—No sé quién soy yo misma.

—Yo sí lo sé.

La certeza con la que Lucía pronunció estas palabras hizo que Esther la mirara con cuidado.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque te he estado observando durante años, Esther. Esperando. Apoyándote a través del matrimonio horrible que sabía que era temporal. Estando ahí cuando necesitaras a alguien que realmente te amara.

—Lucía...

—Te amo, Esther. He estructurado toda mi vida adulta alrededor de estar disponible para ti cuando me necesitaras.

Esther sintió una mezcla de conmoción, confusión y algo que podría haber sido miedo.

—¿Estructurado tu vida cómo?

—Nunca me he casado. Nunca he tenido una relación seria. Vivo sola, trabajo desde casa, mantengo mi horario completamente flexible para poder estar disponible cuando me llames.

Esther procesó esta información con creciente alarma.

—Lucía, eso no es... eso no es normal.

—¿Qué tiene de normal el amor verdadero?

—Pero yo no sabía. Nunca te pedí que hicieras eso.

—No tenías que pedírmelo. Lo hice porque te amo.

Esther se acercó a la ventana, necesitando mirar hacia afuera, hacia algo que no fuera la intensidad de la mirada de Lucía.

—¿Y qué esperabas que pasara?

—Esperaba que algún día te dieras cuenta de que lo que necesitabas no era un hombre que te controlara y menospreciara, sino alguien que te conociera y te valorara.

—¿Alguien como tú?

—Así es. Como yo.

Esther se volvió para mirar a Lucía, que se había acercado y ahora estaba de pie a solo unos metros de distancia.

—Lucía, estoy muy confundida en este momento.

—Lo sé. Y no espero que tengas respuestas inmediatas. Pero necesitaba que supieras cómo me siento. En especial ahora, cuando por fin eres libre para elegir tu propia vida.

El sonido de pasos desde la cocina anunció el regreso de Diego. Lucía se apartó inmediatamente, poniendo distancia física entre ella y Esther.

—¿Todo bien? —preguntó Diego, llevando una bandeja con café.

—Todo perfecto —dijo Lucía, con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos—. Esther y yo solo estábamos poniéndonos al día.

Diego miró a Lucía y Esther, notando la tensión en la habitación.

—¿Han decidido si quieren revisar los documentos de Borja?

Lucía respondió antes de que Esther pudiera hablar.

—Creo que sí. Esther necesita conocer la verdad, sin importar lo difícil que sea.

—¿Esther? —preguntó Diego—. ¿Cómo se siente al respecto?

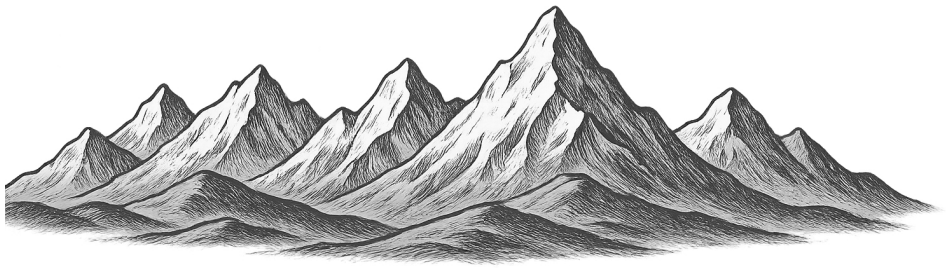
Esther miró a Lucía, que la observaba con una intensidad que ahora se sentía diferente. Más posesiva, más urgente.

—Creo que... creo que necesito saber qué clase de hombre era Borja en realidad.

Lucía sonrió, y por primera vez desde que llegó esa mañana, su sonrisa parecía complacida.

—Bien —dijo—. Entonces vamos al estudio.

Pero mientras se dirigían hacia el estudio de Borja, Esther no pudo librarse de la sensación de que acababa de abrir una puerta que tal vez hubiera sido mejor mantener cerrada.



CAPÍTULO 6

El estudio de Borja olía exactamente igual que cinco meses atrás: cuero, cologne caro, y algo más sutil que Esther nunca había conseguido identificar. Tal vez secretos, pensó ahora, observando cómo Diego y Lucía se movían por el espacio con una confianza que a ella le parecía invasiva.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Diego, dirigiéndose hacia el escritorio de caoba maciza que dominaba la habitación.

—Los archivadores —sugirió Lucía, como si ya hubiera pensado en ello—. Borja era obsesivo con la organización. Si tenía algo que ocultar, estará perfectamente catalogado.

Esther se sintió incómoda por la familiaridad con la que Lucía hablaba sobre los hábitos de Borja. Era verdad que Borja era meticuloso, pero ¿cómo podía Lucía saberlo con tanta certeza?

—¿Cuándo estuviste aquí por última vez? —preguntó Esther.

Lucía pausó en medio del movimiento hacia los archivadores.

—¿Qué quieres decir?

—Hablas sobre el estudio de Borja como si lo conocieras bien. ¿Cuándo estuviste aquí cuando él estaba vivo?

Lucía intercambió una mirada rápida con Diego, un gesto tan breve que Esther casi lo perdió.

—Unas pocas veces. Cuando venía a visitarte y Borja estaba trabajando. Ya sabes cómo era: siempre encerrado aquí con sus "asuntos importantes".

Era una explicación lógica, pero algo en el tono de Lucía sugería que había más historia detrás de esas visitas.

Diego había comenzado a revisar los cajones del escritorio, trabajando con la eficiencia de alguien que sabía con exactitud qué buscaba.

—¿Qué tipo de documentos estás buscando? —preguntó Esther.

—Contratos. Correspondencia. Estados de cuenta bancarios que no coincidan con sus ingresos reportados. —Diego abrió un cajón lleno de carpetas etiquetadas—. Cualquier cosa que sugiera actividades fuera de su trabajo oficial como consultor.

Lucía se había dirigido hacia los archivadores de metal que flanqueaban la pared opuesta. Esther notó que no necesitó buscar las llaves; fue directa hacia el jarrón de cerámica en la repisa donde Borja guardaba las llaves de reserva.

—¿Cómo sabías dónde estaban las llaves?

Lucía se sonrojó.

—Borja me las mostró una vez. Cuando vino a visitarte y necesitaba algo del archivador.

Otra explicación razonable que, no obstante, hizo que Esther se sintiera como si estuviera perdiendo piezas importantes de un rompecabezas.

—¿Cuándo fue eso?

—No recuerdo bien. Hace unos meses.

—¿Antes o después de su muerte?

Lucía se quedó inmóvil.

—Antes, por supuesto. ¿Por qué iba a necesitar algo de los archivos después de su muerte?

—No lo sé. Por eso pregunto.

Diego alzó la vista desde el escritorio.

—¿Encontraste algo interesante, Lucía?

Lucía había abierto el archivador superior y estaba revisando las carpetas con movimientos rápidos y seguros.

—Facturas, principalmente. Pagos por servicios de consultoría a empresas que no reconozco.

Se acercó al escritorio llevando una carpeta gruesa.

—Mira esto, Esther. ¿Reconoces alguno de estos nombres de empresas?

Esther examinó los documentos. Había facturas por cantidades sustanciales —decenas de miles de euros— dirigidas a empresas con nombres genéricos como "Desarrollos Norte S.L." y "Consultores Integrales León".

—Nunca había oído hablar de ninguna de ellas.

—¿Y estas cantidades? —preguntó Diego, señalando las cifras—. ¿Coinciden con los ingresos que Borja reportaba?

Esther trató de recordar las conversaciones sobre dinero que había tenido con Borja. Siempre había sido evasivo sobre las especificidades de sus ingresos, diciéndole solo que "los negocios iban bien" cuando aparecían compras caras o depósitos bancarios inusuales.

—Yo nunca manejé las finanzas familiares —admitió—. Borja se

encargaba de todo.

—Típico —murmuró Lucía, con un dejo de irritación en su voz.

—¿Qué quieres decir con "típico"?

—Que te mantuvo en la ignorancia sobre aspectos básicos de tu propia vida. Como un niño que no necesita saber cómo funcionan las cosas de adultos.

La amargura con la que Lucía pronunció estas palabras sorprendió a Esther. Era la segunda vez en el día que su amiga criticaba aspectos de su matrimonio con una vehemencia que parecía personal.

Diego había continuado revisando los cajones del escritorio y ahora sostenía una carpeta etiquetada como "Personal".

—Esther, ¿estaría bien si reviso esto?

—¿Qué es?

—Parece ser correspondencia personal. Cartas, correos electrónicos impresos, ese tipo de cosas.

Esther dudó. Los documentos comerciales eran una cosa, pero la correspondencia personal se sentía como una violación más profunda de la privacidad de Borja.

—No estoy segura...

—Esther —dijo Lucía—, si Borja fue asesinado, la clave podría estar en sus relaciones personales. En quién confiaba, quién lo amenazaba, quién tenía acceso a su información.

—Pero revisar sus cartas privadas...

—Borja está muerto, cariño. Ya no puede resultar herido por lo que descubramos.

—Pero yo sí.

Lucía se acercó y puso una mano en el brazo de Esther.

—¿Preferirías vivir con preguntas sin respuesta el resto de tu vida?

—Tal vez.

—No, no lo preferirías. Te conozco, Esther. Las preguntas sin respuesta te consumen. Como te consumían las preguntas sobre por qué Borja trabajaba tan tarde, por qué recibía llamadas telefónicas que no podía tomar delante de ti, por qué había noches en que regresaba a casa oliendo a perfume de mujer.

Esther se quedó helada.

—¿Qué dijiste?

—Dijiste que había noches en que Borja olía a perfume de mujer.

Lucía pareció darse cuenta de que había revelado información que no debería tener.

—Yo... tú me lo contaste. ¿No lo recuerdas?

—No. Nunca te dije eso.

—Claro que sí. Una tarde cuando estabas particularmente molesta sobre su comportamiento.

—Lucía, nunca le dije a nadie sobre el perfume. Ni siquiera estaba segura de que fuera perfume de mujer o solo mi imaginación.

El silencio en la habitación se volvió tenso. Diego había dejado de revisar documentos y estaba observando el intercambio entre las dos mujeres con atención intensa.

—¿Cómo lo sabías? —insistió Esther.

Lucía se apartó, dirigiéndose hacia la ventana del estudio.

—Debe haber sido una deducción. Sabía que Borja te estaba engañando, y el perfume de mujer es una señal clásica.

—¿Sabías que me estaba engañando?

—Era obvio, Esther. Su comportamiento, las excusas, las llamadas secretas. Cualquiera podría haberlo visto.

—Pero tú nunca me dijiste nada.

—¿Qué iba a decir? ¿Que tu esposo te era infiel? ¿Sin pruebas concretas? Solo habría causado más dolor.

Esther se sintió traicionada por partida doble: primero por Borja y ahora por Lucía.

—Podrías haberme dado la opción de decidir qué hacer con esa información.

—¿Y qué habrías hecho? ¿Confrontarlo? ¿Divorciarte? Esther, sabemos ambas que no estabas preparada para tomar ese tipo de decisiones.

—¿Cómo puedes saber lo que estaba preparada para hacer?

Lucía se volvió desde la ventana con una expresión de exasperación.

—Porque te conocía mejor que nadie, Esther. Porque había observado tu matrimonio durante años. Porque sabía que Borja te había quebrado sistemáticamente hasta el punto de que dudabas de tu propio juicio sobre todo.

—Pero era mi juicio que dudar. Era mi vida que vivir.

—¿Tu vida? Esther, ¿qué vida tenías con Borja? ¿Cuándo fue la última vez que tomaste una decisión independiente? ¿Cuándo fue la última vez que expresaste una opinión que Borja no hubiera aprobado?

Las preguntas de Lucía eran demasiado precisas, demasiado dolorosas. Esther se sintió expuesta, como si su amiga pudiera ver a través de todas las mentiras que se había contado a sí misma durante su matrimonio.

Diego se aclaró la garganta.

—Tal vez deberíamos concentrarnos en los documentos por ahora.

Lucía lo miró con irritación evidente.

—Esto es importante, Diego. Esther necesita procesar la realidad de su matrimonio antes de que pueda entender por qué alguien habría querido matar a Borja.

—¿Por qué es tan importante para ti que procese la realidad de mi matrimonio? —preguntó Esther.

La pregunta pareció tomar a Lucía por sorpresa.

—Porque... porque eres mi mejor amiga. Porque me importas.

—¿O porque necesitas que vea mi matrimonio de cierta manera para que tu versión de los eventos tenga sentido?

Lucía la miró con una expresión que Esther no había visto nunca antes: algo parecido a la ira apenas contenida.

—¿Mi versión de los eventos?

—Tu versión en la que Borja era un criminal que se buscó su propia muerte. Tu versión en la que yo era una víctima patética que necesitaba ser rescatada.

—¿No lo eras?

La pregunta llegó tan directa que Esther se sintió golpeada físicamente.

—Tal vez. Pero esa no es la única forma de verlo.

—¿Cuál es la otra forma?

Esther no estaba segura de cómo responder. Las preguntas de Lucía la estaban forzando a articular pensamientos que había mantenido enterrados durante meses.

—Tal vez era una mujer que tomó decisiones difíciles en una situación imposible. Tal vez me quedé con Borja no porque fuera

demasiado débil para irme, sino porque tenía razones que nadie más entendía.

—¿Qué razones?

—Razones que son mías.

Lucía se acercó a Esther, y por primera vez desde que llegó esa mañana, su expresión se suavizó.

—Esther, perdón. No quise hacerte sentir atacada. Es solo que... he estado preocupada por ti durante tanto tiempo. Verte sometida a la manipulación de Borja era... era difícil para mí.

—¿Por qué era tan difícil para ti?

Lucía vaciló antes de responder.

—Porque te amo. Ya te lo dije.

—¿Desde cuándo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Desde cuándo estás enamorada de mí? Dijiste que desde los diecisiete, pero ¿cuándo te diste cuenta?

Lucía miró hacia Diego, como si esperara que la rescatara de la pregunta. Pero Diego estaba con claridad interesado en oír la respuesta.

—No recuerdo un momento específico. Fue... gradual.

—¿Pero hubo un momento en que te diste cuenta de que era amor romántico y no solo amistad?

—¿Por qué es importante?

—Porque si has estado enamorada de mí durante años, eso cambiaría la forma en que veías mi matrimonio con Borja. Cambiaría los motivos detrás de todos los consejos que me diste.

Lucía se quedó en silencio durante varios segundos.

—¿Estás sugiriendo que mis sentimientos hacia ti invalidaron de alguna manera mi apoyo como amiga?

—Estoy sugiriendo que tal vez tus sentimientos hacia mí hicieron que fueras menos objetiva sobre Borja de lo que pensaba.

—¿Menos objetiva? Esther, Borja te estaba maltratando psicológicamente. No se necesita estar enamorado de ti para ver eso.

—¿Pero tal vez se necesita estar enamorado de mí para tener una reacción tan intensa a eso?

Lucía la miró.

—¿Qué clase de reacción crees que tuve?

—No lo sé. Eso es lo que estoy tratando de entender.

Diego interrumpió el intercambio.

—Esther, ¿podríamos revisar estos documentos? Creo que he encontrado algo importante.

Esther se alejó de Lucía y se acercó al escritorio. Diego tenía extendidos varios papeles que parecían ser estados de cuenta bancarios.

—¿Qué encontraste?

—Depósitos regulares de cantidades grandes que no coinciden con los ingresos reportados de Borja como consultor. Y retiros en efectivo por cantidades aún mayores.

Esther examinó los números. Había depósitos mensuales de entre diez y veinte mil euros, y retiros semanales de cinco a diez mil euros en efectivo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que Borja estaba manejando mucho más dinero del que sus servicios de consultoría legítimos podrían haber generado. Y

que estaba convirtiendo gran parte de ese dinero en efectivo, para ocultar su rastro.

—¿Para pagar sobornos?

—O chantajes. O para mantener un estilo de vida que no podía explicar oficialmente.

Lucía se acercó para mirar los documentos.

—¿Hay alguna indicación de dónde venían los depósitos?

Diego señaló una línea en los estados de cuenta.

—Transferencias electrónicas desde cuentas numeradas. Imposible rastrear sin acceso a registros bancarios suizos.

—¿Suizos?

—Borja tenía conexiones internacionales. Esto no era una operación local pequeña.

Esther sintió que el mundo se inclinaba a su alrededor. Durante cinco años había vivido con un hombre del que, aparentemente, no sabía nada fundamental.

—¿Hay algo más?

Diego había continuado revisando la carpeta de correspondencia personal.

—Cartas. Algunas parecen ser de mujeres.

—¿Aventuras amorosas?

—Es posible. Pero hay una que es... diferente.

Diego sostuvo una carta escrita a mano en papel rosa pálido.

—¿Diferentes cómo?

—Está firmada con solo una inicial. "L". Y el tono es... muy íntimo.

Esther miró hacia Lucía, que se había quedado inmóvil.

—¿Puedo leerla?

Diego vaciló.

—Esther, tal vez no sea una buena idea...

—Por favor.

Diego le tendió la carta. Esther la desplegó y comenzó a leer en voz alta:

"Borja, no puedo seguir fingiendo que lo que tenemos es solo físico. Sé que dijiste que nunca dejarías a Esther, pero también sé que no eres feliz con ella. Mereces estar con alguien que realmente te entienda, que vea lo extraordinario que eres. Alguien que no te tenga miedo como ella te tiene. Yo nunca te tendría miedo, Borja. Nunca te haría sentir como si tuvieras que ocultar partes de ti mismo. Piénsalo, por favor. Piensa en nosotros."

Esther sintió que se le iban las fuerzas de las piernas. Se sentó en la silla del escritorio.

"L."

Miró hacia Lucía, que se había puesto pálida.

—Lucía.

—Esther, yo puedo explicar...

—¿Tú tuviste una aventura con Borja?

—No fue una aventura. Fue... complicado.

Esther sintió que el mundo se desintegraba a su alrededor. Su mejor amiga y su esposo. Las dos personas en las que más había confiado, traicionándola juntos.

—¿Cuánto tiempo?

Lucía no respondió.

—¿CUÁNTO TIEMPO?

—Unos meses. Terminó poco antes de su muerte.

—¿Y durante todo ese tiempo me estuviste consolando sobre los problemas de mi matrimonio?

—Esther, no fue así...

—¿Cómo fue entonces?

Lucía se acercó, pero Esther alzó una mano para detenerla.

—No te acerques a mí.

—Esther, por favor, déjame explicarte...

—¿Explicarme qué? ¿Cómo te acostaste con mi esposo mientras pretendías ser mi mejor amiga?

—¡No fue así!

La vehemencia de la respuesta de Lucía hizo que tanto Esther como Diego la miraran con atención.

—¿Cómo fue entonces?

Lucía parecía estar luchando consigo misma, como si estuviera tratando de decidir cuánta verdad revelar.

—Borja me sedujo. Sabía que yo... que tenía sentimientos hacia ti. Y usó eso.

—¿Usó eso cómo?

—Me dijo que tú nunca podrías ser feliz conmigo. Que necesitabas un hombre "real". Me dijo que si te amaba, debería ayudarlo a ser mejor esposo para ti.

Esther la miró con incredulidad.

—¿Y te acostaste con él para ayudarle a ser mejor esposo?

—¡Me manipuló! Me dijo que si entendía lo que querían las

mujeres como tú, podría tratarte mejor. Me hizo creer que estaba ayudándote indirectamente.

—Lucía, eso es...

—¿Ridículo? ¿Patético? Lo sé. Pero estaba desesperada, Esther. Llevaba años viendo cómo te trataba, deseando poder hacer algo para ayudarte. Y cuando Borja sugirió que había una forma...

—¿Una forma de qué?

Lucía no respondió.

—Lucía, ¿una forma de qué?

—Una forma de librarte de él.

Las palabras cayeron en el silencio como piedras en agua profunda.

—¿Qué quieres decir con "librarte de él"?

Lucía miró hacia Diego, luego hacia Esther.

—Borja no era solo un criminal, Esther. Era peligroso. Para ti, para mí, para cualquiera que supiera demasiado sobre sus actividades.

—¿Y tú sabías demasiado?

—Sabía lo suficiente.

—¿Cómo?

—Porque durante nuestra... relación... Borja me contó cosas. Cosas sobre sus negocios, sobre la gente que lo presionaba, sobre las amenazas que estaba recibiendo.

Diego se adelantó.

—¿Qué clase de amenazas?

—Amenazas de muerte. De gente que pensaba que Borja los había traicionado. O que sabía que los había traicionado.

—¿Traicionado cómo?

—Borja era un chantajista, entre otras cosas. Recopilaba información comprometedora sobre funcionarios del gobierno y empresarios, y luego los chantajeaba por dinero.

—¿Y esa información la usaba contra ellos?

—Hasta que alguien decidió que era demasiado peligroso dejarlo vivo.

Esther procesó esta información lentamente.

—¿Estás diciendo que Borja fue asesinado por alguien a quien estaba chantajeando?

—Es la teoría más lógica.

—¿Pero por qué estás tan segura de que fue asesinado? La investigación policial...

—La investigación policial fue superficial porque las personas involucradas tenían influencia suficiente para asegurar que fuera superficial.

Diego asintió.

—Eso coincide con lo que yo he descubierto.

Esther se volvió hacia él.

—¿Qué has descubierto?

—Que Borja había recopilado suficiente evidencia de corrupción como para destruir las carreras de al menos una docena de funcionarios gubernamentales de alto nivel. Y que había estado usando esa evidencia para extorsionarlos durante años.

—¿Tienes pruebas de eso?

Diego señaló hacia los documentos en el escritorio.

—Los estados de cuenta son una parte. Los pagos regulares de

cantidades grandes sugieren chantaje sistemático. Y tengo otras fuentes que confirman que Borja era conocido en círculos específicos como alguien que "resolvía problemas" para gente poderosa.

—¿Qué clase de problemas?

—Hacía que desaparecieran evidencias comprometedoras. Organizaba coartadas para gente que las necesitaba. Facilitaba transferencias de dinero que no podían ser rastreadas.

Esther se sintió mareada.

—¿Y Lucía, tú sabías todo esto?

Lucía asintió miserablemente.

—Borja me lo contó porque pensó que me haría sentir importante. Que me haría sentir como si fuera parte de algo emocionante.

—¿Y te hizo sentir así?

—Al principio. Pero después me di cuenta de lo que en realidad significaba. Que Borja no era solo un criminal, sino alguien que tenía información que podía destruir a gente muy peligrosa.

—¿Y por eso terminaste la relación con él?

Lucía vaciló antes de responder.

—Terminé la relación porque me di cuenta de que Borja nunca me había amado. Que solo me estaba usando para obtener información sobre ti.

—¿Información sobre mí? ¿Qué clase de información?

—Tus rutinas. Tus miedos. Tus puntos débiles. Cosas que podía usar para manipularte mejor. Te necesitaba para sostener su fachada de “normalidad”.

Esther sintió que iba a vomitar.

—¿Le dijiste esas cosas?

—No conscientemente. Pero Borja era muy inteligente, Esther. Sabía hacer preguntas que parecían inocentes, pero que le daban la información que necesitaba.

—¿Y tú no te diste cuenta de lo que estaba haciendo?

—No hasta que fue demasiado tarde.

Esther se levantó de la silla y se dirigió hacia la ventana, necesitando aire fresco pero sabiendo que no podía salir de la habitación sin colapsar.

—¿Hay algo más que deba saber? ¿Algún otro secreto que me hayáis estado ocultando?

Lucía y Diego intercambiaron otra mirada.

—¿QUÉ?

Diego fue el que habló.

—Esther, hay algo más en estos documentos. Algo que sugiere que Borja podría haber estado planeando desaparecer.

—¿Desaparecer?

—Transferencias de dinero a cuentas en el Caribe. Documentos de identidad falsos. Reservas de viaje para una persona con un nombre diferente.

—¿Cuándo?

—Las fechas sugieren que estaba planeando irse durante las semanas posteriores a su muerte.

Esther procesó esta información como pudo.

—¿Estás diciendo que Borja estaba planeando abandonarme?

—Parece que sí.

Esther se volvió hacia Lucía.

—¿Tú sabías esto?

Lucía no respondió con rapidez.

—Lucía, ¿sabías que Borja estaba planeando huir?

—Sabía que estaba asustado. Que pensaba que su vida estaba en peligro.

—¿Pero no sabías que estaba planeando abandonarme?

—Lo sospechaba.

—¿Y no me dijiste nada?

—¿Qué habría logrado? Solo te habría hecho sufrir más.

Esther sintió una oleada de furia más pura de la que había experimentado jamás.

—¿Sufrir más? Lucía, ¿tienes idea del infierno por el que he pasado estos cinco meses? ¿De la culpa que he sentido por estar aliviada de que Borja estuviera muerto? ¿De lo mal que me he sentido por no llorarlo como creí que debía hacerlo?

—Esther...

—¿Y durante todo ese tiempo, tú sabías que él había planeado abandonarme de todas maneras?

—Pensé que era mejor que no lo supieras.

—¡TÚ PENSASTE! ¿Quién te dio derecho a decidir qué era mejor para mí?

—Nadie. Pero alguien tenía que...

—¿Alguien tenía que qué?

Lucía se quedó callada.

—Lucía, ¿alguien tenía que qué?

—Alguien tenía que protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—De la verdad. De Borja. De las decisiones estúpidas que habrías tomado si hubieras sabido todo lo que yo sabía.

Esther sintió que todo se aclaraba de una manera horrible.

—¿Tú mataste a Borja?

La pregunta salió tan directa que incluso Esther se sorprendió de haberla hecho.

Lucía la miró en shock.

—¿Qué? No. Por supuesto que no.

—Pero sabías que iba a ser asesinado.

—Sabía que corría peligro. No sabía cuándo ni cómo.

—¿Y no hiciste nada para advertirle?

Lucía no respondió.

—Lucía, ¿advertiste a Borja que su vida estaba en peligro?

—Él ya lo sabía.

—¿Pero tú no hiciste nada para ayudarlo?

—¿Por qué habría de hacerlo?

La frialdad con la que Lucía pronunció esta pregunta hizo que Esther retrocediera físicamente.

—Porque era un ser humano. Porque habías estado acostándote con él. Porque yo lo amaba.

—¿Lo amabas? —Lucía se acercó a Esther—. ¿De Verdad que lo amabas, Esther? ¿O solo creías que lo amabas porque él te había convencido de que era lo que se suponía que sintieras?

—Eso no es el punto.

—Es exactamente el punto. Borja te había manipulado hasta el punto de que no sabías la diferencia entre amor y dependencia.

Entre lealtad y miedo.

—Tal vez. Pero esa era mi confusión que resolver.

—¿Y cuánto tiempo habrías necesitado para resolverla? ¿Otro año? ¿Cinco años? ¿El resto de tu vida?

Esther miró a Lucía con nueva claridad.

—¿Estás contenta de que Borja esté muerto?

Lucía no respondió de inmediato, pero su silencio fue respuesta suficiente.

—Lucía, ¿estás contenta de que mi esposo esté muerto?

—Estoy contenta de que seas libre.

—No es lo mismo.

—¿No lo es?

Esther se alejó de Lucía, dirigiéndose hacia la puerta del estudio.

—Necesito aire fresco.

—Esther, espera...

—No. Necesito procesar todo esto sola.

—No deberías estar sola ahora mismo.

—¿Por qué no?

Lucía miró hacia Diego antes de responder.

—Porque si Borja fue asesinado por la información que tenía, es posible que el asesino piense que tú también tienes esa información.

—¿Pero yo no la tengo?

—El asesino no sabe eso.

Esther sintió un escalofrío de miedo real.

—¿Estás diciendo que mi vida podría estar en peligro?

—Estoy diciendo que deberías ser muy cuidadosa sobre en quién confías y qué información compartes.

Esther miró a Lucía y a Diego.

—¿Incluyendo ustedes dos?

Ninguno de los dos respondió, y su silencio fue más elocuente que cualquier respuesta podría haber sido.

Esther salió del estudio, cerrando la puerta tras ella. En el pasillo, se apoyó contra la pared y trató de procesar todo lo que acababa de descubrir.

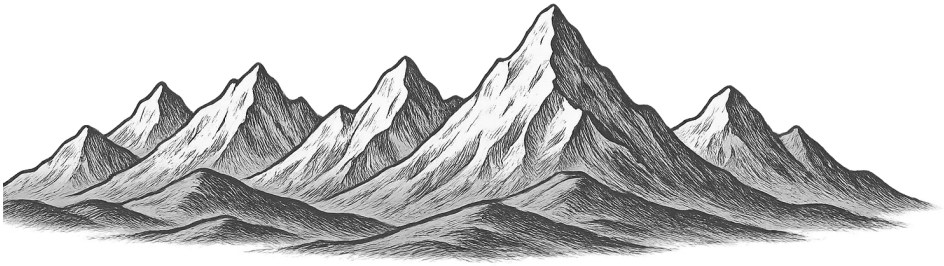
Borja había sido un criminal. Lucía había tenido una aventura con él. Borja había planeado abandonarla. Alguien lo había matado. Y ahora, su propia vida estaba en peligro.

Pero mientras todas estas revelaciones daban vueltas en su mente, una pregunta se destacaba sobre todas las demás:

Si Lucía había estado enamorada de ella durante años, y si había tenido una aventura con Borja, y si sabía que Borja estaba en peligro pero no hizo nada para advertirle...

¿Qué más no le estaba diciendo?

Y lo que era más aterrador: ¿qué había hecho Lucía para asegurar que Esther fuera "libre"?



CAPÍTULO 7

Esther se había refugiado en la cocina, tratando de ordenar sus pensamientos mientras preparaba té que no tenía intención de beber. Sus manos temblaban mientras manejaba la tetera, y cada ruido de la casa la hacía saltar.

Lucía tuvo una aventura con Borja.

Lucía sabía que Borja estaba en peligro y no hizo nada.

Lucía ha estado enamorada de mí durante años.

Cada revelación se sentía como una traición separada, pero juntas formaban un patrón que Esther no quería reconocer.

El teléfono sonó, sobresaltándola tanto que casi dejó caer la tetera.

—¿Diga?

—Esther, soy Miguel. Necesito hablar contigo urgentemente.

La voz de Miguel sonaba diferente: menos controlada, más desesperada de lo que recordaba.

—Miguel, ahora no es un buen momento...

—Esther, escúchame. Ese hombre, Diego, no es quien dice ser.

Esther sintió que su pulso se aceleraba.

—¿Qué quieres decir?

—Hice algunas llamadas después de hablar contigo esta mañana. Pregunté por él en Madrid, en los periódicos donde se supone que trabajó. Nadie lo conoce.

—Eso no significa...

—Esther, no existe ningún Diego Herrera trabajando como periodista en Madrid. He verificado todos los periódicos principales, las revistas de investigación, incluso las publicaciones independientes.

Esther miró hacia el estudio, desde donde podía oír voces apagadas: Lucía y Diego discutiendo algo en tonos bajos.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro. Y hay más. Ayer por la noche pregunté por él en el bar de Carmen. La gente lo recordaba, pero no por hacer preguntas sobre Borja.

—¿Por qué lo recordaban entonces?

—Por hacer preguntas sobre ti.

Esther sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—¿Sobre mí?

—Sobre tu rutina diaria. Sobre cuándo estás sola en casa. Sobre tus hábitos, tus miedos. Esther, ese hombre te estaba estudiando.

—¿Para qué?

—No lo sé. Pero Esther, tienes que salir de ahí. Ahora.

—No puedo. Estoy bloqueada por la nieve, y además...

—¿Además qué?

Esther no sabía cómo explicar que Lucía también estaba allí, que también había mentido, que ya no sabía en quién confiar.

—Lucía está aquí conmigo.

—¿Lucía? ¿Por qué está Lucía ahí?

—Vino cuando le dije que Diego estaba aquí.

—Esther, escúchame con mucha atención. Lucía no debería estar ahí.

—¿Por qué no?

—Porque ayer por la noche, después de hablar contigo la primera vez, llamé a Lucía para coordinar ayuda para ti. Y me dijo que no podía salir de su casa porque su coche estaba roto.

Esther sintió un escalofrío de terror.

—¿Estás seguro?

—Sí. Me dijo que había llevado el coche al taller el martes y que no se lo devolverían hasta la próxima semana. Me ofrecí a ir yo, pero me dijo que tú no querías que fuera.

—¿Pero Lucía está aquí?

—Entonces o me mintió ayer por la noche, o te está mintiendo ahora. En cualquier caso, Esther, algo no está bien.

Esther miró hacia el estudio. Las voces se habían callado, lo que de alguna manera era más inquietante que cuando las podía oír.

—Miguel, ¿qué debería hacer?

—Sal de la casa. Ahora. Camina hasta el pueblo si es necesario. Con esta nieve será difícil, pero es mejor que quedarte ahí con dos personas que te han estado mintiendo.

—No puedo caminar ocho kilómetros en esta nieve.

—Entonces escóndete hasta que pueda llegar yo. Voy hacia allá ahora mismo con el todoterreno.

—Miguel...

—Esther, confía en mí en esto. Algo muy malo está pasando, y tú estás en el centro.

La línea se cortó.

Esther se quedó con el auricular en la mano y su mente corriendo. ¿Era posible que tanto Lucía como Diego la hubieran estado manipulando? ¿Y si Miguel tenía razón sobre que estaba en peligro?

Pero también, ¿por qué Miguel estaba tan interesado en "rescatarla"? Después del incidente del mes anterior, cuando había bebido demasiado y había tratado de forzarla, Esther no había tenido contacto con él. Su súbita preocupación por su bienestar se sentía sospechosa.

¿En quién podía confiar?

El sonido de pasos en el pasillo interrumpió sus pensamientos. Lucía apareció en la cocina, con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—¿Cómo estás, cariño? Sé que ha sido mucha información para procesar.

—¿Dónde está Diego?

—Revisando más documentos. Encontró algo que podría ser importante.

Lucía se acercó a Esther, pero esta retrocedió por instinto.

—Esther, ¿qué pasa?

—Lucía, ¿tu coche está roto?

La pregunta pareció sorprender a Lucía.

—¿Mi coche? No, ¿por qué?

—Porque anoche le dijiste a Miguel que tu coche estaba en el taller.

Lucía se quedó inmóvil durante varios segundos.

—¿Cuándo hablaste con Miguel?

—Hace unos minutos. Me llamó para advertirme sobre Diego.

—¿Qué clase de advertencia?

—Que Diego no es quien dice ser. Que no existe ningún periodista con ese nombre en Madrid.

Lucía asintió con lentitud.

—Miguel tiene razón. Diego no es periodista.

Esther la miró con shock.

—¿Lo sabías?

—Lo sospeché desde el principio. Su historia tenía demasiados huecos.

—¿Entonces por qué no me dijiste nada?

Lucía se acercó a la ventana y miró hacia afuera.

—Porque quería ver qué estaba buscando realmente. Y porque pensé que podría ser útil tener a alguien más investigando la muerte de Borja.

—¿Útil para qué?

Lucía se volvió desde la ventana con una expresión que Esther nunca había visto antes: una mezcla de determinación y algo que podría haber sido anticipación.

—Para cerrar este capítulo de tu vida definitivamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Esther, mientras queden preguntas sin respuesta sobre la muerte de Borja, nunca podrás seguir adelante. Siempre te preguntarás qué habría pasado si hubiera vivido, si las cosas habrían podido ser diferentes.

—Tal vez no quiero seguir adelante.

Lucía la miró con algo parecido a la incredulidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tal vez una parte de mí prefiere vivir con preguntas sin respuesta que descubrir verdades que no puedo manejar.

—¿Como cuáles?

Esther miró con intensidad a Lucía.

—Como descubrir que las personas en las que más confiaba me han estado mintiendo durante años.

Lucía se acercó más.

—Esther, yo nunca te he mentido sobre algo importante.

—¿Tener una aventura con mi esposo no era importante?

—Eso no fue una mentira. Fue una omisión.

—¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia es que no te lo dije para protegerte, no para lastimarte.

—¿Y qué hay de decirle a Miguel que tu coche estaba roto cuando no lo estaba?

Lucía vaciló.

—Eso fue... para evitar que Miguel viniera aquí anoche.

—¿Por qué no querías que Miguel viniera?

—Porque Miguel tiene sus propios motivos para querer estar

cerca de ti, Esther. Y esos motivos no son puramente altruistas.

—Al menos Miguel nunca se acostó con mi esposo mientras fingía ser mi mejor amiga.

La acusación hizo que Lucía retrocediera como si hubiera sido golpeada físicamente.

—Esther, ya te expliqué las circunstancias de mi relación con Borja.

—¿Tu relación? Lucía, tuviste sexo con el hombre con el que yo estaba casada. No lo llames una "relación" como si fuera algo romántico.

—Fue más complicado que eso.

—¿Cómo puede ser más complicado que eso?

Lucía se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—Porque no te he contado toda la verdad sobre por qué me acosté con Borja.

—¿Cuál es toda la verdad?

Lucía se detuvo con la mano en el marco de la puerta.

—La verdad es que lo hice porque era la única forma de obtener la información que necesitaba para protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—De Borja. De los planes que estaba haciendo. De las cosas que estaba planeando hacerte.

Esther sintió un escalofrío de terror.

—¿Qué clase de cosas?

—Borja no solo estaba planeando abandonarte, Esther. Estaba planeando arruinarte financieramente. Dejar que cargaras con las deudas de sus actividades criminales mientras él desaparecía con

todo el dinero.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque me lo contó. Porque se jactó de lo fácil que sería culparte por crímenes que tú no habías cometido.

Esther se sintió enferma.

—¿Y qué ibas a hacer con esa información?

Lucía no respondió de inmediato.

—Lucía, ¿qué ibas a hacer?

—Iba a advertirte. Cuando fuera el momento correcto.

—¿Cuándo habría sido el momento correcto?

—Cuando hubiera reunido suficiente evidencia para protegerte legalmente.

—¿Pero Borja murió antes de que pudieras advertirme?

Lucía asintió.

—¿Y tú no tuviste nada que ver con su muerte?

Lucía se volvió para mirar a Esther.

—¿Me estás preguntando si yo maté a Borja?

—Sí.

—No.

—¿Pero sabes quién lo hizo?

Lucía vaciló, y en esa vacilación, Esther vio la respuesta.

—¿Lo sabes?

—Tengo sospechas.

—¿Qué sospechas?

—Creo que fue alguien a quien Borja estaba chantajeando. Alguien con recursos suficientes para hacer que pareciera un accidente.

—¿Alguien específico?

—Varias personas específicas.

—¿Como quién?

Lucía miró hacia el estudio.

—Como Diego, posiblemente.

Esther siguió su mirada.

—¿Crees que Diego mató a Borja?

—Creo que Diego ha estado mintiendo sobre sus motivos para estar aquí. Y creo que la forma en que aparecido justo ahora, cuando estás empezando a hacer preguntas sobre la muerte de Borja, es demasiado conveniente para ser coincidencia.

—¿Pero por qué Diego habría querido matar a Borja?

—No lo sé aún. Pero Esther, hay algo que necesitas saber sobre Diego.

—¿Qué?

Lucía se acercó más, bajando la voz.

—Ayer por la noche, después de que se fuera a dormir, lo escuché haciendo una llamada telefónica.

Esther recordó haber oído la misma cosa.

—¿Qué tipo de llamada?

—Estaba reportándose a alguien. Diciéndole a alguien que había "establecido contacto" contigo y que las cosas estaban "procediendo según el plan".

—¿Estás segura de eso?

—Completamente segura.

Esther sintió que todo se volvía más confuso y aterrador.

—¿Cuál crees que es su plan?

—No lo sé. Pero Esther, creo que vino aquí no para ayudarte a encontrar la verdad sobre Borja, sino para asegurarse de que nunca la encuentres.

El sonido de la puerta principal abriéndose interrumpió su conversación. Esther y Lucía se miraron una a la otra.

—¿Esperabas a alguien? —susurró Lucía.

—Miguel dijo que venía hacia aquí.

Las dos mujeres se dirigieron con cautela hacia el recibidor. Diego había salido del estudio y también se dirigía hacia la puerta principal.

—¿Quién es? —preguntó Diego.

Una voz masculina respondió desde el porche:

—¡Miguel Estrada! ¡Esther, necesito hablar contigo!

Esther se acercó a la puerta.

—¡Miguel! ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Con cadenas en las ruedas y mucha determinación. Esther, ¿puedes abrir la puerta? Tengo información importante.

Esther miró hacia Lucía y Diego. Lucía negaba con la cabeza con sutileza.

—¿Qué clase de información? —preguntó Esther a través de la puerta.

—Información sobre quién mató en realidad a Borja.

El silencio en el recibidor fue absoluto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Diego.

—Quiero decir que sé quién lo hizo y por qué. Y Esther, estás en peligro ahora mismo.

Lucía se acercó a la puerta.

—¡Miguel, soy Lucía! ¿Cómo sabes eso?

—¿Lucía? ¿Qué haces tú ahí?

—Vine a ayudar a Esther cuando supe que tenía un desconocido en su casa.

—¿Un desconocido? ¿Te refieres a Diego Herrera?

—Sí.

—Lucía, Diego Herrera no existe. Es una identidad falsa.

Esther miró hacia Diego, que había palidecido.

—¿Es eso cierto? —le preguntó.

Diego no respondió.

—Diego, ¿es cierto que estás usando una identidad falsa?

—Es... complicado.

—¿Cómo es complicado usar un nombre falso?

—Porque mi nombre real podría ponerlos a todos en peligro.

—¿Cuál es tu nombre real?

Diego miró alternativamente hacia Esther y Lucía.

—Mi nombre real es David Herrera. Soy detective privado, y fui contratado para investigar la muerte de Borja.

—¿Contratado por quién?

—Por la familia de Borja.

Esther se quedó boquiabierta.

—¿Borja tenía familia?

—Un hermano. Tomás Herrera.

El apellido resonó en la mente de Esther. Era el mismo apellido que Diego había usado, pero ahora todo encajaba de manera diferente.

—¿Eres hermano de Borja?

—No. Soy primo de Tomás. Tomás es hermano de Borja.

Lucía se había quedado muy callada, y cuando Esther la miró, vio una expresión de lo que parecía ser pánico en su rostro.

—Lucía, ¿conocías a Tomás?

—No... no realmente.

—¿Qué quiere decir "no realmente"?

Miguel golpeó la puerta desde afuera.

—¡Esther! ¡Tienes que salir de ahí ahora mismo!

—¡¿Por qué?!

—¡Porque Lucía no es quien dice ser tampoco!

Esther se volvió hacia Lucía.

—¿Qué quiere decir Miguel con eso?

Lucía había retrocedido hacia las escaleras que llevaban al segundo piso.

—Esther, no escuches a Miguel. Está tratando de confundirte.

—Lucía, ¿qué quiere decir Miguel?

David/Diego se acercó más al grupo.

—Esther, creo que deberías abrir la puerta y escuchar lo que Miguel tiene que decir.

—¡No! —La voz de Lucía fue más fuerte de lo que Esther había esperado—. Esther, si abres esa puerta, Miguel te va a lastimar.

—¿Por qué iba Miguel a lastimarme?

—Porque Miguel también está involucrado en los crímenes de Borja.

David/Diego miró hacia Lucía con nueva atención.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque... porque Borja me lo contó.

—¿Cuándo te lo contó Borja?

Lucía no respondió.

—Lucía, ¿cuándo te contó Borja que Miguel estaba involucrado en sus crímenes?

—Durante una de nuestras... conversaciones.

—¿Antes o después de su muerte?

La pregunta de David fue tan directa que Lucía se sobresaltó.

—Antes, por supuesto.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura.

Miguel gritó desde afuera:

—¡Esther! ¡Lucía mató a Borja! ¡Tengo pruebas!

El silencio que siguió fue tan completo que Esther pudo oír su propio corazón latiendo.

Miró hacia Lucía, que se había quedado inmóvil en las escaleras.

—Lucía.

—Esther, no escuches a Miguel. Está mintiendo.

—¿Por qué iba a mentir?

—Porque quiere confundirte. Porque quiere que desconfíes de mí

para que confíes en él.

—¿Pero por qué querría hacer eso?

Lucía no respondió.

—Lucía, ¿por qué Miguel querría que desconfíe de ti?

David se acercó más a Lucía.

—Lucía, ¿dónde estabas la noche que murió Borja?

Lucía miró hacia Esther con una expresión de súplica.

—Lucía, solo responde la pregunta.

—¡No tengo por qué responder nada! ¡Soy tu mejor amiga!

—¡Entonces compórtate como mi mejor amiga y responde la pregunta!

Lucía se quedó callada.

Miguel gritó desde afuera:

—¡Esther! ¡El coche de Lucía fue visto cerca de la curva donde murió Borja esa noche! ¡Tengo un testigo!

Esther sintió que el mundo se desintegraba a su alrededor.

—Lucía.

—Esther, puedo explicar...

—¿Estuviste en la curva donde murió Borja la noche que murió?

Lucía comenzó a llorar.

—Esther, tienes que entender...

—¿ESTUVISTE AHÍ?

—¡Sí! ¡Pero no para lastimarlo!

—¿Entonces para qué?

Lucía se derrumbó en las escaleras.

—Para hablar con él. Para tratar de convencerlo de que no te hiciera daño.

—¿Qué clase de daño?

—Borja había descubierto que yo sabía sobre sus actividades criminales. Y había decidido que tanto tú como yo éramos un riesgo de seguridad.

Esther sintió que se le iban las fuerzas de las piernas.

—¿Qué quiere decir eso?

Lucía alzó la vista, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Significa que Borja estaba planeando matarnos a las dos antes de huir del país.

—¿Y tú lo sabías?

—Lo descubrí esa tarde. Encontré mensajes en su teléfono coordinando nuestra... eliminación.

David se acercó más.

—Lucía, si sabías que Borja estaba planeando matar a Esther, ¿por qué no llamaste a la policía?

—¡Porque no había tiempo! ¡Borja se iba a reunir esa noche con la persona que iba a encargarse de nosotras! ¡Era mi única oportunidad de detenerlo!

—¿Así que fuiste a confrontarlo?

—¡Fui a suplicarle! ¡A ofrecerle cualquier cosa que quisiera a cambio de que dejara a Esther en paz!

Esther se sintió enferma.

—¿Y qué pasó cuando lo confrontaste?

Lucía sollozó más fuerte.

—Borja se rió de mí. Me dijo que era demasiado tarde. Que ya había pagado por el trabajo, y que tanto tú como yo estaríamos muertas antes del amanecer.

—¿Y entonces qué hiciste?

Lucía alzó la vista hacia Esther, y por primera vez desde que la conocía, Esther vio algo que podría haber sido odio puro en los ojos de su mejor amiga.

—Entonces hice lo que tenía que hacer para salvarte.

—¿Qué hiciste, Lucía?

—Empujé su coche por el acantilado.

Las palabras cayeron en el silencio como bombas.

—¿Mataste a Borja?

—Salvé tu vida.

—¡MATASTE A MI ESPOSO!

—¡Maté a un hombre que iba a asesinarte!

Esther se tambaleó hacia atrás, buscando apoyo contra la pared.

—Lucía, ¿cómo pudiste...?

—¿Cómo pude qué? ¿Cómo pude protegerte del hombre que había destruido tu vida durante cinco años? ¿Cómo pude evitar que te matara?

—¡Podrías haber llamado a la policía!

—¡No había tiempo! ¡Y además, la policía estaba en el bolsillo de Borja! ¡Nunca habrían hecho nada!

David se acercó con lentitud a Lucía.

—Lucía, ¿estás diciendo que mataste a Borja para proteger a Esther?

—Estoy diciendo que maté a Borja porque era un monstruo que necesitaba morir.

La frialdad con la que Lucía pronunció estas palabras hizo que Esther retrocediera aún más.

—Lucía, ¿cómo puedes hablar así?

Lucía se levantó de las escaleras, y Esther notó que había dejado de llorar. Su expresión se había vuelto serena.

—Puedo hablar así porque durante años he estado viendo cómo Borja te destruía sistemáticamente. He estado esperando, planeando, buscando la forma de liberarte.

—¿Esperando y planeando?

—Esperando la oportunidad correcta. Y cuando Borja decidió que iba a matarte, me la dio.

Esther se dio cuenta de que Lucía no estaba hablando como alguien que había cometido un crimen en un momento de pánico, sino como alguien que había estado considerando el asesinato durante mucho tiempo.

—Lucía, ¿cuánto tiempo habías estado planeando matar a Borja?

Lucía sonrió, y esa sonrisa fue lo más aterrador que Esther había visto en su vida.

—Desde la primera vez que te puso una mano encima.

—¿La primera vez que me puso una mano encima?

—Desde la primera vez que te abofeteó. Hace tres años.

Esther se quedó helada.

—Lucía, yo nunca te dije que Borja me abofeteó.

La sonrisa de Lucía se desvaneció.

—Claro que me lo dijiste.

—No. Nunca se lo dije a nadie. Ni siquiera estaba segura de que hubiera pasado en realidad

Lucía la miró con atención.

—Entonces debe haber sido una deducción.

—¿O estabas espiándome?

Las palabras salieron antes de que Esther pudiera detenerlas, pero una vez pronunciadas, se dio cuenta de que había articulado una sospecha que había estado creciendo en su mente durante horas.

—¿Qué quieres decir?

—Lucía, ¿has estado espiándome?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces cómo sabías sobre el perfume de mujer en la ropa de Borja? ¿Cómo sabías que me había abofeteado? ¿Cómo sabías dónde Borja guardaba las llaves del archivador?

Lucía no respondió.

—Lucía, ¿has estado entrando en mi casa sin mi permiso?

Miguel siguió golpeando la puerta desde afuera.

—¡Esther! ¡Abre! ¡Tengo más información!

David se dirigió hacia la puerta.

—Creo que deberíamos escuchar lo que Miguel tiene que decir.

—¡NO! —Lucía gritó con tanta fuerza que tanto Esther como David se sobresaltaron—. ¡Miguel va a arruinar todo!

—¿Arruinar qué?

Lucía miró hacia Esther con una expresión que había pasado de serena a desesperada.

—Va a arruinar nuestro futuro juntas.

—Lucía, nosotras no tenemos un futuro juntas.

—Por supuesto que lo tenemos. Ahora que Borja está muerto, podemos estar juntas como se suponía que fuéramos.

Esther sintió una oleada de terror puro.

—Lucía, yo no quiero estar contigo de esa manera.

—Solo porque Borja te condicionó para pensar que no lo querías. Pero ahora que él no está...

—¡Lucía, yo no estoy enamorada de ti!

—¡Todavía no! ¡Pero lo estarás!

La certeza con la que Lucía pronunció estas palabras hizo que Esther se diera cuenta de que su mejor amiga estaba desconectada de la realidad.

—Lucía, escúchame. Yo. No. Estoy. Enamorada. De. Ti. Nunca lo estaré.

Lucía la miró como si Esther hubiera dicho algo incomprensible.

—Pero yo maté a Borja por ti.

—¡No te pedí que lo hicieras!

—¡No tenías que pedírmelo! ¡Era obvio que era lo que necesitabas!

—¡Lo que necesitaba era que respetaras mis decisiones!

—¡Tus decisiones te habrían llevado a la muerte!

Esther se dirigió hacia la puerta principal.

—Voy a abrir la puerta y voy a escuchar lo que Miguel tiene que decir.

Lucía se movió con rapidez, bloqueando el camino de Esther.

—No puedes hacer eso.

—Quítate de mi camino, Lucía.

—No.

—Lucía, muévete.

—No puedo permitir que arruines lo que hemos construido juntas.

—¡No hemos construido nada juntas! ¡Tú has estado viviendo una fantasía!

Lucía sacó algo del bolsillo de su chaqueta. Era un cuchillo de cocina.

—Lucía —dijo David con calma—, baja el cuchillo.

—¡Nadie va a separarme de Esther!

Esther miró asustada a su mejor amiga, quien ahora sostenía un arma y bloqueaba su salida.

—Lucía, por favor, no hagas esto.

—¡No me dejas otra opción! ¡Miguel va a decir cosas que van a confundirte! ¡Va a hacer que pienses que soy la mala!

—Lucía, tú mataste a mi esposo.

—¡Maté a tu torturador!

—¡Era mi torturador que matar!

Lucía la miró con incredulidad.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa que si Borja tenía que morir, debería haber sido mi decisión. Mi plan. Mi elección.

—Pero tú nunca habrías podido hacerlo.

—¿Cómo sabes lo que habría podido hacer?

Lucía no respondió.

—Lucía, ¿cómo sabes lo que yo habría podido hacer?

—Porque te conozco mejor que nadie.

—¡No, no me conoces! ¡Conoces la versión de mí que necesitabas que fuera para justificar tus acciones!

Lucía alzó el cuchillo más alto.

—Esther, vamos a ir arriba. Vamos a esperar hasta que se vayan Miguel y David. Y entonces vamos a hablar sobre nuestro futuro.

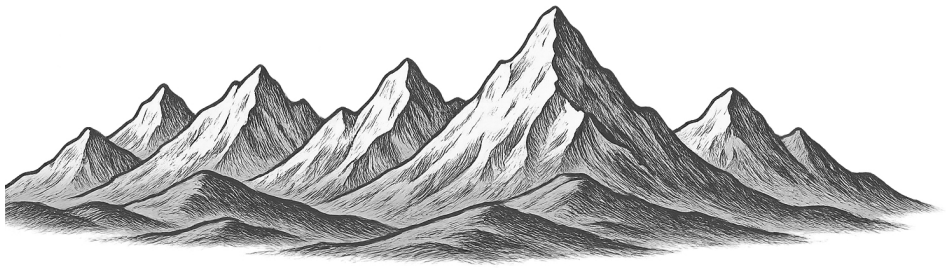
—No tenemos un futuro.

—Por supuesto que lo tenemos. Lo he estado planeando durante años.

Y en esas palabras, Esther por fin entendió la verdad completa: Lucía no había matado a Borja en un momento de pánico para protegerla. Lucía había estado planeando sistemáticamente eliminar cualquier obstáculo para tener a Esther para sí misma.

La pregunta ahora era: ¿qué más había estado planeando Lucía?

Y la respuesta más aterradora: ¿qué estaba dispuesta a hacer para mantener a Esther "segura" con ella para siempre?



CAPÍTULO 8

—Lucía, baja el cuchillo. —La voz de David era calmada pero firme—. Nadie necesita resultar herido.

—¡Pues alguien va a resultar herido si no hacéis lo que digo! —Lucía mantuvo el cuchillo apuntando alternativamente hacia Esther y David—. ¡Esther, ve hacia las escaleras!

—No.

—¡VE HACIA LAS ESCALERAS TE DIGO!

Esther no se movió.

—Lucía, durante cinco años permití que Borja me controlara porque pensé que era lo que merecía. No voy a permitir que tú hagas lo mismo.

—¡Yo no soy Borja! ¡Yo te amo!

—Borja también decía que me amaba cuando me controlaba.

—¡No es lo mismo!

—¿No? Me has estado espiando durante años. Has estado

manipulando situaciones para que dependiera más de ti. Has asesinado a mi esposo y me lo has escondido. ¿En qué se diferencia de lo que hacía Borja?

Lucía pareció confundida por la comparación.

—¡Me diferencia en que todo lo que he hecho ha sido por tu bien!

—¡Borja también creía que todo lo que hacía era por mi bien!

Miguel siguió golpeando la puerta desde afuera, ahora con más urgencia.

—¡Esther! ¡Se está acercando otra tormenta! ¡Si no salimos de aquí pronto, estaremos atrapados durante días!

David se acercó con lentitud a Lucía y le habló.

—Esther tiene razón. Sea cual sea tu motivación, estás haciendo lo mismo que Borja: tomando decisiones por ella sin su consentimiento.

—¡Vosotros no lo entendéis! ¿No os dais cuenta de que Esther no puede tomar buenas decisiones por sí misma? ¡Siempre elige a hombres que la lastiman!

—¿Como quién? —preguntó Esther, dolida.

—¡Como Borja! ¡Como Miguel! ¡Como este detective falso!

—Elegí a Borja cuando tenía veintitrés años y era ingenua. He aprendido desde entonces.

—¡No, no has aprendido nada! ¡Por eso te ibas a ir con Miguel el mes pasado hasta que yo intervine!

Esther se quedó helada.

—¿Qué quieres decir con que iba a irme con Miguel?

Lucía se sonrojó, como si se diera cuenta de que había revelado demasiado.

—Quiero decir... que Miguel te estaba seduciendo esa noche para...

—¿Qué estás diciendo, Lucía?

—¡Nada! ¡Solo me aseguré de que Miguel bebiera suficiente para mostrar su verdadera naturaleza!

Esther sintió un pequeño mareo.

—¿Tú le diste alcohol extra a Miguel esa noche?

—¡Le salvé de cometer otro error!

—¿Provocaste que Miguel se comportara de forma agresiva conmigo?

—¡Solo revelé quién era realmente!

Esther recordó esa noche horrible: Miguel cada vez más borracho, más insistente, más agresivo. Había pensado que era porque no podía manejar el rechazo, pero si Lucía había estado manipulando la situación...

—¿Has estado manipulando a Miguel?

—¡He estado protegiéndote de Miguel!

—Lucía, ¿durante cuánto tiempo has estado manipulando las situaciones alrededor de mi vida?

El silencio de Lucía fue más revelador que cualquier respuesta habría sido.

David se acercó más.

—Esther, creo que deberíamos abrir la puerta y escuchar lo que Miguel tiene que decir.

—¡NO! —Lucía giró el cuchillo hacia David—. ¡Miguel va a mentir! ¡Va a decir cosas que van a confundir a Esther!

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Esther.

—¡Cosas sobre mí! ¡Mentiras sobre mí!

—¿Qué mentiras podría decir Miguel sobre ti que yo no supiese que son mentiras?

Lucía la miró con expresión de pánico.

—Esther, tú me conoces. Sabes quién soy en realidad.

—Lucía, ya no estoy segura de conocer a nadie.

El sonido de cristales rompiéndose vino desde la cocina. Miguel había roto una ventana.

—¡Esther! ¡¿Estás bien?! ¡¿Por qué no abres la puerta?!

Lucía corrió hacia la cocina, con el cuchillo aún en la mano.

—¡Si Miguel entra aquí, lo mato!

David aprovechó la distracción para acercarse a Esther.

—¿Estás bien? —susurró.

—No. Lucía está completamente loca. Ha estado controlando mi vida durante años sin que me diera cuenta.

—¿Cómo?

—Acabo de darme cuenta…, Lucía siempre aparecía en momentos muy convenientes. Siempre sabía exactamente qué decir. Siempre parecía anticipar mis necesidades.

—¿Crees que ha estado espiándote?

—Sí.

El sonido de pasos de Lucía regresando desde la cocina interrumpió su conversación.

—Miguel está tratando de entrar por la ventana de la cocina —anunció Lucía—. David, ayúdame a bloquear la entrada.

—No voy a hacer eso.

Lucía lo miró con sorpresa.

—¿Perdón?

—Dije que no. No voy a ayudarte. Estás perdiendo la cabeza

—¡David, Miguel es peligroso! ¿No lo entiendes? —gritó con desesperación.

—Lucía, la única persona que ha amenazado a alguien con un arma aquí eres tú.

Lucía alzó de nuevo el cuchillo.

—¡Porque es la única forma de proteger a Esther de gente como vosotros!

—¿Gente como nosotros?

—¡Hombres que piensan que pueden tomar decisiones por ella! ¡Hombres que piensan que saben lo que es mejor para ella!

Esther se acercó a Lucía.

—Lucía, ¿no te das cuenta de que eso es lo que tú estás haciendo?

—¡No es lo mismo!

—¿Por qué no?

—¡Porque yo soy mujer! ¡Porque yo la entiendo de manera que los hombres nunca podrán!

—Lucía, el sexo de la persona que me controla no hace que el control sea menos tóxico.

Lucía la miró con el ceño fruncido.

—Esther, yo no te estoy controlando. Te estoy protegiendo.

—¿Cuál es la diferencia?

—¡La diferencia es que yo te amo de verdad!

—Borja también decía que me amaba de verdad.

—¡BORJA NO TE AMABA! —Lucía gritó con tanta furia que Esther y David retrocedieron—. ¡BORJA TE USABA! ¡BORJA TE TRATABA COMO A SU PROPIEDAD!

—¿Y tú no?

Lucía se quedó callada, respirando con pesadez.

—Yo... yo no hago eso.

El sonido de Miguel luchando con la ventana rota de la cocina se hizo más Fuerte y Lucía se dirigió hacia la cocina de nuevo.

—¡No entrarás!

David aprovechó el momento para acercarse de nuevo a Esther y le susurró cerca del oído.

—Necesitamos salir de aquí.

—Hay una escalera de incendios en la ventana de mi dormitorio. ¿Puedes llegar hasta ella sin que Lucía te vea?

—Tal vez. Pero no puedo dejarte sola con ella.

—Puedo manejala. Tú ve a conseguir ayuda.

—Esther, Lucía mató a tu marido. No es solo una amiga obsesiva. Es una asesina.

—Lo sé…

El grito de Lucía desde la cocina interrumpió su conversación:

—¡MIGUEL, SI ENTRAS EN ESTA CASA TE CORTO LA GARGANTA!

La respuesta de Miguel fue igual de fuerte:

—¡SÉ LO QUE LE HICISTE A BORJA! ¡Y SÉ LO QUE LE HAS ESTADO HACIENDO A ESTHER DURANTE AÑOS!

Lucía regresó de la cocina, inquieta y con el rostro pálido.

—Esther, no escuches lo que Miguel va a decir. Todo es mentira. Solo quiere ponerte en mi contra. No entiende nuestra relación.

—¿Qué hay que entender?

—Que lo que tenemos es especial. Que siempre hemos tenido una conexión que va más allá de la amistad normal.

Esther sintió un escalofrío.

—Lucía, no hemos tenido esa conexión. Tú has imaginado esa conexión.

—¡No la he imaginado! ¡Ha estado ahí desde que éramos niñas!

—¿Qué ha estado ahí?

—¡El amor! ¡La comprensión! ¡La forma en que siempre sabía lo que necesitabas!

—¿Y por qué lo sabías?

—Porque... porque te prestaba atención.

—¿Qué clase de atención?

—¡La clase de atención que une a las amigas verdaderas!

—Lucía, ¿has estado entrando en mi casa sin mi permiso?

—¡Solo cuando estaba preocupada por ti!

Esther sintió que todo cobraba sentido de una manera horrible.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Desde... desde que te casaste con Borja.

Esther no podíar creer lo que estaba escuchando.

—Eso son cinco años... Cinco años entrando en mi casa sin mi consentimiento.

—¡Era por necesidad!

—¿Qué hacías cuando estabas aquí?

Lucía no respondió.

—¡LUCÍA! ¿QUÉ HACÍAS CUANDO ESTABAS EN MI CASA?

—¡Revisaba que Borja no te estuviera lastimando! ¡Leía sus correos para saber si estaba planeando algo! ¡Me aseguraba de que tuvieras todo lo que necesitabas!

—¿Leías mis correos electrónicos privados?

—Solo para asegurarme de que estuvieras segura.

—¿Y mi diario? ¿Por eso sabías todas esas cosas?

—¡Solo las partes donde hablabas sobre Borja!

Esther sintió que iba a vomitar.

—Lucía, ¿leías mi diario personal?

—¡Solo porque me preocupaba por ti!

—¿Y basándote en lo que leías en mi diario, manipulabas situaciones para "ayudarme"?

Lucía no respondió.

—Lucía, responde la pregunta.

—A veces...

—¿Qué clase de situaciones manipulaste?

—Situaciones que podrían haberte lastimado.

—¿Como cuáles?

—Como... como cuando pensaste en tener un encuentro con el profesor de la universidad.

Esther se quedó helada. Había escrito sobre esa tentación en su diario hacía dos años, pero nunca había actuado al respecto.

—¿Qué hiciste?

—Me aseguré de que él supiera que eras casada y le envié una foto de tu anillo de bodas.

—¿Le enviaste fotografías mías sin mi consentimiento?

—¡Solo para protegerte de cometer un error!

—¡Era mi error que cometer!

—¡Habrías arruinado tu matrimonio!

—¡Tal vez quería arruinar mi matrimonio!

—¡No, no querías! ¡En tu diario escribiste que te sentías culpable por siquiera pensarlo!

—¡Porque era un pensamiento privado que se suponía que nadie más iba a leer!

Lucía se quedó callada, tal vez entendiendo la magnitud de lo que había estado hacienda hasta que Miguel gritó desde la cocina:

—¡Esther! ¡Lucía también manipuló tu trabajo! ¡Habló con tu jefe sobre tu "estado emocional inestable"!

Esther se volvió hacia Lucía con horror.

—¿Hiciste qué?

—Miguel está mintiendo...

—Lucía, ¿hablaste con mi jefe sobre mi estado emocional?

—Yo... yo estaba preocupada porque estabas trabajando demasiadas horas. Pensé que era porque estabas evitando ir a casa con Borja.

—¿Y le dijiste a mi jefe que yo era emocionalmente inestable?

—¡Le dije que habías estado bajo mucho estrés! ¡Que necesitabas apoyo!

Esther recordó la conversación extraña que había tenido con su supervisor hacía unos meses, donde él había sugerido que tomara tiempo libre para "manejar sus asuntos personales".

—¿Por eso casi me obligó a pedir la baja?

—¡Pensé que sería bueno para ti tener más tiempo para pensar sobre tu matrimonio!

—¡Esa baja arruinó mi reputación profesional! ¡Mis colegas empezaron a verme como alguien que no podía manejar la presión!

—¡Esther…, todo lo que hice fue por amor! ¡No puedes castigarme por amarte!

—Lo que tú llamas amor es obsesión. Es control. Es lo mismo que Borja me hacía.

—¡NO ES LO MISMO!

—Sí, Lucía. Es exactamente lo mismo.

Miguel volvió a gritar:

—¡Esther! ¡Hay más! ¡Lucía ha estado saboteando todas tus relaciones sociales durante años! ¡Habló con tus otros amigos sobre tu "matrimonio abusivo" hasta que se sintieron demasiado incómodos para seguir invitándote a cosas!

Esther miró hacia Lucía, que había comenzado a temblar.

—¿Es eso cierto?

—Yo... yo solo quería que dependieras de mí. Soy la única que te entiende!

—Dios mío… Me aislaste sistemáticamente de todo el mundo.

—¡Te protegí de gente que no te valoraba apropiadamente!

—¡Me quitaste la oportunidad de decidir por mí misma quién me valoraba!

Lucía comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Solo quería que fuéramos felices juntas!

—Yo jamás habría podido ser feliz con alguien que me controla. Ya aprendí esa lección con Borja.

—¡Yo no soy Borja!

—No, Lucía. Desde luego que no eres él. ¡Eres peor que él!

Lucía la miró con shock absoluto.

—¿Peor?

—Borja me controló por cinco años. Tú me has estado controlando durante toda mi vida, y lo has hecho mientras fingías ser mi mejor amiga.

Lucía se tambaleó como si la hubieran golpeado.

—Esther, no... no quise...

—¿No quisiste qué? ¿Controlarme? ¿Manipularme? ¿Asesinar a mi esposo? ¿Aislarme de todos los demás? ¿Lucía, cuál de esas cosas no quisiste hacer?

Lucía se derrumbó contra la pared, con el cuchillo cayendo de su mano.

—Solo quise que me amaras.

Esther se acercó lentamente y recogió el cuchillo.

—Si de verdad me hubieras amado, habrías respetado mi autonomía. Habrías respetado mis decisiones. Habrías respetado mi derecho a cometer mis propios errores.

—¿Incluso si esos errores te habrían matado?

—Incluso entonces.

Lucía alzó la vista hacia Esther.

—¿Y ahora qué?

Esther miró a David, que había permanecido callado durante la mayor parte de la conversación.

—Ahora vamos a abrir la puerta y vamos a escuchar lo que Miguel tiene que decir.

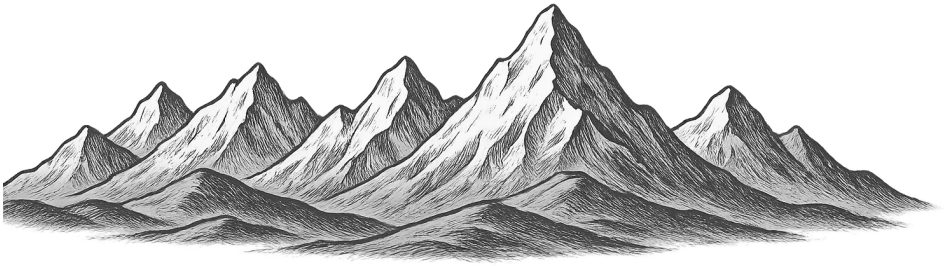
Esther miró hacia su mejor amiga, que ahora se veía pequeña y patética contra la pared.

—Vas a enfrentar las consecuencias de lo que has hecho.

Mientras se dirigía hacia la puerta principal, Esther se preguntó si Lucía realmente había terminado de revelar todos sus secretos.

Y si no, ¿qué más había estado planeando para asegurarse de que nunca la perdería?

La respuesta a esa pregunta, Esther sospechaba, iba a ser más aterradora de lo que hasta ahora había imaginado.



CAPÍTULO 9

Esther se dirigió hacia la puerta principal, sosteniendo firmemente el cuchillo que había tomado de Lucía. David la siguió de cerca, manteniéndose entre ella y su amiga, quien permanecía derrumbada contra la pared.

—Miguel —gritó Esther—, voy a abrir la puerta.

—¡Gracias a Dios! Esther, ¿estás herida?

—Estoy bien, pero Lucía tiene un colapso mental.

Esther giró la llave y abrió la puerta. Miguel entró con rapidez, cubierto de nieve y agitado. Sus ojos fueron de inmediato hacia Lucía, que no había levantado la vista del suelo.

—Esther, ¿estás segura de que estás bien?

—Por ahora. Miguel, dijiste que tenías más información sobre Lucía.

Miguel se quitó su chaqueta pesada, sin apartar la vista de Lucía y habló.

—Lo que voy a contarte ahora cambiará por completo cómo ves los últimos cinco años de tu vida.

—¿Qué clase de información?

Miguel sacó una carpeta gruesa de su chaqueta.

—Fotografías. Documentos. Evidencia de que tu amiga ha estado obsesionada contigo de maneras que van mucho más allá de lo que cualquiera podría haber imaginado.

David se acercó.

—¿Qué tipo de evidencia?

Miguel abrió la carpeta y extendió varias fotografías sobre la mesa del recibidor.

—Mirad. Todas tomadas sin su conocimiento. Desde afuera de su casa, desde lugares públicos, incluso desde dentro de su casa.

Esther miró las fotografías con horror. La mostraban en situaciones íntimas: durmiendo, duchándose, llorando después de discusiones con Borja, en momentos de soledad privada que nadie debería haber presenciado.

—¿De dónde sacaste estas?

—De la casa de Lucía. Entré porque sabía que escondía algo. Hay literalmente cientos de fotografías como estas.

Esther se sintió violada de una manera que no había experimentado ni siquiera durante los peores momentos de su matrimonio con Borja.

—Lucía, ¿por qué?

Lucía al fin alzó la vista, y Esther vio que sus ojos estaban rojos por el llanto.

—Solo quería... capturar momentos. Conservar recuerdos de ti.

—¡Estos no son recuerdos! ¡Esto son violaciones de mi privacidad!

Miguel continuó mostrando documentos.

—Esther, también hay registros. Lucía ha estado manteniendo un diario detallado sobre tu vida durante años. Tus horarios, tus hábitos, tus emociones día a día.

David examinó algunos de los documentos y quedó sorprendido.

—Esto es comportamiento de acosador profesional.

Miguel asintió.

—Y hay más. Hay cartas que nunca recibiste, invitaciones a eventos sociales que Lucía interceptó para que no pudieras asistir.

Esther sintió calambres en su cabeza.

—¿Qué clase de invitaciones?

—Reuniones de antiguos compañeros de clase. Invitaciones a bodas. Incluso ofertas de trabajo que interceptó y nunca te entregó.

—¿Ofertas de trabajo?

—Al menos tres ofertas diferentes en los últimos dos años. Trabajos que podrían haberte dado la independencia financiera para rehacer tu vida.

Esther miró hacia Lucía con furia y esta sollozó más fuerte.

—No querías cambiar de trabajo. Siempre decías que tu trabajo actual era seguro.

—¡Nunca tuve la oportunidad de considerer otras alternativas porque tú me las ocultaste!

Miguel sacó otro conjunto de documentos.

—Mirad esto. Lucía le estaba dando información sobre ti a Borja. Información detallada sobre tus inseguridades, tus miedos, tus puntos débiles. Borja la estaba pagando por esa información.

Esther sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor.

—¡LUCÍA! ¿Borja te pagaba por información sobre mí?

—¡No era así! ¡No de la forma que Miguel lo hace sonar!

—¿Entonces cómo era?

Lucía se levantó lentamente de la pared.

—Borja me ofreció una forma de estar cerca de ti mientras también te protegía.

—¿Te protegía de qué?

—De otros hombres. De decisiones estúpidas. De situaciones que podrían haberte lastimado.

David intervino, acercándole un cuaderno de notas a Esther.

—Fíjate en esto. Saboteó tu relación con tu familia en Argentina.

—¿Qué?

—Parece que interceptó llamadas telefónicas. Le dijo a tu madre que estabas "demasiado frágil" para manejar visitas familiares y a tu hermana que habías pedido espacio para "trabajar en tu matrimonio". Está todo anotando aquí.

Esther recordó las llamadas cada vez menos frecuentes de su familia y su gradual distanciamiento.

—¿Por eso mi familia dejó de llamar?

—Lucía les dijo que tú habías pedido menos contacto porque las llamadas te hacían sentir nostálgica y deprimida.

Esther miró hacia Lucía con una mezcla de horror y asco.

—Lucía, me aislaste de mi familia también. No te lo perdonaré jamás…

—¡Solo quería que te concentraras en tu vida aquí! ¡En tu vida conmigo!

—¡Mi vida contigo jamás hubiese existido. No era una opción que

yo hubiera elegido!

Lucía se acercó a Esther, con expresión de desesperación.

—¡Pero podría haberlo sido! ¡Si todos los demás no hubieran estado interfiriendo constantemente!

David se interpuso entre Lucía y Esther.

—Lucía, mantén la distancia.

—¿Esto qué es? —murmuró Miguel consiguiendo toda la atención. —Lucía no mató a Borja para protegerte. Lo mató porque Borja había decidido terminar su arreglo con ella.

Esther miró hacia Miguel con confusión.

—¿Qué arreglo?

—Borja, además de estar pagando a Lucía por información tuya, le prometió que se divorciaría de ti para estar con ella.

—¿Qué?

Miguel alzó un documento.

—Está todo aquí. Correos electrónicos entre Borja y Lucía donde planifican tu futuro como si fueras una propiedad que se puede transferir.

Esther leyó el documento que Miguel le entregó. Era un correo electrónico de Borja a Lucía:

"Lucía, hemos hablado sobre esto antes. Esther nunca va a ser tuya de la manera que quieres. Está demasiado condicionada a necesitar dominación masculina. Pero si mantienes el flujo de información y me ayudas con mi plan de salida, me aseguraré de que tengas acceso completo a ella después de que me vaya. Será vulnerable, dependiente, y perfecta para tu tipo de cuidado."

Lucía lloraba sin control ahora.

—¡No era así! ¡Borja no entendía lo que yo sentía por ti!

—¿Pero aceptaste el trato?

—¡Pensé que podría convencerlo de que se divorciara de ti limpiamente!

—¿Y cuando te dijo que en lugar de divorciarse, iba a abandonarme con todas sus deudas criminales?

—¡Me di cuenta de que nunca había tenido intención de cumplir su promesa!

Esther miró el correo electrónico otra vez, notando la fecha.

—Lucía, este correo es de dos semanas antes de la muerte de Borja. ¿Cuándo decidiste matarlo?

—Cuando me di cuenta de que iba a destruirte de todas maneras. Que no importaba si lo hacía abandonándote o haciendo que te arrestaran por sus crímenes.

—¿Pero no se supone lo mataste para protegerme de daño físico?

—Lo maté para protegerte de toda clase de daño.

David se acercó más al grupo.

—Lucía, ¿planeaste el asesinato de Borja?

Lucía alzó la vista hacia él con algo parecido a orgullo.

—Planifiqué liberación de Esther.

—¿Durante cuánto tiempo lo planeaste?

—Ya lo dije antes. Desde el momento en que me di cuenta de que Borja nunca iba a dejarla ir por volutad propia.

Esther sintió un escalofrío. No la había mentido.

Miguel se acercó a Lucía para lanzarle una pregunta directa.

—¿Qué ibas a hacer después de matar a Borja?

Lucía lo miró como si la pregunta fuera obvia.

—Lo que hice. Iba a estar ahí para Esther durante su duelo. Iba a ayudarla a procesar su pérdida. Iba a ser la única persona en quien pudiera confiar por completo.

—¿Y después?

—Después, gradualmente, Esther se habría dado cuenta de que lo que necesitaba no era otro hombre controlador, sino alguien que la entendiera.

Esther miró hacia Lucía incrédula y el silencio que siguió fue absoluto.

David volvió a revisar los papeles y solo un par de segundos después, abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué es esto…? —Miró a Lucía y de nuevo al papel—. Lucía, ¿sabías que yo vendría?

Lucía no respondió.

—Lucía, responde la pregunta. ¿Sabías que David venía a investigar la muerte de Borja?

—Sabía que alguien vendría... —respondió como si nada.

—¿Por qué lo sabías?

Miguel intervino.

—Lucía lo sabia porque ella misma fue quien le envió información anónima que lo dirigió hacia ti.

Esther se volvió hacia Lucía con incredulidad.

—¿Qué?

David asintió.

—Es verdad. Recibí una llamada anónima con tu dirección e información sobre discrepancias en la investigación de la muerte de Borja. La voz era femenina.

—Lucía, ¿tú trajiste a David aquí?

Lucía alzó la vista con expresión desafiante.

—Necesitaba que alguien más validara que Borja había sido asesinado. Para Validar aún más la investigación oficial.

—¿Pero por qué traer a un investigador que podría descubrir que tú eras la asesina?

Lucía sonrió, y esa sonrisa erizo el vello de Esther.

—Porque no iba a descubrir que fui yo.

—¿Por qué no?

—Porque iba a descubrir que había sido Miguel.

Todos los ojos se volvieron hacia Lucía.

—¿Qué? —preguntó Miguel.

Lucía se dirigió hacia la mesa donde estaban los documentos.

—Tengo evidencia que muestra que Miguel mató a Borja por celos. Que Miguel estaba obsesionado con Esther y vio a Borja como un obstáculo.

Miguel retrocedió.

—¡Eso es mentira!

—¿Es mentira, Miguel? ¿No has estado obsesionado con Esther durante años? ¿No intentaste seducirla el mes pasado? ¿No has estado vigilando su casa con regularidad?

Esther miró hacia Miguel con nueva preocupación.

—Miguel, ¿has estado vigilando mi casa?

Miguel se sonrojó.

—Yo... a veces paso por aquí para asegurarme de que estés bien.

Lucía continuó.

—Y Miguel, ¿no tienes un historial de comportamiento agresivo cuando bebes?

—Eso no significa que maté a Borja.

—¿No? Miguel, ¿dónde estabas la noche que Borja murió?

Miguel no respondió de inmediato.

—Miguel, ¿dónde estabas esa noche?

—Estaba... estaba en el bar. Bebiendo.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Es probable. Pero estaba bastante borracho. No recuerdo todos los detalles…

Lucía sacó más documentos de la mesa.

—Conveniente. Miguel, ¿sabías que Borja estaba planeando abandonar a Esther?

—¿Cómo iba a saber eso?

—Porque te lo dije. Hace tres semanas, cuando viniste a mi casa preocupado por Esther. Te dije que había oído rumors de que Borja estaba planeando irse.

Miguel se quedó callado.

—¿Es eso cierto, Miguel? —preguntó Esther.

Miguel no respondió y Lucía continuó con el interrogatorio.

—Diles cuál fue tu reacción cuando te dije que Borja podría estar planeando abandonar a Esther

—Me cabree…, ¡pero no lo suficiente como para matar a nadie!

Lucía sonrió otra vez.

—Miguel, ¿recuerdas lo que dijiste con exactitud esa noche?

—No especialmente.

—Dijiste: "Si Borja lastima a Esther de esa manera, yo mismo lo mato."

El silencio en la habitación fue total.

Miguel se pasó una mano por el cabello.

—Tal vez. Estaba borracho y enfadado. La gente dice cosas cuando está enfadada.

Lucía continuó.

—Y Miguel, ¿no es cierto que tienes acceso a vehículos pesados que podrían haber sido usados para empujar el coche de Borja por el acantilado?

—Tengo una empresa de construcción. Por supuesto que tengo acceso a maquinaria pesada.

—¿Y no es cierto que conoces esa curva donde murió Borja mejor que la mayoría de la gente?

—Trabajo en esa área frecuentemente, sí.

Lucía se dirigió hacia Esther.

—¿Ves, Esther? Miguel tenía motivo, oportunidad, y los medios para matar a Borja.

Esther miró hacia Lucía y Miguel, sintiéndose por completo perdida.

—Pero Lucía, tú admitiste que mataste a Borja.

—Admití que empujé su coche por el acantilado. Pero no admití que lo planifiqué sola.

—¿Qué quieres decir?

Lucía miró hacia Miguel con expresión triunfante.

—Quiero decir que Miguel y yo trabajamos juntos.

Miguel retrocedió asustado.

—¡Eso es mentira!

—¿Es mentira, Miguel? ¿O no lo recuerdas porque estabas demasiado borracho esa noche?

—Lucía, yo no trabajé contigo para matar a nadie.

—Miguel, ¿recuerdas llamarme la noche que Borja murió?

Miguel se quedó callado.

—¿Miguel?

—Tal vez. No recuerdo.

—Llamaste y dijiste que habías visto el coche de Borja dirigiéndose hacia la curva peligrosa. Dijiste que era la oportunidad perfecta.

—¡Eso no es cierto!

Lucía sacó un teléfono de su bolsillo.

—Tengo grabada la conversación.

Esther miró hacia Lucía en shock.

—¿Grabaste una conversación telefónica?

—Grabo todas las conversaciones telefónicas importantes. Por seguridad.

Lucía tocó play en el teléfono y la voz borracha de Miguel se oyó con claridad:

"Lucía... Lucía, ¿estás despierta? Vi el coche de Borja... se dirige hacia la curva donde siempre maneja rápido cuando está borracho... sería una lástima si alguien no estuviera ahí para... para ayudarlo si tuviera problemas..."

La voz de Lucía respondía:

"Miguel, ¿qué estás sugiriendo exactamente?"

"No estoy sugiriendo nada. Solo estoy diciendo que sería una lástima si Borja tuviera un accidente y nadie estuviera ahí para ayudarlo. Una real lástima."

La grabación se detuvo.

Miguel se veía pálido.

—Yo... yo no recuerdo esa conversación con claridad.

Lucía continuó.

—Después de esa llamada, fui a la curva. Y encontré a Miguel ahí, con su camión, empujando el coche de Borja que ya estaba dañado por el acantilado.

—¡NO! ¡MENTIRA!

—No es mentira. ¿O no lo recuerdas?

Esther miró hacia ambos, sintiéndose perdida sobre qué creer.

—Lucía, si Miguel ya había empujado el coche de Borja por el acantilado, ¿por qué dijiste que lo habías hecho tú?

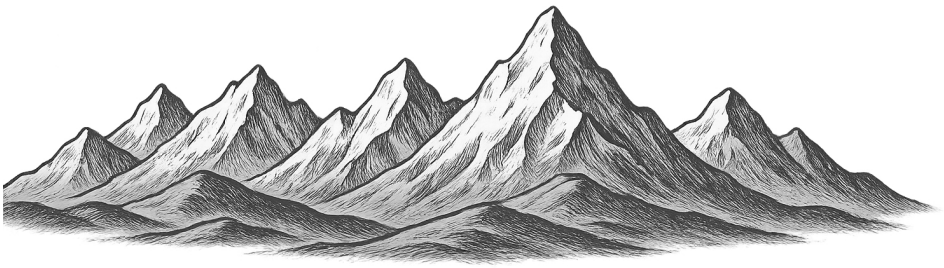
Lucía la miró con expresión de paciencia exagerada.

—Porque, en cierto modo Miguel me da lástima. Actuó por amor hacia ti, igual que yo. Puedo llegar a entenderle…

Y en esa frase, Esther entendió que Lucía no había terminado con sus manipulaciones. Si acaso, apenas estaba comenzando.

La pregunta ahora era: ¿cuánto de la historia de Lucía sobre Miguel era cierta, y cuánto era otra manipulación destinada a protegerla del castigo por asesinato?

Y más importante: ¿había Lucía planeado este momento exacto, con todos ellos juntos en la casa aislada, desde el principio?



CAPÍTULO 10

Esther miró con atención a Lucía, tratando de procesar todas las capas de manipulación que acababa de presenciar.

—Lucía, ¿cuánto tiempo has estado planeando este momento?

Lucía la miró con expresión de sorpresa fingida.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que trajiste a David aquí. Sabías que Miguel vendría cuando se enterara de que David estaba aquí. Y ahora tienes una historia preparada a la perfección para que Miguel parezca el culpable.

—Esther, no entiendo por qué piensas que estoy manipulando...

—¡PORQUE HAS ESTADO MANIPULANDO CADA ASPECTO DE MI VIDA DURANTE AÑOS!

El grito de Esther resonó por toda la casa. Afuera, el viento había comenzado a aullar otra vez, y Esther pudo ver por las ventanas que la segunda tormenta que Miguel había mencionado estaba llegando con fuerza.

David se acercó a Lucía.

—Lucía, hay inconsistencias en tu historia sobre Miguel.

—¿Qué inconsistencias?

—Si Miguel empujó el coche de Borja por el acantilado mientras estaba borracho, ¿cómo sabías dónde encontrarlo? ¿Cómo sabías que Borja iba a estar en esa curva específica esa noche específica?

Lucía vaciló por primera vez.

—Yo... seguí a Borja después de que Miguel me llamó.

—¿Pero Miguel dice que no recuerda haberte llamado?

—Con la cantidad de alcohol que llevaba Miguel esa noche en el cuerpo, dudo que pueda recordar muchas cosas.

Miguel se acercó más al grupo.

—Lucía, pues para tu sorpresa, empiezo a recordar partes de esa noche. Y no recuerdo haberte llamado.

—Por supuesto que no lo recuerdas. Estabas ebrio.

—Pero recuerdo otras cosas. Recuerdo que tú me llamaste a mí.

Lucía se quedó inmóvil.

—¿Qué?

Miguel se concentró, intentando recuperar sus memorias perdidas.

—Tú me llamaste esa noche. Me dijiste que Borja estaba en peligro, que había descubierto algo sobre sus socios criminales.

—Miguel, estás confundido...

—No, estoy empezando a recordar. Me dijiste que Borja estaba dirigiéndose hacia la curva, y que necesitaba ayuda. Me pediste que fuera alí con mi camión.

Esther miró hacia Lucía con expression de sorpresa.

—Lucía, ¿le pediste a Miguel que fuera a la curva?

—Miguel está inventando cosas. La memoria de los alcohólicos no es confiable.

—¿Pero por qué Miguel inventaría algo que lo hace parecer culpable?

Lucía no respondió.

Miguel continuó.

—Esther, recuerdo más ahora. Lucía me dijo que Borja había llamado pidiendo ayuda, que su coche tenía problemas mecánicos en la curva. Me pidió que fuera a remolcarlo.

—¿Y fuiste?

—Sí. Pero cuando llegué, no había nadie. Solo el coche de Borja ya destrozado en el fondo del acantilado.

David se acercó más.

—Miguel, ¿viste a Lucía esa noche?

Miguel se concentró.

—Sí. Lucía estaba ahí cuando llegué. Me dijo que había llegado justo después del accidente.

—¿Qué más recuerdas?

—Lucía me dijo que no podíamos reportar que habíamos estado ahí porque tanto ella como yo teníamos motivos para querer ver a Borja muerto. Dijo que la policía pensaría que habíamos conspirado para matarlo.

Esther se volvió hacia Lucía.

—¿Es eso cierto?

Lucía había comenzado a retroceder hacia las escaleras.

—Miguel está confundido. El alcohol le ha dañado la memoria.

—Lucía, responde la pregunta. ¿Le dijiste a Miguel que no podía reportar que había estado en la escena?

—Yo... yo estaba tratando de protegerlo.

—¿Protegerlo de qué?

—¡De ser culpado por algo que no hizo!

Miguel se acercó más a Lucía.

—Lucía, ¿tú mataste a Borja antes de que yo llegara?

Lucía lo miró con algo parecido al desprecio.

—Miguel, tú estabas demasiado borracho esa noche para recordar tu propio nombre, mucho menos los detalles de lo que pasó.

—Pero empiezo a recordar. Y recuerdo que cuando llegué, tú ya estabas ahí. Y recuerdo que actuabas... extraña.

—¿Extraña cómo?

—Como si hubieras estado esperándome.

Esther sintió que todas las piezas comenzaban a encajar de una manera horrible.

—Lucía, ¿planeaste usar a Miguel como chivo expiatorio desde el principio?

Lucía se había alcanzado las escaleras y ahora comenzaba a subir despacio.

—Esther, no entiendes la situación completa.

—¡Entonces explícamela!

Lucía se detuvo en el cuarto escalón.

—La situación es que Borja tenía que morir. Y alguien tenía que ser culpado por su muerte. Y Miguel era la elección lógica.

—¿Por qué Miguel?

—Porque Miguel estaba obsesionado contigo. Porque había amenazado públicamente a Borja. Porque tenía acceso a los medios para matarlo.

David intervino.

—Lucía, ¿estás admitiendo que planeaste incriminar a Miguel?

Lucía sonrió, y esa sonrisa confirmó lo que Esther había estado temiendo.

—Estoy admitiendo que planifiqué con cuidado la liberación de Esther. Y eso incluía asegurarme de que hubiera alguien más para culpar si las autoridades no aceptaban que la muerte de Borja había sido accidental.

—¿Alguien más como Miguel?

—Miguel se ofreció voluntariamente como candidato perfecto con su comportamiento obsesivo y sus amenazas públicas.

Esther cubrió su boca con las manos.

—Lucía, ¿habrías permitido que Miguel fuera arrestado por un crimen que tú cometiste?

Lucía la miró como si la pregunta fuera ridícula.

—Miguel nunca habría ido a prisión. Habría contratado un buen abogado, habría alegado que estaba demasiado borracho para recordar con claridad, y habría recibido una sentencia reducida.

—¿Una sentencia reducida por asesinato?

—Una sentencia reducida por homicidio involuntario. Miguel habría pasado tal vez dos años en prisión, nos lo habríamos quitado de encima y después habríamos tenido el resto de nuestras vidas juntas.

Esther miró hacia Lucía con los ojos muy abiertos.

—Lucía, estás peor de lo que creía…

Lucía se rió, y el sonido fue lo más escalofriante que Esther había escuchado en toda su vida.

—¿Loca? Esther, soy la única persona en tu vida que se ha preocupado de que fueses feliz.

—¡Mi felicidad no requería que cometieras asesinato!

Lucía sacó algo de su bolsillo: otro teléfono.

—Esther, ¿quieres oír lo que Borja pensaba hacer contigo?

—¿Qué es eso?

—Una grabación de Borja hablando con sus socios criminales sobre ti. Sobre sus planes para ti.

Lucía tocó play y la voz de Borja llenó la habitación:

"Mi mujer está volviéndose un problema. Hace demasiadas preguntas, nota demasiadas inconsistencias. Y si Lucía no puede mantenerla bajo control, voy a tener que tomar medidas más permanentes."

Otra voz masculina respondía:

"¿Qué clase de medidas?"

"El mismo tipo de medidas que tomamos con las otras personas que saben demasiado. Esther tendrá un accidente. Un accidente muy trágico y muy convincente."

Esther sintió que las piernas se le doblaban.

—¿Cuándo grabaste eso?

—Dos días antes de que Borja muriera.

David se acercó.

—Lucía, ¿esa grabación es real?

—Sí. Es real.

—¿Puedo verificar la fecha y hora de esta grabación?

Lucía le entregó el teléfono.

—Por supuesto.

David revisó los metadatos del archivo.

—La grabación es auténtica. La fecha y hora coinciden con lo que Lucía dice.

Esther se derrumbó en una silla.

—Entonces Borja de verdad estaba planeando matarme.

—Sí…

—Y Lucía realmente me salvó la vida.

—Eso parece.

Lucía se acercó a Esther.

—Esther, cariño, ahora entiendes por qué hice lo que hice.

—Entiendo por qué mataste a Borja. Pero no entiendo por qué me mentiste. Por qué manipulaste a Miguel. Por qué espiaste mi vida durante años.

—Porque te amo. Y porque sabía que necesitabas protección, incluso de ti misma.

Esther alzó la vista hacia Lucía.

—Lucía, acabamos de establecer que Borja estaba planeando matarme. Eso no significa que yo necesitara protección "de mí misma".

—¿No? Esther, ¿no fuiste tú quien se quedó con Borja durante cinco años a pesar de todas las señales de advertencia? ¿No fuiste tú quien ignoró sus mentiras obvias y sus comportamientos sospechosos?

—Sí, pero...

—¿Y no fuiste tú quien, incluso después de su muerte, se sintió culpable por estar aliviada de que se hubiera ido?

—Sí, pero eso no significa...

—Esther, tú no tienes buenos instintos sobre los hombres. Necesitas a alguien que tome decisiones más sabias por ti.

—¿Enserio, no me ves capáz de tomar mis propias decisiones?

—Te veo como alguien que necesita protección de un mundo que la lastimaría.

—Esa no es la misma cosa.

—¿No lo es?

Esther se levantó de la silla.

—No, Lucía. No lo es. Una persona que amas de manera saludable es alguien cuyas decisiones respetas, incluso cuando no estás de acuerdo con ellas.

—¿Incluso cuando esas decisiones podrían matarla?

—Especialmente entonces.

Lucía la miró con incomprensión.

—Esther, no entiendo cómo puede ser amor permitir que alguien se lastime a sí misma.

—¿Y no entiendes cómo no puede ser amor controlar cada aspecto de la vida de alguien?

Lucía se quedó callada.

El viento afuera había alcanzado una intensidad que hacía vibrar las ventanas y miguel se acercó a mirar afuera.

—Esta segunda tormenta va a ser peor que la primera. Vamos a estar atrapados aquí durante días.

David miró hacia Lucía.

—Si no me tomáseis por loco, apostaría lo que fuese a que Lucía también sabía que vendria esta segunda tormenta…

Lucía alzó la vista con una sonrisa.

—Por supuesto que lo sabía.

Esther sintió un escalofrío de terror.

—¿Planeaste que acabásemos atrapados aquí juntos?

Lucía se dirigió hacia la ventana y miró hacia la tormenta que se intensificaba.

—Por supuesto. Necesitaba tiempo suficiente para llevar a cabo mi plan.

—¿Qué plan?

Lucía se volvió hacia el grupo.

—El plan en el que Miguel es culpado por el asesinato de Borja, David desaparece durante la tormenta, y Esther y yo finalmente podemos estar solas. Sin nadie que envenene la situación o influya en mi contra.

El silencio que siguió fue absoluto, excepto por el rugido del viento afuera.

Miguel fue el primero en hablar.

—¿Estás diciendo que todo esto forma parte de un plan para matarnos?

Lucía lo miró con desprecio y sonrió, pero no respondió.

—Lucía, ¿qué le pasó en realidad a Borja esa noche? No me engañas…, sé qué hubo algo más.

Lucía sonrió otra vez.

—¿Queréis la verdad completa? ¿Toda la verdad?

—Sí.

Lucía se dirigió hacia la chimenea y se quedó de pie frente al fuego, con las llamas proyectando sombras danzantes en su rostro.

—Borja no murió en un accidente de coche. Y no fue empujado por el acantilado mientras estaba vivo.

Esther sintió que el aire se le iba de los pulmones.

—¿Qué quieres decir?

Lucía se volvió hacia ella.

—Quiero decir que maté a Borja antes de poner su cuerpo en el coche. Y después empujé el coche por el acantilado para que pareciera un accidente.

—¿Cómo lo mataste?

Lucía sacó algo más de su bolsillo: un frasco pequeño de vidrio.

—Veneno. Rápido, indetectable después de un incendio de coche. Borja nunca supo lo que le pasó.

Miguel retrocedió.

—Lucía, ¿dónde lo mataste?

—Aquí. Junsto donde estamos parados ahora mismo.

Esther sintió el corazón en el cuello.

—¿Mataste a Borja en mi cocina?

—Lo atraje aquí diciéndole que tú habías descubierto evidencia de sus actividades criminales y que querías hacer un trato con él. Vino pensando que podría intimidarte para que mantuvieras silencio.

—¿Y en lugar de eso lo envenenaste?

—En lugar de eso lo liberé de la carga de seguir viviendo como un monstruo.

David se dirigió a Lucía.

—Lucía, después de matarlo, ¿qué hiciste exactamente?

Lucía parecía casi orgullosa mientras describía los detalles.

—Puse su cuerpo en el asiento del conductor de su coche. Conduje el coche hasta la curva. Usé el camión de Miguel —que había "pedido prestado" sin su conocimiento— para empujar el coche por el acantilado. Y después regresé aquí para limpiar cualquier evidencia.

—¿Y después llamaste a Miguel?

—Después esperé el tiempo apropiado y llamé a Miguel para decirle que había habido un accidente. Miguel vino, como predije que haría, y se convirtió en mi testigo perfecto de que yo había "descubierto" el cuerpo.

Esther miró hacia Miguel.

—¿Es así como lo recuerdas?

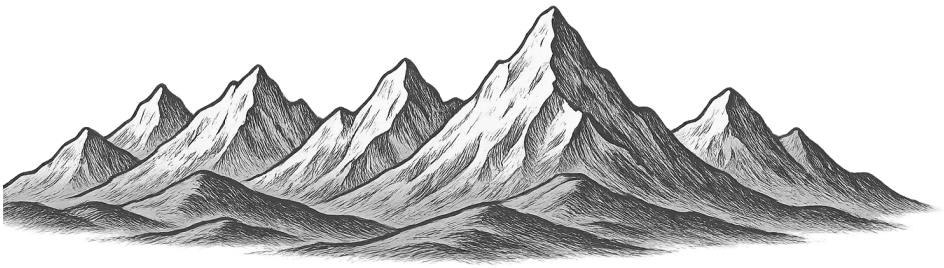
Miguel asintió con lentitud.

—Sí. Lucía me llamó histérica, diciéndome que había encontrado el coche de Borja destrozado. Fui a ayudar y... —se detuvo—. Lucía, estabas actuando esa noche…

—Por supuesto que estaba actuando.

—Pero actuaste con tanta convicción que yo en realidad pensé que estabas traumatizada.

Lucía se rió.



CAPÍTULO 11

Esther miró alrededor de la habitación, evaluando con rapidez las opciones. Lucía estaba de pie junto a la chimenea, Miguel cerca de la ventana, y David entre ella y la puerta principal.

—Lucía —dijo Esther—, ¿cómo planeas exactamente que Miguel y David "desaparezcan" durante la tormenta?

Lucía sonrió, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Las tormentas como estas son muy peligrosas, Esther. La gente se pierde en la nieve. Sufre hipotermia. Tiene accidentes fatales.

—¿Estás planeando forzarles a salir a la tormenta?

—Estoy planeando que tomen decisiones muy pobres sobre intentar caminar hasta el pueblo para "conseguir ayuda".

David habló.

—Lucía, si nos fuerzas a salir en esta tormenta, será asesinato.

—No, David. Será selección natural. Los hombres que no pueden dejar a Esther en paz eventualmente se eliminan a sí mismos.

Miguel se alejó de la ventana.

—Lucía, estás loca si piensas que vamos a salir de forma voluntaria a morir en esa tormenta.

Lucía sacó algo más de su chaqueta: una pistola pequeña.

—No vais a salir voluntariamente, Miguel. Vais a salir porque yo os lo voy a ordenar.

Esther sintió que su sangre se helaba.

—Lucía, ¿de dónde sacaste esa pistola?

—De la colección de tu marido. Él tenía varias armas ilegales como parte de sus actividades criminales.

David alzó las manos con lentitud.

—Lucía, piénsalo. Si nos matas, ¿cómo vas a explicar tres muertes?

Lucía lo miró como si la pregunta fuera simple.

—No voy a explicar nada. Porque oficialmente, vosotros nunca estuvisteis aquí. Miguel nunca llegó a la casa esta tarde. Y David nunca vino a investigar la muerte de Borja. Vuestros coches van a ser encontrados en el valle, destrozados por avalanchas. Los cuerpos serán encontrados días después, víctimas obvias de haberse perdido en la tormenta mientras tratábais de llegar al pueblo. Y si os lo preguntáis, ya borré todo rastro de comunicación entre cualquiera de vosotros. Según todos los registros oficiales, Esther Mendoza ha estado sola en su casa durante esta tormenta, afligida por la muerte de su esposo.

Miguel se removió inquieto.

—Lucía, incluso si matas a David y a mí, ¿en realidad crees que Esther va a estar contigo voluntariamente después de eso?

Lucía los miró como si fuera una pregunta ridícula.

—Esther no va a saber que los maté.

—¿Cómo no va a saber?

—Porque Esther va a tener un colapso nervioso muy comprensible después de la muerte de su esposo, intensificado por estar atrapada sola durante una tormenta histórica. Va a necesitar cuidado psiquiátrico intensivo.

Esther sintió un terror nuevo y más profundo.

—¿Qué quieres decir con cuidado psiquiátrico intensivo?

Lucía se acercó más a Esther, manteniendo la pistola apuntada hacia Miguel y David.

—Quiero decir que vas a ser internada en una institución privada muy discreta donde puedas recuperarte del trauma de los últimos meses.

Esther se dio cuenta del alcance completo del plan de Lucía.

—Lucía, ¿vas a hacerme internar por la fuerza?

—Voy a hacer que te internen para tu propio bien. Después de todo lo que has pasado, nadie cuestionará que necesitas ayuda profesional.

—¿Y después?

Lucía sonrió con esa expresión de ternura que ahora se veía siniestra.

—Después, cuando estés mejor, saldrás de la institución completamente dependiente de la única persona que nunca te abandonó durante tu crisis: yo.

Esther se esforzó en hablar con calma, aunque el miedo la carcomía por dentro.

—Lucía, ¿y si me niego a cooperar con tu plan?

—No podrás negarte, Esther. Para el momento en que llegue la

ambulancia, estarás en un estado que requerirá internamiento inmediato.

—¿Qué clase de estado?

Lucía sacó otro frasco pequeño de su bolsillo.

—Un estado de confusión extrema inducido químicamente. Vas a estar viendo cosas, diciendo cosas que no tienen sentido, completamente incapaz de cuidarte a ti misma. Incluso es posible que pierdas la memoria.

Esther sintió que el mundo se tambaleaba.

—¿Me vas a drogar?

—Solo voy a freirte un poquito la mente. Así será más fácil empezar de nuevo.

Miguel se alarmó más de lo que ya estaba.

—¿Estás diciendo que vas a envenenar a Esther como hiciste con Borja?

—No voy a envenenar a Esther. Solo voy a darle una dosis cuidadosamente calculada de un compuesto que provocará un colapso psicótico temporal.

—¿Dónde conseguiste ese compuesto?

—Internet es un lugar maravilloso para gente que sabe dónde buscar.

—Está bien, Lucía —dijo Esther para sorpresa de todos—. Acabemos con esto de una vez. Voy a ponértelo fácil… —tragó saliva —. Si realmente me amas, entonces haz una cosa por mí.

—¿El qué?

—Deja que Miguel y David se vayan. Deja que salgan de la casa y traten de llegar al pueblo por sí mismos.

—Esther, si los dejo ir, van a traer a la policía.

—Tal vez. O tal vez se perderán en la tormenta como tú predijiste.

—¿Y si no se pierden?

Esther miró a los ojos de Lucía.

—Entonces enfrentaremos las consecuencias juntas.

Lucía estudió el rostro de Esther.

—¿Juntas?

—Juntas.

Era una mentira, y Esther esperaba que Lucía no pudiera verlo. Pero era su única oportunidad de salvar las vidas de Miguel y David.

Lucía consideró la propuesta durante varios segundos que se sintieron como horas.

—¿Me prometes que no tratarás de escapar mientras ellos se van?

—Te prometo que me quedaré en la casa.

Lucía por fin bajó la pistola.

—Está bien. Miguel, David, tenéis cinco segundos para salir de aquí antes de que cambie de opinión.

Miguel y David no se movieron.

—Esther, no podemos dejarte sola con ella.

—Estaré bien.

—Esther, si nos vamos, te va a drogar e internar.

—Es mi decisión.

Esther miró hacia David y Miguel con una expresión que rápidamente supieron leer y, por un momento, fueron consciente de lo que Esther estaba intentando decirles.

—Está bien, Esther, haremos lo que dices.

David siguió su ejemplo.

Ambos hombres se dirigieron hacia la puerta, claramente renuentes a dejar a Esther sola con Lucía.

—Tenéis dos minutos para llegar a vuestros coches y salir de esta propiedad —les dijo apuntándoles con la pistola.

La puerta se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire helado y nieve. Miguel y David salieron a la tormenta, y Lucía cerró la puerta tras ellos, volviéndose hacia Esther con una sonrisa triunfante.

—Ya se fueron. Ahora podemos estar solas.

Esther asintió, sabiendo que su verdadera lucha por la supervivencia acababa de comenzar.

Porque ahora que Lucía la tenía completamente sola, Esther sabía que su amiga no tenía intención de mantener ninguna promesa que hubiera hecho.

Lucía se dirigió hacia las ventanas y cerró todas las cortinas, sumiendo la casa en una penumbra iluminada solo por el fuego de la chimenea.

—Por fin —murmuró, guardando la pistola, pero manteniendo la mano en el bolsillo donde la había puesto y Esther retrocedió despacio hacia la cocina, tratando de mantener distancia entre ella y Lucía, hasta que llegó al mostrador donde había dejado el cuchillo que había tomado de Lucía con anterioridad.

—Lucía, ¿qué vas a hacer ahora?

Lucía se acercó despacio, con una expresión de ternura que era más aterradora que cualquier amenaza abierta.

—Ahora vamos a hablar. Hablar de verdad. Sin que tengas que preocuparte por las expectativas de nadie más.

—¿Y si no quiero hablar?

Lucía inclinó la cabeza.

—Esther, cariño, no tienes otras opciones en este momento. Miguel y David están luchando por sus vidas en una tormenta mortal. No van a venir con ayuda. Solo somos tú y yo.

Esther puso su mano discretamente sobre el cuchillo.

—¿Cuánto tiempo planeas mantenerme aquí?

—El tiempo que sea necesario.

—¿Necesario para qué?

Lucía se sentó en una de las sillas de la cocina, como si fuera una conversación casual entre amigas.

—Para que entiendas que lo que tenemos es especial. Para que proceses todo lo que he hecho por ti durante los años. Para que te des cuenta de que nadie más te amará nunca como yo te amo.

Esther mantuvo su mano en el cuchillo, pero no lo levantó aún.

—Lucía, lo que tú llamas amor, yo lo llamo obsesión.

—¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia es que el amor respeta la autonomía de la otra persona. El amor no requiere control total.

—¿Pero y si yo no puedo ser feliz sin ti?

Esther sintió una punzada de algo que podría haber sido compasión, pero la reprimió de inmediato.

—Lucía, eso no es mi responsabilidad.

—¿No lo es?

—No. Tu felicidad es tu responsabilidad. No puedes hacer que otra persona sea responsable de tu bienestar emocional.

Lucía comenzó a llorar otra vez.

—Pero Esther, has sido lo único bueno en mi vida durante tanto tiempo.

—¿Y eso me convierte en tu propiedad?

—No, pero...

—Lucía, ¿has tenido alguna vez una relación romántica exitosa con alguien más?

Lucía se limpió las lágrimas.

—Nunca he querido una relación romántica con alguien más.

—¿Nunca? ¿En toda tu vida adulta?

—¿Para qué? Ya tenía lo que quería.

Esther se dio cuenta del alcance completo de la obsesión de Lucía.

—Lucía, ¿has vivido tu vida entera esperando que yo me enamorara de ti?

—He vivido mi vida entera amándote.

—¿Pero no has tenido otras relaciones, otros intereses, otras metas?

Lucía la miró como si la pregunta fuera ridícula.

—Esther, tú has sido mi meta.

—¡Lucía, eso no es saludable! ¡Una persona no puede ser la meta completa de la vida de alguien!

—¿Por qué no?

—¡Porque las personas son seres humanos complejos e independientes, no objetos que se pueden poseer!

Lucía se acercó más a Esther.

—Esther, no entiendo por qué piensas que quiero "poseerte". Solo

quiero estar contigo.

—¿Estar conmigo mientras me mantienes drogada en una institución psiquiátrica?

—Solo hasta que estés mejor.

—¡Lucía, no estoy enferma! ¡La persona enferma aquí eres tú!

Lucía retrocedió.

—Esther, no digas eso.

—¿Por qué no? ¡Es la verdad! Lucía, has cometido asesinato. Has manipulado mi vida durante décadas. Estás amenazando con drogarme y secuestrarme. ¡Eso no es comportamiento de persona mentalmente sana!

Lucía comenzó a caminar en círculos por la cocina.

—No estoy enferma. Solo... solo amo con intensidad.

—¡Lucía, el amor intenso no justifica el crimen!

—¿No? Esther, ¿qué habrías hecho si hubieras sabido que Borja estaba planeando matarte?

—¡Habría ido a la policía!

—¿Y si la policía no te hubiera creído?

—¡Habría encontrado otra solución!

—¿Como cuál?

Esther se dio cuenta de que Lucía la estaba dirigiendo hacia una trampa lógica.

—No lo sé. Pero algo habría hecho antes de matar a alguien.

Lucía se detuvo frente a Esther.

—Solo estoy tratando de protegerte.

—¡No me estás protegiendo! ¡Me estás controlando!

—¿Cuál es la diferencia?

Esther miró a Lucía, sintiéndose agotada por la futilidad de tratar de hacerla entender.

—Lucía, si no puedes ver la diferencia, entonces no hay esperanza para ti.

Lucía alzó la vista con brusquedad.

—¿Qué quieres decir con que no hay esperanza para mí?

Esther se dio cuenta de que había dicho algo peligroso.

—Quiero decir... quiero decir que necesitas ayuda profesional.

—¿Del mismo tipo de ayuda que tú vas a recibir en la institución?

—No, Lucía. Tú necesitas ayuda para entender que tu comportamiento es criminal y moralmente incorrecto.

Lucía se levantó otra vez, con expresión más determinada.

—Esther, creo que ya hemos hablado suficiente por hoy.

—¿Qué quieres decir?

Lucía sacó el frasco pequeño de su bolsillo.

—Quiero decir que es hora de que comiences tu tratamiento.

Esther agarró el cuchillo del mostrador.

—Lucía, no te acerques a mí.

Lucía miró el cuchillo y se rió.

—Esther, cariño, no vas a usar eso contra mí.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque no eres una persona violenta. A diferencia de mí.

Lucía sacó la pistola otra vez.

—Lucía, si me drogas, ¿cómo vas a explicar mi condición cuando

llegue la ambulancia?

—Simple. Vas a tener un colapso nervioso después de que dos intrusos irrumpieran en tu casa durante la tormenta y te amenazaran.

—¿Dos intrusos?

—Miguel y David. Que tristemente se perdieron en la tormenta antes de que pudiera llegar ayuda. ¿Has visto qué agilidad tengo para crear nuevos escenarios? Hasta yo me soprendo a veces.

Esther se dio cuenta de que Lucía tenía una respuesta para todo, que había planeado cada detalle.

—Lucía, ¿y si yo les digo a los médicos la verdad sobre lo que pasó?

—¿La verdad? Esther, para el momento en que los efectos de la droga pasen, vas a estar tan confundida que no vas a poder distinguir entre la realidad y las alucinaciones que vas a tener.

Esther necesitaba actuar ya, antes de que Lucía pudiera drogarla.

—Lucía, antes de que hagas esto, ¿puedes responder una pregunta con honestidad?

—¿Qué pregunta?

Esther alzó el cuchillo más alto.

—¿En serio crees que lo que estás haciendo es amor?

Lucía la miró con expresión de certeza absoluta.

—Esther, es la definición más pura del amor. Sacrificar todo por la felicidad de la persona que amas.

—¿Incluso su libertad?

—Especialmente su libertad, si esa libertad la va a destruir.

Y en esa respuesta, Esther supo que Lucía no iba a cambiar de

opinión, no iba a ver razón, no iba a detenerse de forma voluntaria.

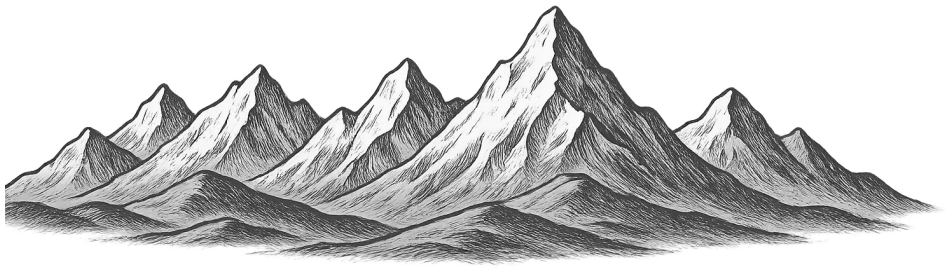
Si Esther iba a sobrevivir, iba a tener que luchar.

—Lucía, tengo que confesarte algo. Yo también he estado mintiendo durante esta conversación.

Lucía frunció el ceño.

—¿Sobre qué?

Esther sonrió sintiendo que tenía el control sobre la situación y, de pronto, la luz se apagó.



CAPÍTULO 12

La oscuridad se tragó la habitación, rota solo por el crepitar de la chimenea. Miguel se deslizó como una sombra tras Lucía, presionándole los hombros con fuerza mientras David le arrancaba el arma de la mano en un rápido movimiento. El metal cayó al suelo con un chasquido seco y Lucía chilló.

Miguel la inmovilizó con brutal precisión: de un solo giro, atrapó sus muñecas por detrás y las acercó a la espalda de la silla. David, sin vacilar, tensó una sábana hecha jirones alrededor de sus brazos, cruzándolas con nudos tan firmes que cada intento de liberarse le arrancaba espasmos de dolor.

Lucía luchó con fuerza: se retorcía en la silla, golpeaba la madera con los talones y disparaba miradas llenas de odio, pero David y Miguel actuaron como una sola unidad, cerrando cualquier resquicio de escape. Finalmente, ambas manos quedaron atadas con firmeza detrás de la silla, y la silla misma quedó anclada al suelo con otro nudo estratégico.

Los gritos de Lucía se ahogaron en un sollozo mientras David prendía de nuevo la luz.

—Ya está —susurró Miguel, limpiándose el sudor de la frente—. Se acabó.

Lucía alzó la vista con los ojos inyectados en sangre, y se dirigió a Esther.

—¡Los dejaste entrar de nuevo!

—No tuve que dejarlos entrar, Lucía. Nunca se fueron.

—¡Eso es imposible! ¡Los vi salir!

—Los viste salir por la puerta principal. No los viste llegar a sus coches. Entraron por la escalera de incendios que hay en mi dormitorio.

—¡VAN A ARRUINAR TODO!

—Ya está arruinado, Lucía. —respondió David—. ¿Ves esto? —Le mostró su teléfono móvil—. He grabado toda tu confesión.

—¿Y crees que eso me preocupa?

David se inclinó hacia ella sin soltar las ataduras:

—Lucía, ¿hay algo más que quieras decirnos?

Ella sonrió con malicia, desafiándolos incluso atada y se dirigió a Esther sabiendo que, lo que estaba a punto de decir, le haría daño.

—¿Quieres conocer el alcance completo de mi dedicación por ti, cariño? —Alzó el mentón, desafiante.

El crepitar del fuego llenó el silencio que siguió y, Esther, de pie junto a la puerta, sintió miedo.

—Sí —dijo Esther—. Quiero saber todo.

Lucía se dirigió al grupo, casi ansiosa por confesar.

—Borja no fue la primera persona que maté.

La habitación volvió a quedarse en silencio por unos segundos.

—¿Qué quieres decir? —susurró Esther.

Lucía la miró.

—¿Recuerdas a tu novio de la universidad? ¿Andrés?

Esther sintió que la sangre se le helaba.

—¿Qué pasó con Andrés?

—¿Recuerdas cómo murió? ¿El accidente de motocicleta?

—Lucía, no...

—No fue un accidente —sonrió.

Esther se tambaleó, buscando apoyo en el mostrador.

—¿Mataste… mataste a Andrés?

—Andrés te estaba alejando de mí. Hablásteis de mudaros juntos a Barcelona después de graduaros y no lo iba a permitir.

—¿Mataste a mi novio de la universidad?

Lucía asintió como si fuera la cosa más lógica del mundo.

—Saboteé los frenos de su motocicleta. Fue rápido, eficiente, e indetectable.

Esther se sintió morir.

—Lucía, yo amaba a Andrés.

—¡No, no lo amabas! ¡Creías que lo amabas, pero era solo una enamoramiento juvenil!

—¡ESTÁS COMPLETAMENTE LOCA!

Lucía continuó como si Esther no hubiera gritado.

—Y después estaba Roberto, el fotógrafo con el que saliste hace unos años.

Esther recordó a Roberto, que había desaparecido

repentinamente de su vida después de solo unas pocas semanas de citas.

—¿Qué le hiciste a Roberto?

—Lo chantajeé. Tenía algunas fotografías comprometedoras de una sesión privada que había hecho. Le dije que se las mostraría a su esposa si no te dejaba en paz.

—¿Roberto estaba casado?

—Por supuesto. ¿No te parecía extraño que solo pudiera verte ciertos días de la semana?

Esther se dio cuenta de que Lucía había estado saboteando sistemáticamente cualquier oportunidad que hubiera tenido de encontrar el amor.

—¿Quién más, Lucía? ¿A cuántos otros hombres les hiciste daño?

Lucía pensó por un momento.

—Hubo otros a lo largo de los años. Algunos solo requirieron intimidación verbal. Otros necesitaron métodos más... creativos.

David se acercó más.

—Lucía, ¿estás admitiendo múltiples asesinatos?

Lucía lo miró con irritación.

—Estoy admitiendo múltiples actos de protección hacia la persona que amo.

—¿Cuántos asesinatos, Lucía?

Lucía contó mentalmente.

—Andrés, Borja... y hubo un profesor cuando Esther estaba considerando volver a la universidad para estudiar un posgrado.

Esther se sintió enferma.

—¿Mataste al profesor Hernández?

—Su muerte por ataque cardíaco fue muy conveniente para todos. Esther canceló sus planes de posgrado y se quedó aquí conmigo.

Miguel retrocedió.

—Lucía, eres una asesina en serie.

Lucía se volvió hacia él con furia.

—¡Soy una protectora! ¡Todo lo que he hecho ha sido para mantener a Esther segura de hombres que la habrían explotado o abandonado!

—¡Lucía! —gritó Esther—. ¡Has arruinado mi vida!

Lucía se volvió hacia Esther con expresión herida.

—No cariño. No te equivoques. ¡He salvado tu vida entera!

—¡Has matado al único hombre que podría haberme amado de verdad!

—¡Ninguno de ellos te amaba como crees! ¡Ninguno como yo!

Tras un pequeño silencio en el que todos trataron de procesar lo que acababan de escuchar, Lucía volvió a hablar.

—Esther, ¿me odias?

Esther miró a la mujer que había sido su mejor amiga durante veinte años, la mujer que había asesinado a múltiples personas en nombre de "protegerla", la mujer que había controlado cada aspecto de su vida adulta.

—No te odio, Lucía. Te compadezco.

—¿Me compadeces?

—Te compadezco porque has desperdiciado tu vida entera obsesionada con alguien que nunca podría corresponder tus sentimientos de la manera que querías.

Lucía se derrumbó.

—¿Y ahora qué?

Esther miró hacia Miguel y David.

—Ahora llamamos a la policía.

—Pero…, no hay líneas telefónicas. La tormenta las derribó.

Esther se dirigió hacia la ventana y apartó la cortina.

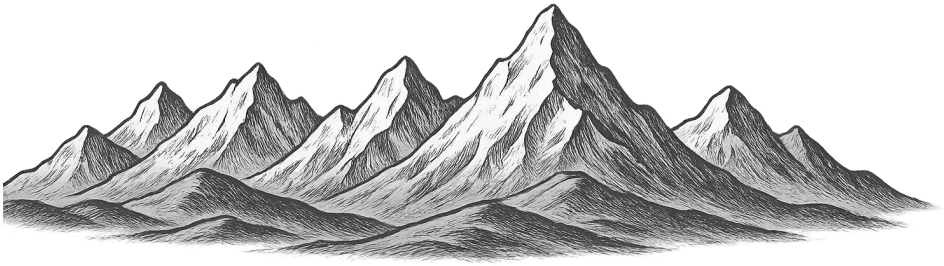
—¿Cuánto tiempo tendremos que estar aquí?

Miguel examinó la intensidad de la nieve.

—Probablemente hasta mañana por la mañana, como mínimo.

Esther se volvió hacia Lucía.

—Alguien va a pasar la noche en el estudio. Con la puerta cerrada y la llave echada desde afuera.



CAPÍTULO 13

Esther cerró la puerta como había anunciado y se apoyó contra ella, sintiendo el peso completo de las últimas horas cayendo sobre su cabeza como una avalancha. Sus piernas temblaron y se deslizó hasta el suelo, con la espalda contra la puerta.

—Esther, ¿estás bien? —Miguel se acercó y se arrodilló a su lado.

—No. No estoy nada bien.

David se sentó en el sofá frente a ella.

—Es comprensible. No todos los días se descubre que tu mejor amiga ha estado controlando tu vida durante décadas y ha cometido múltiples asesinatos.

Esther se cubrió la cara con las manos.

—No es solo eso. Es que... todo lo que creía sobre mi propia vida era mentira.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Miguel.

Esther alzó la vista, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Cada decisión que tomé, cada relación que tuve, cada oportunidad que perdí... nada de eso fue realmente mío. Todo fue manipulado por Lucía.

Se levantó del suelo y comenzó a caminar por la sala.

—¿Sabéis lo que es descubrir que no tienes idea de quién eres en realidad porque nunca has tenido la oportunidad de tomar decisiones libremente?

David asintió.

—Debe ser devastador.

—Es más que devastador. Es... es como descubrir que nunca has existido. Que has sido solo una marioneta en la fantasía de alguien más.

Esther se detuvo frente a la chimenea, mirando las llamas.

—Andrés. El primer hombre del que me enamoré. Lucía lo mató, y yo pasé años llorando su muerte, pensando que había sido un accidente de trágico.

—Esther...

—Y Roberto. Pensé que me había abandonado porque no era suficiente para él y resulta que estaba siendo chantajeado.

Miguel se acercó.

—Esther, nada de eso fue tu culpa.

—¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo puede una persona estar tan ciega a lo que pasa en su propia vida?

—Porque Lucía era experta en manipulación. Había perfeccionado sus técnicas durante años.

Esther se volvió hacia David.

—Tú eres detective. ¿Cómo es posible que Lucía haya cometido tantos crímenes sin ser detectada?

David consideró la pregunta con cuidado.

—Lucía es extremadamente inteligente y paciente. Espació sus crímenes a lo largo de años, usó métodos diferentes cada vez, y siempre tuvo coartadas creíbles porque nadie sospechaba que tuviera motivos.

—¿Pero múltiples asesinatos? ¿Cómo no detectaron un patrón?

—Porque el patrón solo es obvio cuando conoces la conexión: tú. Para cualquier investigador externo, un accidente de motocicleta, un ataque cardíaco, y un accidente de coche no parecerían relacionados.

Esther se sintió mareada otra vez.

—Entonces es mi culpa. Si yo no hubiera existido, esas personas estarían vivas.

Miguel se levantó con decisión.

—Esther, no. Eso no es cierto. Las acciones de Lucía son responsabilidad de Lucía, no tuya.

—¿Pero cómo puedo vivir sabiendo que tres personas murieron porque Lucía estaba obsesionada conmigo?

David intervino.

—Las víctimas de acoso no son responsables por las acciones de sus acosadores obsesivos. Lucía eligió cometer esos crímenes. Tú no la obligaste, no la inspiraste, no le diste permiso.

Se sentó desanimada en una silla.

—Pero había señales, ¿verdad? Debe haber habido señales que ignoré.

Miguel y David intercambiaron miradas.

—Esther, ¿de verdad quieres analizar eso ahora? —preguntó Miguel con tono suave.

—Sí. Necesito entender cómo fui tan ingenua.

David se inclinó hacia adelante.

—Está bien. Pensando retrospectivamente, ¿había comportamientos de Lucía que te parecían extraños?

Esther se concentró.

—Siempre sabía cosas sobre mi vida que no recordaba haberle contado. Pero pensaba que era porque éramos muy cercanas.

—¿Qué más?

—Aparecía en momentos perfectos. Cuando estaba triste, cuando tenía problemas con Borja, cuando necesitaba apoyo. Pensaba que era porque me conocía muy bien.

—¿Y?

Esther frunció el ceño.

—Nunca tenía otras relaciones serias. Cuando le preguntaba sobre eso, siempre decía que no había encontrado a la persona correcta. Pero ahora...

—Ahora sabes que había encontrado a la persona correcta. Eras tú.

Esther se sintió mal otra vez.

—¿Cómo no me di cuenta de que estaba enamorada de mí?

Miguel se sentó en el brazo de la silla de Esther.

—Esther, mucha gente tiene amigos que los aman profundamente. Eso es normal. Lo que no es normal es cómo Lucía expresó ese amor.

—¿Pero había señales de que era amor romántico en lugar de amistad?

Esther trató de recordar interacciones específicas con Lucía a lo

largo de los años.

—A veces sus abrazos duraban un poco más de lo que esperaba. Y había momentos en que la encontraba mirándome de una forma... intensa.

—¿Qué hacías cuando notabas esas cosas?

—Las ignoraba. Asumía que estaba imaginando cosas o malinterpretando amistad normal.

David asintió.

—La mayoría de las personas no esperan que sus mejores amigos estén secretamente obsesionados con ellos.

Esther se levantó y comenzó a caminar otra vez.

—¿Pero debería haber sabido que algo estaba mal cuando todos mis novios desaparecían o morían de formas extrañas?

—¿Cuánto tiempo pasó entre Andrés y Roberto?

—Años. Andrés murió cuando yo tenía veintitrés. Roberto fue cuando tenía veintiocho.

—¿Y hubo otros hombres en el medio?

—Algunos. Pero nunca prosperaron. Siempre había algo que salía mal.

Miguel se acercó.

—¿Como qué?

Esther se concentró en sus recuerdos.

—Había un profesor en un curso de fotografía que parecía interesado en mí. Pero después de algunas semanas, comenzó a actuar distante y frío.

—¿Lucía conocía a ese profesor?

—Ella me había acompañado a una de las clases. Dijo que quería

conocer mi nuevo "hobby".

David tomó notas mentales.

—¿Qué más?

—Había un compañero de trabajo que me invitó a salir varias veces. Pero después Lucía me contó que había oído rumores de que tenía antecedentes de violencia doméstica.

—¿Verificaste esos rumores?

Esther se sonrojó.

—No. Confié en Lucía. Siempre confiaba en Lucía.

—¿Y ahora sospechas que Lucía inventó esos rumores?

—Ahora sospecho que Lucía inventó muchas cosas.

Esther se detuvo en el centro de la habitación.

—Oh Dios. Mi familia. Lucía confesó que le había dicho a mi familia que necesitaba "espacio" para trabajar en mi matrimonio. Por eso las llamadas se volvieron menos frecuentes.

Miguel y David se miraron.

—Esther, ¿alguna vez hablaste con tu familia sobre eso?

—No... Simplemente creí que se habían cansado de mí.

—¿Lucía hablaba con tu familia regularmente?

Esther sintió una nueva oleada de horror.

—Tenía los números de teléfono de todos. Decía que era en caso de emergencias.

—Ahora ya sabemos que Lucía también ha estado interceptando comunicaciones con ellos.

Esther se sentó abruptamente y David se acercó.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste directamente con tus

padres?

Esther trató de recordar.

—Hace... hace meses…

Miguel puso una mano en el hombro de Esther.

—Necesitas llamar a tus padres tan pronto como sea posible.

Esther comenzó a llorar.

—No sé cómo explicar algo así. ¿Cómo les digo que he descubierto que mi mejor amiga ha estado manipulando nuestras comunicaciones durante años?

David se sentó frente a Esther.

—Vayamos por partes. Primero necesitamos salir de aquí y contactar a las autoridades. Después te ayudaremos a reconectar con tu familia.

—¿Y Lucía?

—Lucía va a ser arrestada por múltiples asesinatos. Va a pasar el resto de su vida en prisión.

Esther miró hacia la puerta cerrada del estudio.

—¿Creeis que entiende la gravedad de lo que ha hecho?

Miguel consideró la pregunta.

—Si soy honesto, no. Creo que Lucía cree que todo lo que hizo fue por amor.

—¿Y eso la hace más peligrosa o menos peligrosa?

—Más peligrosa —respondió David—. Personas que cometen crímenes y saben que están mal a menudo pueden ser rehabilitadas. Personas que cometen crímenes y creen que están bien son mucho más difíciles de tratar.

El sonido de Lucía golpeando la puerta del estudio interrumpió su

conversación.

—¡Esther! —gritó Lucía desde el interior—. ¡Necesito hablar contigo!

Esther miró hacia la puerta pero no se movió.

—¡Esther, por favor! ¡Solo quiero explicarte algunas cosas más!

Miguel se acercó a Esther.

—No tienes que hablar con ella.

—¿Pero y si hay cosas importantes que necesito saber?

David se levantó.

—Lucía ha mentido sobre todo durante años. No hay nada que pueda decirte ahora que sea confiable.

—¡ESTHER! —Lucía gritó más fuerte—. ¡SÉ QUE PUEDES OÍRME!

Esther se cubrió los oídos.

—No puedo lidiar con esto ahora mismo.

Miguel se acercó a la puerta del estudio.

—Lucía, Esther no quiere hablar contigo ahora.

—¡Miguel, tú no entiendes la situación completa! ¡Hay cosas sobre Esther que ella no sabe!

Esther alzó la vista.

—¿Qué cosas?

David puso una mano en su brazo.

—Esther, no escuches. Es solo otra manipulación.

—¡ESTHER! —Lucía gritó otra vez—. ¡HAY COSAS SOBRE TUS PADRES! ¡COSAS QUE NECESITAS SABER!

Esther se levantó rápidamente.

—¿Qué cosas sobre mis padres?

Miguel bloqueo el camino hacia la puerta del estudio.

—Esther, no vayas ahí.

—¿Pero y si hay algo sobre mis padres que necesito saber?

—¡ESTHER! —Lucía continuó gritando—. ¡TUS PADRES ME LLAMARON PARA SABER DE TI! LES DIJE QUE ESTABAS BIEN, PERO QUE SEGUÍAS SIN QUERER HABLAR CON NADIE. ¡NUNCA LES DIJE QUE BORJA MURIÓ!

Esther se quedó helada.

—¿Qué?

—¡LES DIJE QUE OS FUISTEIS DE VACACIONES PARA SALVAR VUESTRO MATRIMONIO!

Esther sintió que el mundo se desplomaba otra vez.

—¡NO PODÍA CONTÁRSELO, ENTIÉNDELO! ¡HABRÍAN VENIDO INMEDIATAMENTE Y HABRÍAN ARRUINADO TODO!

Esther se dirigió hacia la puerta del estudio, pero Miguel la detuvo.

—Esther, espera.

—¿Mis padres han estado esperando durante cinco meses una llamada mía desde mis "vacaciones"?

—¡ESTHER, PODEMOS ARREGLAR ESO! ¡PODEMOS LLAMARLES JUNTAS Y EXPLICARLES TODA LA SITUACIÓN!

David se acercó.

—Esther, no abras esa puerta. Llamaremos a tus padres tan pronto como salgamos de aquí. No necesitas a Lucía para esa conversación.

Esther se apoyó contra la pared, sintiéndose abrumada.

—¿Hay algo en mi vida que Lucía no haya manipulado?

Los gritos de Lucía continuaron desde el estudio, pero Esther ya no la estaba escuchando. Estaba perdida en la revelación de que incluso el duelo por su esposo había sido controlado por Lucía.

—Mis padres piensan que estoy en unas vacaciones románticas con el hombre que está muerto… —sollozó.

—Eso parece —dijo Miguel.

—¿Cuando regrese a casa después de que la arrestaren, voy a tener que explicarles que mi mejor amiga mató a mi esposo, manipuló mi vida durante décadas, y les mintió?

—Sí.

Esther se deslizó por la pared hasta sentarse en el suelo otra vez.

—No sé si puedo manejar todo esto.

Miguel se sentó junto a ella.

—No tienes que manejarlo todo de una vez. Sin la interferencia de Lucía, sin las manipulaciones, sin el control. Vas a tener completa libertad para ser quien quieras ser.

Esther miró hacia la puerta del estudio, donde Lucía había dejado de gritar y ahora estaba llorando a pleno pulmón.

—Esther, vas a estar procesando el daño durante mucho tiempo, pero ahora, tienes la oportunidad de sanar de verdad.

Esther asintió, limpiándose las lágrimas.

—¿Sabéis qué es lo más extraño de todo esto?

—¿Qué?

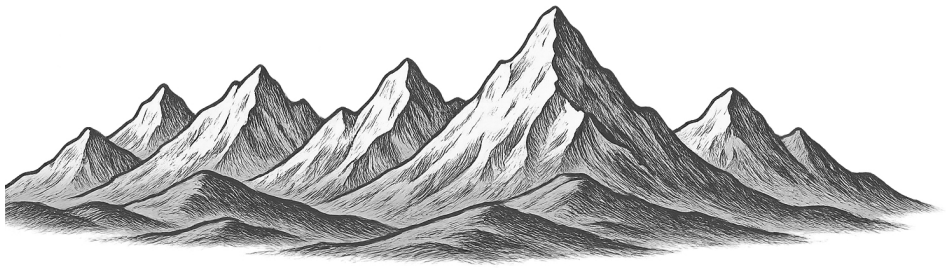
Esther miró hacia la chimenea, donde las llamas seguían danzando.

—Durante cinco meses, pensé que había sido liberada por la

muerte de mi marido, pero resulta que nunca estuve cautiva de Borja. Estaba cautiva de Lucía.

Esther se levantó del suelo, sintiendo una extraña determinación que venía desde muy adentro.

—Mañana —dijo Esther—, cuando salgamos de aquí, comenzaré a vivir mi nueva vida.



CAPÍTULO 14

La noche parecía infinita.

Esther había tratado de dormir en el sofá de la sala, pero cada sonido de la casa la despertaba: el crujir de las vigas bajo el peso de la nieve, el silbido del viento por las ventanas, y especialmente los ocasionales sollozos apagados que venían del estudio donde Lucía permanecía encerrada.

Miguel había tomado el primer turno de vigilancia, sentado en una silla cerca de la puerta del estudio con la pistola de Lucía en su regazo. David dormitaba en el sillón, despertándose cada vez que Esther se movía inquieta.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando Lucía rompió el silencio, pero nadie le hizo caso.

El amanecer llegó lentamente, filtrándose a través de las nubes dispersas que quedaban de la tormenta. Esther había permanecido despierta toda la noche, alternando entre periodos de silencio reflexivo y conversaciones susurradas con Miguel y David sobre lo que vendría después.

Lucía había dejado de hablar alrededor de las cinco de la madrugada, y desde entonces solo se oían ocasionales sollozos apagados desde el estudio.

A las siete y media, el sonido de motores luchando contra la nieve anunció la llegada de la ayuda. Esther se acercó a la ventana y vio dos vehículos todoterreno de la Guardia Civil abriéndose camino por el sendero casi intransitable.

—Ya llegaron —anunció Esther, sintiendo alivio. Pudieron llamar en un momento en el que les llegó algo de cobertura.

David se acercó a la puerta principal mientras Miguel mantenía su vigilancia junto al estudio.

—Esther, ¿estás lista para esto?

Esther se alisó el cabello y se enderezó los hombros.

—No. Pero necesito estarlo.

Los guardias civiles llegaron a la puerta principal: cuatro hombres en uniformes pesados de invierno, liderados por un sargento de mediana edad con expresión seria pero amable.

—¿Señora Mendoza? Soy el Sargento Ruiz. Recibimos una llamada sobre una situación de rehenes aquí.

David se adelantó.

—Soy David Herrera, detective privado. La situación está controlada, pero tenemos a una sospechosa de múltiples asesinatos encerrada en una habitación.

El sargento miró alrededor de la habitación, evaluando la situación con rapidez.

—¿Alguien necesita atención médica inmediata?

—No —respondió Esther—. Pero Sargento, la situación es... compleja.

—¿Compleja cómo?

Miguel se acercó al grupo.

—La sospechosa ha confesado el asesinato de al menos tres personas, incluyendo el esposo de la señora Mendoza. También ha admitido múltiples casos de acoso, manipulación y intento de secuestro.

El sargento frunció el ceño.

—¿La sospechosa está armada?

—Ya no —respondió David, entregando la pistola de Lucía—. Fue desarmada anoche.

—¿Y está cooperando?

Esther miró hacia la puerta del estudio.

—Está... emocionalmente inestable. Pero no ha intentado escapar.

Otro de los guardias se acercó.

—Señora, ¿necesita que vea un médico? ¿Ha sido lastimada físicamente?

—No físicamente. Pero... —Esther vaciló—. Voy a necesitar hablar con alguien sobre abuso psicológico a largo plazo.

El sargento asintió comprendiendo la situación.

—Tenemos especialistas que pueden ayudar con eso. Por ahora, necesitamos asegurar a la sospechosa y después tomar declaraciones de todos ustedes.

Se dirigió hacia la puerta del estudio.

—¿Lucía Vega? Soy el Sargento Ruiz de la Guardia Civil. Vamos a abrir, salga con las manos visibles.

Silencio desde el interior.

—Señora Vega, sabemos que está ahí. Haga lo que le hemos

pedido.

La voz de Lucía llegó débil:

—¿Está Esther ahí?

El sargento miró hacia Esther, quien asintió.

—La señora Mendoza está presente.

—¿Esther? ¿Vas a estar bien?

Esther se acercó a la puerta.

—Lucía, se acabó.

—¿Me vas a visitar en prisión?

Esther cerró los ojos, sintiendo una mezcla de dolor y liberación.

—No, Lucía. No lo voy a hacer.

El silencio que siguió fue largo y pesado.

Al fin, el sargento giró la llave en la cerradura. La puerta se abrió lentamente, revelando a Lucía: desaliñada, con los ojos hinchados por el llanto, pero serena.

—Buenos días, Sargento —dijo Lucía con una dignidad extraña—. Estoy lista para ir con ustedes.

Dos guardias se acercaron con esposas, pero Lucía alzó las manos de forma voluntaria.

—No es necesario que sean bruscos. No me voy a resistir.

Mientras le ponían las esposas, Lucía miró directamente a Esther.

—Esther, quiero que sepas que no me arrepiento de haberte protegido. Me arrepiento de que hayas resultado herida por mis métodos, pero no me arrepiento de haberte amado.

Esther sintió lágrimas picándole en los ojos, pero su voz fue firme.

—Lucía, espero que algún día entiendas la diferencia entre amor y obsesión.

Lucía sonrió con tristeza.

—Y yo espero que algún día entiendas por qué lo hice.

Los guardias comenzaron a escoltarla hacia la puerta, pero Lucía se detuvo para volverse una vez más.

—Esther, cuando descubras quién eres sin mí, espero que seas feliz.

—Lucía —dijo Esther—, lejos de ti ya seré feliz.

Lucía asintió lentamente y permitió que los guardias la llevaran afuera hacia uno de los vehículos.

Esther se quedó en la entrada, viendo cómo su mejor amiga era puesta en el asiento trasero de un coche policial. No sentía satisfacción, ni venganza. Solo sentía una tristeza profunda por todas las vidas que habían sido destruidas por la incapacidad de Lucía de distinguir entre amor y control.

El Sargento Ruiz se acercó a Esther.

—Señora Mendoza, necesitamos que venga con nosotros para dar su declaración formal. También tendremos que examinar la casa como escena del crimen.

Esther asintió.

—¿Cuánto tiempo tomará todo esto?

—Las declaraciones iniciales, probablemente todo el día. La investigación completa podría tomar semanas. ¿Tiene algún lugar donde quedarse mientras tanto?

Esther se dio cuenta de que no había pensado en los aspectos prácticos de su nueva libertad.

—Yo... no estoy segura.

Miguel se acercó.

—Esther, puedes quedarte conmigo y mi familia el tiempo que necesites.

—¿En serio?

—Por supuesto. Mis padres y mi hermana María estarán encantados de conocerte, y tenemos una habitación de huéspedes.

David también se ofreció.

—O si prefieres algo más neutral, puedo ayudarte a encontrar un hotel o apartamento temporal.

Esther miró alternativamente hacia Miguel y David, sintiéndose abrumada por la gentileza.

—Miguel, ¿puedo preguntarte algo con honestidad?

—Por supuesto.

—¿Por qué quieres ayudarme? Quiero decir, sé que Lucía manipuló tu comportamiento esa noche hace un mes, pero antes de eso, ¿cuáles eran tus sentimientos hacia mí?

Miguel se sonrojó con ligereza.

—Honestamente, Esther, me gustabas. Pensé que eras atractiva e interesante. Pero después de todo lo que ha pasado, solo quiero ayudarte como vecino y como ser humano que ha pasado por algo traumático.

Esther apreciaba su sinceridad.

—¿No hay motivos ocultos? ¿No esperas que me enamore de ti por gratitud?

Miguel se rió.

—Esther, después de ver lo que la obsesión puede hacer, lo último que quiero es presionarte hacia algún tipo de relación. Solo quiero ayudarte a tener un espacio seguro mientras descubres qué hacer

con tu vida.

Esther sintió algo que no había experimentado en años: la capacidad de confiar en sus propios instintos sobre las intenciones de alguien.

—Miguel, me encantaría quedarme contigo. Gracias.

David sonrió justo cuando el Sargento Ruiz interrumpió.

—Señora Mendoza, ¿está lista para venir con nosotros?

Esther miró una vez más alrededor de la casa donde había vivido con Borja, donde había sido visitada por Lucía cientos de veces, donde había descubierto la verdad sobre su vida manejada.

—Sí —dijo—. Estoy lista.

Mientras caminaba hacia el coche de la Guardia Civil, Esther se dio cuenta de que estaba tomando por fin las riedas de su vida.

El vehículo se alejó de la casa, llevándola hacia el pueblo, hacia las declaraciones oficiales, hacia el comienzo del proceso legal que pondría a Lucía en prisión.

Pero más importante, la llevaba hacia el primer día del resto de su vida real.

En el asiento trasero del coche policial, Esther encendió su teléfono móvil por primera vez en horas. Tenía múltiples mensajes perdidos, pero ignoró todos excepto uno: necesitaba hacer una llamada que había estado posponiendo durante meses.

Marcó el número de sus padres en Argentina.

—¿Mamá? —dijo cuando contestaron—. Soy Esther. Sé que Lucía te dijo que Borja y yo estábamos de vacaciones, pero necesito contarte lo que ha estado pasando.

Esther le contó la verdad completa sobre su vida, sin filtros, sin manipulación, sin que alguien más controlara la narrativa.

Era aterrador y liberador a la vez.

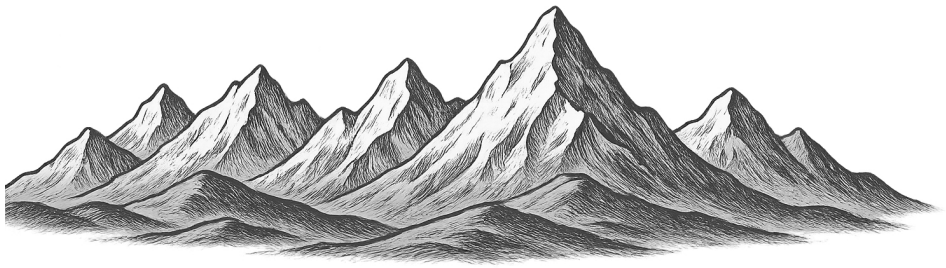
Era perfectamente propio.

Mientras el pueblo de Aguaverde aparecía ante ellos, Esther miró hacia atrás una vez más hacia la casa en las montañas. Lucía ya no estaba ahí. Borja nunca regresaría ahí. Y Esther, por una vez, tenía la libertad de decidir si alguna vez regresaría ahí también.

La respuesta, se dio cuenta, era no.

Esa casa pertenecía a una vida que nunca había sido suya.

Su nueva vida estaba esperándola en algún otro lugar y esta vez iba a ser ella quien decidiera exactamente dónde sería.



CAPÍTULO 15

Tres semanas después

Esther se despertó en la habitación de huéspedes de la casa de Miguel sin el nudo de ansiedad en el estómago que había sido su compañero constante durante décadas. Era la primera vez en su memoria adulta que se despertaba sintiendo... nada particular. Ni miedo, ni la sensación urgente de que había algo que debería estar haciendo para evitar disgustar a alguien.

Solo silencio interno.

Se levantó y se dirigió a la cocina, donde María, la hermana de Miguel, ya estaba preparando café.

—Buenos días, Esther. ¿Cómo dormiste?

—Bien. Muy bien. —Esther se sirvió una taza de café—. María, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Es normal sentirse... vacía cuando dejas una situación abusiva?

María, que trabajaba como trabajadora social, asintió con comprensión.

—Es normal. Durante años, tu energía emocional ha estado dirigida por las manipulaciones de Lucía. Ahora que ya no tienes que hacer eso, es natural sentir un vacío donde solía estar toda esa ansiedad.

—¿Cuánto tiempo dura esa sensación?

—Varía. Pero Esther, el vacío es bueno. Significa que tienes espacio para descubrir qué quieres llenar ese espacio con tus propias elecciones.

Esther asintió, tomando un sorbo de café. En las tres semanas desde el arresto de Lucía, había tenido múltiples conversaciones como esta: conversaciones sobre trauma, sobre sanación, sobre la extraña experiencia de tener libertad completa por primera vez.

El teléfono sonó, interrumpiendo sus pensamientos. Miguel contestó desde la sala.

—Esther, es David. Dice que tiene noticias sobre el caso.

Esther tomó el teléfono.

—Hola, David.

—Esther, ¿cómo estás hoy?

—Mejor. Diferente cada día, pero mejor. ¿Qué noticias tienes?

—Lucía se ha declarado culpable de todos los cargos. No habrá juicio.

Esther sintió alivio y decepción a la vez.

—¿Eso es bueno o malo?

—Probablemente bueno. Significa que no tendrás que testificar. Lucía será sentenciada a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional.

—¿Cómo se está manejando con las emociones?

David vaciló.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Según su abogada, Lucía mantiene que todo lo que hizo fue por amor. No muestra remordimiento. Está más preocupada por si tú estás "bien" sin ella que por las personas que asesinó.

Esther no se sorprendió.

—¿Ha preguntado por mí?

—A todas horas, pero su abogada me ha pedido que te transmita algo: Lucía ha solicitado formalmente que no intentes visitarla o contactarla.

Esther frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Dice que si te ama, tiene que "dejarte ir" para que puedas sanar. Aparentemente, su psiquiatra carcelario le ha ayudado a entender eso.

Esther sintió una mezcla compleja de emociones.

—¿Crees que es manipulación o crecimiento?

—Honestamente, no lo sé. Pero, para efectos prácticos, no importa. Lo importante es que estás libre para seguir adelante sin la presión de sentir que tienes que "perdonar" a Lucía o mantener algún tipo de contacto.

—Tienes razón.

—¿Cómo van las cosas con tu familia?

Esther sonrió como si pudiera verla.

—Mejor de lo que esperaba. Mis padres vuelan desde Argentina el

próximo mes.

—¿Cómo reaccionaron cuando les explicaste todo?

—Al principio en shock, después furia hacia Lucía, después... alivio de que estuviera viva y segura. Mi madre lloró durante una hora al teléfono.

—¿Y tu hermana?

—Carmen está furiosa de que Lucía interceptara sus llamadas durante años. Pero también está emocionada de reconectar. Me envió fotos de sus hijos que nunca había visto.

Esther hizo una pausa.

—David, ¿sabes qué es lo más extraño?

—¿Qué?

—Descubrir que mi familia nunca dejó de amarme. Durante mucho tiempo pensé que se habían distanciado porque yo no era interesante o porque mi matrimonio con Borja los incomodaba.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—Aliviada. Y también triste por todos los años perdidos. Pero principalmente aliviada.

Después de colgar con David, Esther se dirigió al pequeño estudio que María había improvisado para ella en el sótano. Había comprado una cámara nueva —su primera compra importante con su propio dinero en años— y había comenzado a experimentar con fotografía otra vez.

Las imágenes que estaba capturando eran diferentes de cualquier cosa que hubiera hecho antes: más íntimas, más frescas, más realistas. Retratos de María trabajando en el jardín. Miguel reparando un motor. Sus propias manos sosteniendo objetos cotidianos con una intensidad nueva, como si estuviera viendo todo por primera vez.

Porque en muchos sentidos, lo estaba haciendo.

Sonó el timbre de la puerta. Esther oyó voces desde arriba: Miguel hablando con alguien, después pasos bajando las escaleras.

—Esther, tienes una visita.

Esther alzó la vista para ver a una mujer de unos sesenta años, elegantemente vestida, con ojos pequeños, pero determinados.

—¿Esther Mendoza? Soy Isabel Herrera. Soy la madre de Tomás.

Esther se quedó confundida por un momento antes de recordar: Tomás, el hermano de Borja que había contratado a David para investigar la muerte.

—Oh. Señora Herrera. ¿Cómo... cómo puedo ayudarla?

Isabel se sentó en la silla que Esther le ofreció.

—Primero, quiero disculparme.

—¿Disculparse por qué?

—Por mi hijo Borja. Por lo que te hizo durante tu matrimonio.

Esther se sintió incómoda.

—Señora Herrera, usted no es responsable por las acciones de Borja.

—Tal vez no. Pero sabía que Borja tenía problemas. Sabía que era controlador, que tenía tendencias manipulativas. Y cuando me enteré de que se había casado, debería haber... debería haber hecho algo.

—¿Como qué?

Isabel suspiró.

—No lo sé. Advertirte, tal vez. O al menos intentar conocerte mejor para asegurarme de que estuvieras bien.

Esther estudió el rostro de la mujer mayor.

—¿Por qué viene a decirme esto ahora?

—Porque Tomás me contó lo que pasó. Lo que Lucía hizo, pero también lo que Borja estaba planeando hacerte. Y me di cuenta de que durante cinco años, mientras Borja te estaba maltratando psicológicamente, yo elegí no involucrarme.

—Señora Herrera, muchas familias evitan involucrarse en los matrimonios de sus parientes.

—Sí, pero yo sabía que Borja era capaz de ser cruel. Lo había visto de niño, la forma en que trataba a animales más pequeños, la forma en que mentía sin remordimiento. Y elegí hacer la vista gorda.

Esther se sintió conmovida por la honestidad brutal de Isabel.

—¿Qué me está pidiendo?

—No te estoy pidiendo nada. Solo quería que supieras que lamento no haber sido la suegra que merecías. Y quería preguntarte si hay algo que pueda hacer ahora para ayudarte.

Esther consideró la pregunta.

—¿Puede contarme sobre Borja cuando era joven? No las cosas malas necesariamente, pero... ¿quién era él antes de convertirse en la persona que conocí?

Isabel sonrió con tristeza.

—Borja era muy inteligente. Demasiado inteligente para su propio bien, tal vez. Y era encantador cuando quería algo. Pero incluso de niño, tenía esta necesidad de controlar las situaciones, de ser la persona más importante en la habitación.

—¿Hubo algún evento que lo cambió?

—Su padre nos abandonó cuando Borja tenía ocho años. Creo que Borja decidió que nunca más sería vulnerable a ser abandonado. Así que se volvió la persona que abandona primero, la persona que controla la relación antes de que la relación lo pudiera controlar a él.

Esther asintió, encontrando una extraña paz en entender más sobre la psicología de Borja.

—¿Cree que Borja me amaba de verdad?

Isabel consideró la pregunta con cuidado.

—Creo que Borja te amaba tanto como era capaz de amar a alguien. Pero su capacidad de amor estaba severamente dañada por su necesidad de control.

Esther se levantó y se dirigió hacia la ventana del sótano.

—Señora Herrera, ¿puedo preguntarle algo más?

—Por supuesto.

—¿Cómo aprendió a reconocer comportamientos manipulativos? Parece muy consciente de las dinámicas psicológicas.

Isabel se rió con suavidad.

—Porque estuve casada con el padre de Borja durante doce años. Era un maestro de la manipulación emocional. Después de divorciarme de él, pasé años en terapia aprendiendo a reconocer las señales.

—¿Y por eso se preocupaba por mí?

—Exacto. Reconocía los patrones en Borja porque los había vivido con su padre.

Esther se volvió desde la ventana.

—Hablaba sobre ti como si fueras su propiedad. Decía cosas como "mi mujer no entiende límites" o "voy a tener que enseñarle a mi mujer cuál es su lugar".

Esther sintió un escalofrío.

—¿Cree que Borja habría escalado a violencia física?

—Creo que Borja era capaz de cualquier cosa cuando sentía que

estaba perdiendo control.

Esther asintió.

—Señora Herrera, ¿podría conocer a mi cuñado?

—Por supuesto.

Isabel sonrió con calidez por primera vez desde que había llegado.

—Tomás es un hombre bueno, Esther. Muy diferente de Borja. Y está muy preocupado por ti.

—¿Le gustaría conocerme?

—Mucho. Pero ha estado esperando hasta que estés lista.

Esther consideró esto.

—Gracias. Creo que estoy lista.

Esa tarde, después de que Isabel se fue, Esther se sentó en el jardín trasero de Miguel y su familia, editando las fotografías que había tomado esa semana en su laptop.

Por primera vez en su vida, tenía tiempo completo para un proyecto creativo. No tenía que pedir permiso a Borja, no tenía que reportar sus actividades a Lucía, no tenía que justificar como pasaba sus horas.

Era un lujo extraño y maravilloso.

Su teléfono vibró con un mensaje de texto de su hermana Carmen en Argentina: *"Esther, encontré las fotos familiares que enviamos a Lucía y que nunca te entregó. ¿Quieres que te las envíe por correo?"*

Esther respondió: *"Sí, por favor."*

Guardó el teléfono y regresó a sus fotografías. Una en particular la captó: había fotografiado sus propias manos trabajando con arcilla en una clase de cerámica que había comenzado a tomar. Sus manos

se veían fuertes, capaces, creativas.

Se veían como las manos de alguien que estaba construyendo algo propio.

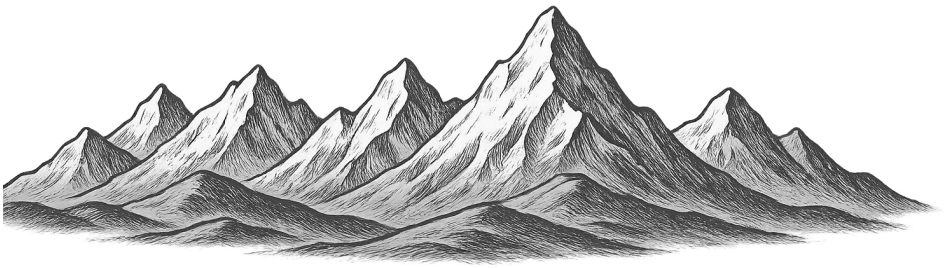
No sabía exactamente qué iba a hacer con su vida, dónde iba a vivir, qué tipo de trabajo iba a buscar, o incluso si algún día querría otra relación romántica, pero esas preguntas sin respuesta no le daban miedo.

Le daban esperanza.

Porque por fin, iban a ser sus respuestas que encontrar.

Mientras el sol se ponía sobre el jardín, Esther cerró su laptop y se dirigió adentro para ayudar con la cena. Era una vida tranquila, temporal, pero era completamente suya.

Y por ahora, eso era más que suficiente.



EPÍLOGO

Seis meses después

Esther condujo su coche nuevo —un pequeño híbrido que había elegido específicamente porque era diferente de cualquier vehículo que Borja hubiera aprobado— por el camino serpenteante que llevaba hacia la casa en las montañas. Era la primera vez que regresaba desde aquella noche de tormenta que había cambiado todo.

Había tomado seis meses sentirse lo suficientemente fuerte para este viaje.

El paisaje de verano era irreconocible comparado con la desolación nevada de febrero. Los pinos que habían parecido amenazantes bajo el peso de la nieve ahora se veían verdes y prósperos. El camino que había sido traicionero estaba ahora seco y manejable bajo el sol brillante de agosto.

Esther se detuvo frente a la casa y se quedó sentada en el coche durante varios minutos, observando la estructura que había sido su prisión durante cinco años sin que se diera cuenta.

La casa se veía más pequeña de lo que recordaba. Menos imponente. Solo una casa de montaña normal, con ventanas que necesitaban limpieza y un jardín que necesitaba atención.

Salió del coche y se acercó con lentitud a la puerta principal. Tenía las llaves —las había mantenido, aunque no estaba segura de por qué— pero vaciló antes de usarlas.

Su teléfono sonó. Era Tomás, su cuñado, quien se había convertido en un amigo inesperadamente cercano durante los meses pasados.

—¿Esther? ¿Estás bien? ¿Llegaste a la casa?

—Sí, acabo de llegar. Estoy... procesando.

—¿Quieres que vaya? Puedo estar ahí en media hora.

Esther sonrió. Tomás había desarrollado la costumbre de ofrecer apoyo sin presionar, algo que ella había aprendido a valorar en profundidad.

—No, está bien. Necesito hacer esto sola. Pero gracias por ofrecerte.

—Llámame cuando termines, ¿está bien?

—Por supuesto.

Esther colgó y respiró antes de abrir la puerta principal.

El interior olía a casa cerrada y polvo. Los muebles seguían donde los había dejado, pero se veían diferentes bajo la luz del verano que se filtraba por las ventanas. Menos dramáticos, menos cargados de significado.

Se dirigió primero al estudio de Borja. Los documentos habían sido confiscados como evidencia, pero el escritorio y los archivadores permanecían. Esther se sentó en la silla de Borja —algo que nunca se había atrevido a hacer cuando él estaba vivo— y trató de procesar cómo se sentía estar en este espacio.

Sorprendentemente, no sentía miedo. Ni siquiera se sentía triste. Solo una especie de curiosidad distante, como si estuviera visitando un museo de su vida pasada.

Se levantó y se dirigió a la cocina, donde Lucía había confesado haber envenenado a Borja. Esther se detuvo en el lugar exacto donde Lucía había estado de pie esa noche horrible, armada y desesperada.

¿Qué sentía hacia Lucía ahora?

Esther había pensado mucho sobre esta pregunta durante los meses pasados, especialmente en terapia. Su psicóloga, la Dra. Mendez, le había dicho que no había respuesta "correcta" sobre cómo sentirse hacia alguien que la había controlado durante décadas en nombre del amor.

La verdad era que Esther sentía una mezcla compleja: tristeza por la amistad que nunca había sido real, ira por los años robados, alivio por estar libre, y una especie de compasión distante por la mujer enferma que había sido Lucía.

Pero principalmente, Esther se dio cuenta, ya no sentía a Lucía como una presencia en su vida. Los primeros meses después del arresto, Esther se había despertado muchas mañanas esperando una llamada telefónica de Lucía, o preguntándose qué pensaría Lucía sobre sus decisiones del día.

Esa sensación había desaparecido de forma gradual, reemplazada por algo que Esther apenas reconocía: la experiencia de tomar decisiones basadas en sus propios deseos y juicios.

Subió las escaleras hacia el dormitorio que había compartido con Borja. Esta habitación sí le provocó una respuesta emocional más fuerte. Aquí había pasado noches sin dormir, preguntándose por qué su matrimonio se sentía tan vacío. Aquí había llorado en silencio después de las manipulaciones psicológicas de Borja. Aquí había pasado los primeros meses después de su muerte, sintiéndose culpable por estar aliviada.

Pero también, se dio cuenta, había habido momentos buenos aquí. Mañanas tranquilas leyendo. Tardes trabajando en sus fotografías cuando Borja no estaba en casa. Pequeños momentos de paz que había logrado reclamar incluso en medio del control.

Esther se acercó a la ventana que daba al patio trasero. Podía ver el lugar donde Diego/David había cortado leña esa primera mañana, donde había comenzado a sospechar que había algo extraño en la llegada del desconocido a su puerta.

Su vida ahora era diferente de lo que había sido entonces. Vivía en un pequeño apartamento en León, había montado un estudio de fotografía en el dormitorio de huéspedes, y estaba trabajando en su primera exposición individual. Había reconectado con su familia en Argentina y estaba planeando visitarlos en Navidad por primera vez en años.

Había incluso comenzado a salir ocasionalmente con un profesor de arte llamado Roberto —no el Roberto que Lucía había chantajeado, sino un hombre diferente que había conocido en una clase de pintura. Era cautelosa, tomando las cosas con cuidado, pero por primera vez, estaba explorando una relación romántica desde un lugar de fuerza en lugar de necesidad.

Su teléfono vibró con un mensaje de texto de Roberto: *"¿Cómo va tu día? Recuerda que eres más fuerte de lo que crees. Te veo esta noche para cenar si quieres. Sin presión."*

Esther sonrió. Roberto había perfeccionado el arte de estar disponible sin ser invasivo. Era una experiencia nueva para ella.

Respondió: *"Va mejor de lo que esperaba. Cenar suena perfecto. Te amo."*

Era la primera vez que le había dicho "te amo" a Roberto, y se sorprendió por lo natural que se sintió escribirlo.

Bajó las escaleras y se dirigió hacia la puerta principal, pero se detuvo en la sala de estar donde había tenido lugar la confrontación

final con Lucía. Se sentó en el mismo sofá donde Lucía había confesado años de manipulación y asesinato.

¿Qué le diría a Lucía si pudiera verla ahora?

Esther había rechazado múltiples solicitudes de la abogada de Lucía para visitas en prisión. No por ira, sino porque había entendido que no le debía nada a Lucía, ni siquiera perdón.

Pero si Lucía estuviera aquí ahora, Esther pensó que le diría: "Lucía, espero que encuentres paz. Espero que aprendas la diferencia entre amor y obsesión. Espero que algún día entiendas que tratar de controlar a alguien no es protegerlos. Y espero que sepas que a pesar de todo el daño que causaste, he encontrado una forma de ser feliz."

Esther se levantó del sofá y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo para mirar una vez más la chimenea donde habían ardido tantos fuegos durante las noches solitarias de su matrimonio.

En la repisa, todavía estaba la fotografía de boda de ella y Borja. Esther la levantó y estudió las caras sonrientes. Se veía tan joven, tan ingenua, tan ajena a lo que le esperaba.

Pero también se veía esperanzada. Y Esther se dio cuenta de que esa esperanza no había estado equivocada, solo había sido dirigida hacia las personas incorrectas.

Ahora esa misma esperanza estaba dirigida hacia el lugar correcto: hacia sí misma.

Esther guardó la fotografía en su bolso —no por nostalgia, sino porque formaba parte de su historia, y había aprendido que huir de su historia no la sanaba.

Salió de la casa y cerró la puerta con llave por última vez. Había tomado la decisión de vender la propiedad; no quería mantener este lugar como parte de su vida, pero tampoco quería huir de él como si fuera un lugar embrujado.

Era solo una casa. Las experiencias traumáticas habían pasado aquí, pero el trauma vivía en ella, no en el lugar. Y había trabajado demasiado duro en terapia para permitir que un lugar tuviera poder sobre su bienestar emocional.

Mientras se dirigía hacia su coche, Esther se detuvo para mirar una vez más las montañas que rodeaban la propiedad. Eran hermosas, había que admitirlo. En diferentes circunstancias, podría haber amado vivir aquí.

Pero esas no habían sido sus circunstancias que elegir. Y ahora, estaba viviendo circunstancias que sí había elegido.

Su teléfono sonó otra vez. Esta vez era su madre desde Argentina.

—¡Esther, hijita! ¿Cómo estás?

—Hola, mamá. Estoy bien. Acabo de visitar la casa vieja por primera vez.

—¿Y cómo te sentiste?

Esther consideró la pregunta mientras se recostaba contra su coche.

—Me sentí... libre. Total y completamente libre por primera vez.

—Ay, mija, me alegra tanto escuchar eso. Tu papá y yo estamos tan orgullosos de lo fuerte que has sido.

Esther sonrió, sintiendo lágrimas de gratitud en los ojos.

Después de colgar con su madre, Esther se sentó en su coche, pero no arrancó el motor de inmediato. En lugar de eso, sacó su cámara del asiento del pasajero y tomó una fotografía de la casa.

No era una fotografía nostálgica o melancólica. Era una fotografía documental, honesta, que capturaba la casa tal como era: un lugar donde habían pasado cosas importantes, tanto buenas como malas, pero que ya no tenía poder sobre su presente.

Mientras conducía de vuelta hacia León, Esther puso música —algo que raramente había hecho durante su matrimonio porque Borja criticaba sus gustos musicales— y cantó junto con las canciones.

Su voz sonaba diferente de lo que recordaba. Más fuerte, más segura.

Como todo sobre ella ahora.

Una hora después, estacionó frente a su apartamento en León. Era un edificio modesto en un barrio trabajador, nada glamoroso, pero era suyo. Había elegido cada mueble, cada color de pintura, cada fotografía en las paredes.

Roberto la esperaba en el vestíbulo, con flores del mercado de agricultores locales en las manos.

—¿Cómo fue? —preguntó, abrazándola con cuidado.

—Sanador —dijo Esther—. Muy sanador.

—¿Quieres hablar sobre ello durante la cena?

—Tal vez un poco. Pero principalmente quiero hablar sobre el futuro.

Roberto sonrió.

—Tengo noticias sobre eso, de hecho. La galería confirmó las fechas para tu exposición. Noviembre, justo como querías.

Esther se sintió emocionada de una manera que no había experimentado en décadas: emoción pura, sin ansiedad subyacente sobre lo que alguien más pensaría de sus decisiones.

—¿Sabes, Roberto? No tengo miedo del éxito.

Roberto la miró con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Durante años, subconscientemente saboteé mis propias

oportunidades porque tenía miedo de que el éxito cambiara mi vida de maneras que no podía controlar. Pero ahora...

—¿Ahora?

Esther miró hacia las ventanas de su apartamento, donde podía ver las plantas que había estado cultivando en el alféizar.

—Ahora estoy emocionada por las formas en que el éxito podría cambiar mi vida. Porque al fin confío en mí misma para manejar el cambio.

Subieron juntos las escaleras hacia su apartamento. Esther abrió la puerta y encendió las luces, revelando el espacio que había creado desde cero.

Era pequeño pero luminoso, lleno de sus fotografías, sus libros, sus plantas. No había nada en ese apartamento que hubiera sido elegido por alguien más, nada que hubiera sido un compromiso para apaciguar las preferencias de otra persona.

Era un espacio que reflejaba quien era Esther cuando nadie más estaba controlando sus decisiones.

Y quien era, se había dado cuenta durante estos meses, era alguien más fuerte, más creativa, más aventurera, y más capaz de amar de lo que nunca había imaginado.

Esa noche, después de cenar con Roberto, después de llamar a Tomás para decirle que la visita a la casa había ido bien, después de responder correos electrónicos de su familia en Argentina, Esther se sentó en su escritorio para trabajar en el proyecto fotográfico que había estado desarrollando durante meses.

Era una serie titulada "Autodescubrimiento", documentando los momentos pequeños y grandes de su vida hacia la libertad emocional. Había fotografías de sus manos aprendiendo cerámica, de Roberto enseñándole a pintar, de videollamadas con su familia, de momentos de soledad tranquila en su apartamento.

Pero la fotografía que había tomado de la casa esa tarde sería la última de la serie. No porque representara un final, sino porque representaba una graduación: había visitado su pasado sin miedo, lo había enfrentado, y había elegido conscientemente seguir adelante.

Mientras trabajaba en las ediciones, Esther se dio cuenta de que ya no se preguntaba qué habría pensado Borja sobre sus decisiones, o cómo habría reaccionado Lucía a sus elecciones de vida.

Sus pensamientos eran completamente suyos.

Sus decisiones eran completamente suyas.

Su vida era completamente suya.

Esther Mendoza estaba viviendo como una persona completamente libre y era aún más maravilloso de lo que había imaginado que podría ser.

Esa noche se durmió sin ansiedad, sin miedo, sin la sensación de que había algo que debería estar haciendo para mantener a alguien más contento.

Solo se durmió como Esther: fotógrafa, hija, hermana, amiga, amante, artista, superviviente.

Todas las cosas que había sido capaz de ser cuando nadie más estaba escribiendo el guion de su vida.

Y cuando se despertó la mañana siguiente, lo hizo con una sonrisa, lista para otro día de vivir la vida que había elegido para sí misma.

Una vida que era imperfecta, a veces difícil, ocasionalmente solitaria, pero auténticamente, indiscutiblemente suya.

Era todo lo que había necesitado siempre.

Era suficiente.

Era perfecto.